
HARLEQUIN
Jazmín
Trish Wylie
Romance en Manhattan

Intimando con su guardaespaldas… El nuevo guardaespaldas de Miranda Kravitz era espectacular y pronto estallaron fuegos artificiales entre ellos pero, ¿estaría Miranda dispuesta a renunciar a su recién estrenada libertad por muy guapo que fuera Tyler Brannigan? Se rumoreaba que el detective Brannigan había agotado la paciencia de sus jefes en el departamento de policía de Nueva York con sus métodos poco ortodoxos, y que por eso le habían asignado temporalmente una misión de canguro. ¿Quién si no él podría mantener a raya a la rebelde princesa neoyorkina? ¿Cómo iba nadie a imaginar que acabaría esposándola?

Capítulo 1

TYLER no era el único hombre que la miraba y la vista merecía la pena. Solo lamentaba estar allí en contra de su voluntad.

Las luces destellaban en la pista mientras ella oscilaba las caderas sensualmente. Tenía un cuerpo perfecto: era alta, esbelta, aunque voluptuosa, y una piel inmaculada.

Alzó los brazos y el vestido plateado, ya de por sí corto, dejó a la vista algunos centímetros más de sus magníficas piernas, enfundadas en unas botas altas blancas con plataforma. Con la combinación de una peluca de melena corta, también blanca, los ojos pintados de un negro dramático y los labios rojos como rubíes, podría hacer una fortuna como gogó.

Cuando se agachó lentamente hacia el suelo para incorporarse de un fluido y sinuoso movimiento, Tyler la imaginó bajo un foco de luz.

Era evidente que lo pasaba en grande, pero para el gusto de Tyler, destacaba demasiado. Habían tenido suerte de que nadie la hubiera reconocido, pero él sabía que la suerte tendía a agotarse… Hasta para los irlandeses.

Por sorpresa, ella dirigió una penetrante mirada hacia él como si hubiese sido consciente de su presencia todo el rato. El impacto le produjo un golpe de calor que Tyler quiso interpretar como la reacción natural de un hombre de sangre caliente ante una mujer atractiva. Le sostuvo la mirada y esperó a ver qué hacía a continuación.

Rotando sus hombros y sus caderas, ella se pasó la punta de la lengua por los labios al tiempo que le dedicaba una lenta y sensual sonrisa. El silencioso reclamo lo habría llevado a la pista si hubiera bailado alguna vez en su vida; pero, aun así, no era el tipo de hombre que acudía precipitadamente a la llamada de una mujer. Si quería hablar con él, sería bienvenida. Tyler esbozó una sonrisa en respuesta.

Estaba dispuesto a apostar lo que fuera a que no iba a estar nada contenta cuando descubriera con quién había estado coqueteando.

La amiga que la acompañaba le dijo algo al oído y ella dejó escapar una carcajada al tiempo que volvía a sonreírle y se giraba, presentando su trasero a su mirada.

Tyler apartó la mirada. No había que ser un genio para saber que aquella mujer iba a ser un quebradero de cabeza. Lo había sabido en

cuanto le puso los ojos encima.

Se llevó la cerveza a los labios y, tras dar un largo sorbo, miró con disgusto la etiqueta. Nunca le había gustado lo *light* y menos si se trataba de cerveza.

A pesar de que sentía el impulso físico de volver a mirarla, se concentró en el entorno. Debía escanear a la masa que la rodeaba y estar atento a cualquier amenaza potencial. Sentirse atraído por ella era un problema añadido que habría preferido evitarse, sobre todo porque llevaba una temporada en la que le caían en alud.

Echaba de menos los días en que tenía control sobre su vida. ¿Cómo era posible que todo se hubiera ido al garete?

No era difícil seguir la pista que lo llevaba hasta allí. Un amigo le había advertido que tenía que enderezar su vida poco antes de que los jefes empezaran a hablar de «trabajo de despacho» y «una baja temporal». Quizá el no haber mostrado el menor arrepentimiento tenía algo que ver en ello; pero lo que seguía sin comprender era por qué parte de su castigo tenía que ser hacer de canguro. Tenía mejores cosas que hacer que proteger a una niña mimada en busca de experiencias excitantes y más…

Un rostro familiar llamó su atención a la vez que empezaba una canción a un ritmo rápido que hizo gritar de entusiasmo a la gente. Poniéndose alerta, Tyler barrió la sala con la mirada y reconoció otro par de caras.

Dejó la botella, comprobó cuál era la puerta de salida de emergencia más próxima y fue directo hacia la mujer. Estaba a su lado cuando cesó la música y se oyó por los micrófonos: «Departamento de policía de Nueva York, que todo el mundo se quede donde está».

–Por aquí –dijo, tomándola del brazo.

Ella lo miró atónita y tiró del brazo.

–¿Qué demonios…?

–¿Quieres que te detengan?

–No, pero…

–Sígueme.

Abrió la puerta y se encontraron en un pasillo en penumbra. Una rápida mirada le bastó para ver los teléfonos, un cuarto de baño y unas escaleras que asumió que daban acceso al exterior. Sería su vía de escape, pero antes de que pudiera confirmarlo, oyó un golpe. Sabiendo que era demasiado tarde, la hizo retroceder hacia la pared y la besó.

Fue un error.

La llamarada que había prendido cuando lo miró en la pista de baile, se convirtió en una explosión. Ella gimió y, cuando él la sujetó

por el trasero, enredó su pierna en la de él.

Aun sabiendo que estaban a punto de ser descubiertos en una situación comprometedora, Tyler no pudo evitar imaginar la sensual ropa interior que llevaría, o aún mejor, la que no llevaría.

–¡Mira lo que tenemos aquí! –dijo una voz.

–¡Eh, vosotros, separaos! –dijo otra.

Tyler separó su boca de la de ella y se giró hacia el cegador haz de dos linternas a la vez que se colocaba delante de ella para impedir que la vieran.

–¡No te muevas! –dijo en tono amenazador el hombre que había hablado primero.

Al ver de quién se trataba, Tyler alzó las manos y esperó a que el oficial lo reconociera a su vez. Tras un silencio, este movió la linterna verticalmente y Tyler bajó las manos. Cuando el otro, más joven, hizo ademán de averiguar con quién estaba, frunció el ceño.

–¿Pasa algo? –preguntó.

–¿Sabe que estamos haciendo una redada, señor?

–La verdad es que no.

–No me extraña –dijo el oficial, carraspeando–. ¿Debo cachearlos en busca de narcóticos?

Muy gracioso.

–Si estamos *colocados* no es precisamente por drogas –dijo Tyler, haciendo una mueca.

Una mano fina apareció por debajo de su brazo y se posó sobre su pecho.

–¿Pueden detenernos por no poder dejar de tocarnos? –dijo la mujer a su espalda, impostando un pasable acento sureño.

Tyler tomó nota de que tenía práctica en esquivar situaciones embarazosas.

–Si hubiera cárceles mixtas, no estaría mal. ¿Qué te parece a ti?

Ella rio y su risa reverberó en la espalda de Tyler.

–Lo pasaríamos de cine compartiendo una celda –dijo ella.

Luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja y Tyler sintió una sacudida recorrerlo de arriba abajo.

–Lo mejor que pueden hacer es buscarse una habitación en algún sitio –dijo el oficial, bajando la linterna–. Salgan de aquí antes de que cambie de idea.

Tomando la mano que tenía en el pecho, Tyler atravesó el pasillo hacia la puerta, Salieron a un callejón, bloqueado por coches que proyectaban luces rojas y azules. Al verlos, un oficial bajó la mano de la radio que llevaba al hombro y les indicó con el brazo que pasaran. De haber sido ella, Tyler estaba seguro de que habría preguntado

porqué les dejaban ir, pero estaba demasiado ocupada siguiéndole el paso como para hablar.

–Mi amiga… –fue a explicar al oficial.

–A no ser que lleve drogas, puede pasar –le cortó este.

Al notar que se tropezaba, Tyler se limitó a tirar de ella sin aminorar el paso. Estaba tan furioso consigo mismo como con ella. No recordaba haber deseado tanto a una mujer; y estaba seguro de que, de no haber sido interrumpidos, habría podido perder la cabeza por unos instantes de placer. Recordaba los tiempos, no tan lejanos, en los que tanto su sentido del tiempo como el de la oportunidad, así como su juicio, habían sido mucho mejores.

–¿Dónde vamos? –preguntó ella sin resuello cuando giraron la esquina y llegaron a una calle ancha en la podrían encontrar un taxi.

De haber sido cualquier otra mujer, la habría llevado directamente a su casa. Pero no podía usarla para sentirse bien durante unas horas. Hasta que no completara su misión, recuperara la posición que le correspondía e hiciera justicia, no tenía derecho a vivir como si nada hubiera sucedido.

Para concentrarse, invocó el recuerdo del rostro de otra mujer y las palabras que le había dirigido: «No permitiré que te pase nada», mintió. «Puedes confiar en mí».

–No voy a llevarte a ninguna parte –alzó un brazo y paró un taxi–. Pero él sí.

Sacó unos billetes del bolsillo y se los dio al conductor.

–Eso bastará.

Abrió la puerta y esperó a que ella entrara. Su mirada se deslizó por sus largas piernas mientras ella las flexionaba con delicadeza para sentarse. Luego la miró a los ojos.

–¿Ni siquiera vas a darme un nombre?

–Ya tienes uno.

Ella sonrió.

–Me refiero al tuyo.

Tyler sacudió la cabeza. Lo siguiente sería pedirle el teléfono y preguntarle cuándo volverían a verse. Lo tomaba todo como un juego. Podía haber sido cualquier cosa: un traficante, un secuestrador, un asesino en serie. No tenía ni idea de lo peligroso que era el mundo.

Pero él sí.

–De nada –cerró la puerta y se alejó sin molestarse en decirle que lo vería antes de lo que imaginaba.

¿Para qué estropear la sorpresa?

Puesto que era la última que viviría en mucho tiempo, confiaba en que hubiera disfrutado de su pequeña aventura. A partir del lunes, él

pondría las normas.

Y, si le daba problemas, haría que lo lamentara.

Capítulo 2

DESPUÉS de asegurarse de que Crystal había podido salir del club sin problemas y disculparse con ella por haberla abandonado, Miranda dedicó el fin de semana a fantasear con su salvador.

Se había fijado en él al entrar y lo había buscado con la mirada. Era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Tenía unos rasgos duros, masculinos, pero lo que había llamado su atención era su actitud de depredador a punto de saltar sobre su víctima. Que la sonriera en respuesta a su mirada le había hecho sentir como si jugara con fuego y le había disparado la adrenalina.

Y cuando la besó...

Recorriéndose el cuerpo enfundado en un elegante traje de chaqueta, cerró los ojos imaginando que eran las manos de él, y creyó oír su voz profunda diciéndole todo lo que le haría.

Suspiró. De no haber sido interrumpidos…

Ninguno de los actos de rebeldía que había hecho le habían proporcionado aquella excitación. Pero ¿cómo iba a encontrarlo en una ciudad como Nueva York cuando ni siquiera sabía cómo se llamaba?

Un familiar tamborileo en la puerta del dormitorio la sacó de su ensimismamiento.

–Adelante –dijo, sentándose ante su coqueta.

–Buenos días, Miranda.

–Buenos días, Grace –saludó animadamente a la asistente personal de su padre–. ¿No hace un día precioso? Supongo que no tengo un hueco en mi agenda para disfrutarlo.

–No –dijo Grace, sonriendo comprensiva–. Pero al menos vas a estar en la calle un rato.

–Algo es algo.

Mientras se ponía unos pendientes de perla, la mujer de cincuenta años que formaba parte de su vida como si fuera una tía lejana, abrió la agenda y comenzó: –Tienes una cita a las nueve para probarte un traje con la señorita Wang. A la diez, una visita a un proyecto comunitario del Bronx. A las once y media…

–¿Crees que el mundo colapsaría si me tomara un día libre? –

preguntó Miranda al tiempo que se ponía un collar de perlas y se ahuecaba el cabello–. Podríamos hacer un picnic, comprar unas revistas, pasar el día mirando a la gente…

Grace cerró el cuaderno.

–¿Antes o después de que me ayudes a buscar trabajo?

–Solo un día… –dijo Miranda, haciendo un mohín y parpadeando.

–Tu padre quiere verte antes de que te vayas.

–Te apuesto diez dólares a que quiere recordarme que bese a los niños.

–No creo que vayan a votarle.

–No, pero estarán sus padres para que coquetee con ellos, o sus madres, a las que tendré que conquistar diciéndoles cuánto me gustan los niños.

Poniéndose en pie, tomó el bolso y los zapatos y, entrelazando el brazo con Grace, salió con ella al corredor.

Era la única persona con la que tenía un mínimo contacto físico. El resto, se mantenían siempre a una distancia prudencial, respetando su espacio personal. Quizá por eso mismo le costaba tanto olvidar el contacto íntimo del cuerpo de un hombre viril.

–Para ahora debería haber producido un nieto –añadió, sin abandonar el tono animado–. Los bebés siempre aseguran el éxito con el electorado.

–Si lo planeas con tiempo, podrías hacerlo coincidir con la rumoreada campaña para gobernador.

–Siempre vale la pena guardarse un as en la manga –coincidió Miranda. Llegaron al rellano–. Buenos días, Roger –saludó, sonriente–. ¿Esa corbata es nueva?

–Me la regaló mi mujer por mi cumpleaños –contestó el secretario de prensa de su padre.

–Tiene un gusto excelente.

–Hablando de esposos, sería mejor que encontraras a uno antes de tener un bebé –susurró Grace en tono conspiratorio.

–He oído que no hace falta tener uno para conseguir lo otro –susurró a su vez Miranda.

–Me temo que, cuando tu padre es el alcalde, es imprescindible.

Otra persona se ganó una sonrisa.

–Buenos días, Lou. ¿Qué tal el partido de béisbol de ayer?

–Dos *strikes* y un *home run* –contestó el jefe de seguridad, imitando el barrido de un bate.

–Dile a Tommy que he dicho «hurra» –dijo Miranda, golpeado el aire con el puño.

–Los zapatos –le recordó Grace en la puerta del despacho de su

padre.

–¿Qué sería de mí sin ti?

–Irías descalza y llegarías tarde a las citas.

–Eso sí que suena divertido –Miranda le pasó el bolso y se puso los zapatos. Luego giró sobre sí misma–. ¿Estoy lista para la inspección?

–Yo diría que sí.

Miranda llamó a la puerta, esperó el correspondiente «adelante» y entró.

–Aquí está –dijo su padre desde detrás de su escritorio mientas ella se acercaba–. Miranda. Este es el detective Brannigan. Será el encargado de tu seguridad durante la campaña.

Aunque no sabía que hubiera ningún cambio de planes, Miranda sonrió y esperó a que el hombre se pusiera de pie y se volviera. Por lo que pudo observar, no parecía muy alto. Pero en contra de lo que la gente solía creer, una aguda capacidad de observación y la rapidez de reflejos eran tan importantes en un guardaespaldas como su preparación física.

Todo pensamiento racional fue sustituido por el desconcierto cuando se encontró frente a unos espectaculares ojos azul cobalto.

–Señorita Kravitz –dijo él en su grave voz de barítono al tiempo que estrechaba su mano con firmeza.

Ella tuvo que despegar la lengua del paladar al sentir una corriente de calor recorrerle el brazo. ¿Sabía él quién era cuando la había salvado? ¿Lo había hecho porque era su deber? ¿Desde cuándo la seguía?

Bajó la mano sintiendo un cosquilleo en los dedos y miró a su padre. Como mantenía su sonrisa oficial de candidato, no podía adivinar si estaba metida en un lío, pero, si estaba molesto, había elegido una nueva táctica para demostrarlo. Normalmente, sus pequeñas escapadas se ganaban un sermón sobre el sentido de la responsabilidad a los que se había acostumbrado estoicamente a lo largo de los años.

–Informará a Lou, tal y como hacía Ron –dijo él–. Han cambiado el protocolo –y añadió–: El detective Brannigan ha pensado que era necesario.

Mientras su padre volvía a ocuparse de unos papeles, Miranda miró al detective para ver si se correspondía con su recuerdo. Con sus facciones marcadas, el cabello rubio y unas pestañas largas que enmarcaban unos ojos de mirada intensa, era tal y como lo recordaba. Y de inmediato se sintió transportada al beso que la había dejado convertida en una gelatina.

En su momento, le había sorprendido la facilidad con la que se

habían saltado el cordón policial, pero la explicación estaba clara. Y le desconcertó que no se hubiera identificado. ¿Por qué había recurrido a besarla en lugar de mostrar la placa?

–Tengo entendido que hay que llegar a una cita a las nueve –dijo él.

Miranda lo ignoró y fue a dar un beso a su padre.

–Hasta luego, papá.

–Hasta luego, cariño. Que tengas un buen día.

–Lo mismo digo –Miranda fue entonces hacia la puerta con gesto altivo–. Podemos irnos.

Lo precedió por el descansillo del segundo piso. Aunque Miranda llevaba viviendo en aquella casa las dos legislaturas que su padre había sido alcalde, no dejaba de admirarle su entorno, el exquisito mobiliario de piezas exclusivas y la combinación de cuadros antiguos y modernos, y era consciente del privilegio que representaba habitar una mansión del siglo XVIII. Pero al contrario que la mayoría de las mañanas, no se detuvo a acariciar alguna de sus piezas favoritas. El hombre que la seguía concentraba toda su atención.

Estaban ya bajando las escaleras cuando, en voz baja, preguntó:

–¿Sabías quién era?

–Sí.

Miranda sonrió a una mujer que subía.

–Buenos días, Dorothy. ¿Hace tan buen tiempo como parece?

–Sí –respondió la doncella con una sonrisa.

La tensión aumentó con cada paso que dieron. Miranda se preguntaba cómo iba a pasar tantas horas junto a un hombre al que se imaginaba desnudo y sudoroso. Ella, que era conocida como una figura pública serena y tranquila, se resistía a convertirse en alguien inquieto y sexualmente frustrado. Y lo peor era que saber que era un «buen chico» no había acabado con sus fantasías. Incluso vestido con traje y corbata exudaba el tipo de personalidad peligrosa que la fascinaba desde la adolescencia.

Aunque llevaba años acumulando una lista de frustradas actividades prohibidas, jamás se le había pasado por la cabeza tener un romance con uno de sus guardaespaldas. Hasta ese momento.

Miranda se reprendió, diciéndose que debía concentrarse. No llevaba toda su vida luchando por conseguir ser libre para dejar que apareciera alguien nuevo y permitir que le cortara las alas. Cuando oyó una puerta cerrarse a su espalda, se volvió hacia él.

–Como es tu primer día, será mejor que establezcamos algunas reglas.

–Así es –dijo él–. Así que escucha.

Miranda lo miró con incredulidad.

–No puedes hablarme así.

–Supongo que soy el primero en hacerlo –Tyler dio varios pasos hacia ella y Miranda sintió que se quedaba sin aire–. Será mejor que sepas que yo no estoy aquí para obedecerte, sino para hacer mi trabajo. Y que, si me pones dificultades, tendremos problemas.

–¿No sabes que puedo hacer que te despidan? –preguntó ella, indignada.

–Ojalá puedas. Llevo toda la semana intentando evitar que me asignen a este puesto –Tyler abrió la puerta de la calle para que pasara–. Después de ti, princesa.

Miranda salió al exterior levemente aturdida y se quedó mirando los hombros de Tyler, que la adelantó hacia el coche. ¿Quién se creía que era? Le demostraría que no se dejaba intimidar fácilmente. Era la hija de un político y a lo largo de sus veinticinco años había aprendido a ocultar sus emociones.

Con gesto altivo, se detuvo y sacó del bolso unas enormes gafas de sol y el teléfono móvil. Si él pensaba que estaba tratando con una niña mimada, actuaría como tal. Se puso las gafas y marcó un número.

–Buenos días, cariño, ¿cómo estás? –dijo, elevando el tono de voz premeditadamente–. Mi día ha empezado fatal.

–¿Has decidido robarle el acento a la reina de Inglaterra? –preguntó Crystal. Y suspiró–: ¿Vas a cancelar la cita para comer?

Miranda sonrió ladinamente.

–En absoluto.

Por mucho que fuera una fantasía sexual andante, estaba decidida a librarse de su guardaespaldas antes del mediodía.

Capítulo 3

–¿CÓMO te llamas?

Tyler miró por el espejo retrovisor. Eran las primeras palabras que Miranda le dirigía desde que salieron de casa de su padre, y el silencio le había ayudado a centrarse. Él no estaba allí para charlar, sino para mantenerla a salvo.

–Se lo preguntaré a Lou –dijo ella al ver que no recibía contestación–. Es un encanto.

Tyler sospechaba que cambiaría de opinión de haber sabido que era su jefe de seguridad quien le había dado el trabajo porque quería contratar a alguien que no llevara tanto tiempo haciendo de guardaespaldas como para relajarse, ni al que una cara bonita pudiera distraer con facilidad.

La siguiente vez que miró por el espejo, Miranda se había puesto las gafas en la cabeza y jugueteaba con un mechón de cabello a la vez que miraba la pantalla de su BlackBerry. La había encontrado guapa disfrazada, pero al natural era espectacular. Llevaba un vestido rosa pálido entallado, con un escote cerrado y de un largo discreto. Su cabello, largo y lustroso, tenía un fascinante color dorado con mechones cobrizos. Pero el hermoso exterior no era un reflejo de su personalidad.

Bastaron unas horas para que confirmara lo que había sospechado. En cambio le sorprendió lo fácilmente que engañaba a los demás. Cuando llegaron a la visita a un proyecto comunitario para ancianos, sacó toda su artillería. Una sonrisa resplandeciente, algunos comentarios atinados, unas caricias medidas a algunos brazos seleccionados, sirvieron para que la trataran como si fuera una combinación de realeza y de hija pródiga. Para cuando se marcharon, Tyler estaba convencido de que había convencido a todo el mundo de que verdaderamente le importaba todo aquello. Había peores actrices que ella con un Oscar en su currículum.

La siguiente vez que miró por el retrovisor vio que acariciaba el collar de perlas con expresión distraída. De pronto miró hacia él y sus ojos color avellana se clavaron en los suyos. Él volvió la mirada al frente.

–¿Cuál fue tu último destino? –preguntó ella.

–¿Quieres que te dé mi currículum? –preguntó él a su vez con sarcasmo. Cambió de carril y al oír un ruido preguntó–: ¿Qué haces?

–Hace calor.

–Por eso inventaron el aire acondicionado –Tyler fue a dar al botón cuando vio que ella se inclinaba hacia la ventanilla abierta–. Si llevamos cristales ahumados, es por algo.

–Siento desilusionarte, pero no ocupo un lugar preminente en la lista de posibles objetivos.

–No has leído nunca las cartas que llegan al escritorio de tu padre, ¿verdad? –dijo Tyler, apretando un botón para cerrar la ventanilla.

–De eso se ocupa el personal.

–Claro –dijo Tyler con aspereza, cambiando al carril central.

Cuando llegaron a un semáforo en la Quinta Avenida, Miranda exclamó:

–¡Qué vestido tan bonito!

Aunque Tyler había sospechado que intentaría algo, oír que se abría la puerta lo tomó por sorpresa.

–No se te ocurra… –dijo, volviéndose.

Demasiado tarde. Con una espléndida sonrisa, ella dijo:

–Nos vemos aquí dentro de una hora.

Y a continuación, cerró de un portazo y Tyler la vio esquivar el tráfico hasta llegar a la acera.

Él se soltó el cinturón de seguridad, pero el semáforo cambió a verde y tuvo que arrancar. Manteniéndose atento al tráfico y siguiendo a Miranda al mismo tiempo, atravesó varios carriles y giró a la derecha.

Aunque tuvo que maniobrar a tal velocidad que las ruedas chirriaron, llegó a la parte de atrás de la tienda a tiempo de que ella saliera por la puerta, donde la esperó con gesto tranquilo, apoyado en el coche con los brazos cruzados.

–¿Cómo has…? –exclamó Miranda al tiempo que se le borraba la sonrisa triunfal.

–¿Por qué crees que soy detective? –Tyler se incorporó y abrió la puerta trasera. Cuando Miranda la alcanzó, él la cerró bruscamente–. ¿Qué parte de mi charla de esta mañana no has comprendido?

Ella lo miró, desafiante.

–¿Qué parte de la descripción de tus funciones dice que eres el jefe?

–¿Para quién crees que trabajo?

–Eres mi guardaespaldas.

–Pero la ciudad paga mi salario.

–¿Y te ganas un suplemento por ser impertinente? –preguntó Miranda con fingida dulzura.

–¿A dónde ibas?

–No es asunto tuyo.

–Te equivocas. Si no está aquí –dijo Tyler, señalando un papel–, no pienso llevarte. ¿Necesitas que te recuerde tu agenda? –miró el reloj–. Son las once y treinta y siente. Aquí no hay nada sobre jugar al escondite –clavó la mirada en ella–. Había olvidado que necesitas que el servicio lea por ti –guardó el papel en el bolsillo y concluyó–: Si yo fuera tú, no perdería el tiempo intentando escabullirte de mí. Este es el primer aviso. Al tercero, no te dejaré ir sola ni al servicio.

–Deduzco que tu último destino fue Guantánamo.

El antiguo Tyler se habría reído. El nuevo se limitó a inclinarse hacia ella e informarle:

–Hazte a la idea de que, de ahora en adelante, formo parte de tu vida.

Los destellos dorados de ira que brillaron en sus ojos adquirieron el color de su cabello. Por un instante, Tyler deseó que se enfureciera, que se convirtiera en la apasionada y ardiente mujer a la que había besado.

Como si percibiera una debilidad que podía explotar, Miranda cambió de táctica. Hizo un mohín con los labios que atrajo la mirada de Tyler. Luego los recorrió lentamente con lengua, dejando un hipnótico brillo en su recorrido.

Al instante, él recordó su cuerpo fundiéndose con el de él, la suavidad de su piel bajo sus dedos y el deseo que había prendido en él. Súbitamente fue también consciente de lo próximos que estaban. De dar un paso más, sus cuerpos se tocarían. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, arrancó la mirada de sus labios y la volvió a sus ojos.

–No va a funcionar, así que no lo intentes.

–No sé a qué te refieres.

Sin molestarse en contestar, Tyler abrió a puerta y le indicó con la barbilla que entrara. Ella lo miró con altivez

–¿Sabe mi padre cómo me sacaste del club?

Tyler había esperado ese momento pero, si ella creía que podía usarlo en su contra, se equivocaba.

–¿Quieres contarle dónde estabas?

–¿No lo sabe?

Tyler la miró en silencio y el aire se electrificó. Cuando ella lanzó una mirada a sus labios, él tuvo la seguridad de que pensaba lo mismo que él. Si había querido creer que lo que había pasado entre ellos no era más que producto de la tensión del momento, se había

equivocado. Pero él no acostumbraba a perder el control. Ya lo había hecho una vez. No lo repetiría.

–¿Vas a entrar tú o quieres que te siente yo?

–No puedes tratarme como si fuera un criminal.

–¿Estás segura?

Miranda lo miró indignada. Él abrió la puerta e, inclinando la cabeza, dijo con sorna:

–Alteza…

Capítulo 4

–NO SÉ quién se cree que es –dijo Miranda mientras recorría su dormitorio con el teléfono pegado a la oreja.

–Se ve que es un impenitente y que no sabe cuál es su lugar –dijo Crystal.

–Además, parece que le hubiera hecho algo.

–¿Y cómo se atreve a hablarte así?

–Es increíble.

Después de sus habituales cinco minutos de indignación, Crystal preguntó:

–¿Podemos dejar de portarnos ya como adolescentes histéricas?

–¿Por qué?

–Porque nunca has sido así. Respira hondo y cuéntale a tía Crystal qué pasa de verdad.

Miranda se dejó caer en la cama con un profundo suspiro.

–Me cae mal.

–El viernes te encantaba –le recordó Crystal.

–Pero entonces no era un muro entre yo y…

–¿Y las fantasías sexuales que tuviste durante el fin de semana?

–No entiendo por qué te he llamado –dijo Miranda con otro suspiro.

–Porque sabes que te voy a decir la verdad. La única razón por la que ya no te gusta es que está en el otro bando. Hasta esta mañana era una fantasía que hacía lo que querías. Ahora forma parte del sistema que te oprime. A nadie le gusta que la realidad le estropee una fantasía.

–¡Estaba tan animada! –exclamó Miranda con melancolía.

–Y yo estaba ansiosa por que me contaras los detalles en la comida –se quejó su mejor amiga–. ¡Cómo es posible que fuera más listo que tú!

–Todavía tengo algún as en la manga.

–Has tenido una buena maestra.

–Eres una malísima influencia.

–Lo sé –dijo Crystal, orgullosa.

–Por eso mismo mi padre no tiene demasiada buena opinión de ti.

–No va a perdonarme lo del *reality show,* ¿verdad? ¡Pero si apareciste en pantalla cinco segundos!

–Sí, pero bailando sobre una mesa.

–¿Por qué no le gusta que la gente lo pase bien?

Era un asunto del pasado y motivo de una discusión con su padre que Miranda nunca podría ganar. Para él, Crystal era una pesadilla: rica, mimada y descontrolada en su adolescencia. Daba lo mismo que desde entonces hubiera iniciado una lucrativa carrera contratando famosos para apariciones breves en la televisión. Al alcalde Kravitz no le gustaba la publicidad equivocada, por mucho que fuera gratuita, y la consideraba una mala influencia.

Miranda consideraba un insulto que la creyera tan débil como para no tomar decisiones propias. Era capaz de meterse en problemas sin ayuda de nadie. Lo que necesitaba era libertad para hacer lo que quisiera sin convertirse en pasto de las revistas de cotilleo.

Y en aquel preciso momento, si no se escapaba de aquellas cuatro paredes, le iba a dar un ataque de claustrofobia. Miró el despertador.

–Estaré en tu casa en media hora –dijo.

–¿Quieres seguir quejándote?

–Probablemente.

–Vale. Voy abriendo una botella de vino. Para cuando llegues estaré dos copas más compasiva.

Miranda metió el teléfono en el bolsillo de los vaqueros, tomó algo de dinero, se hizo una coleta y se puso unas gafas y una gorra. A continuación, abrió la puerta y miró a derecha e izquierda, asegurándose de que no había nadie en el pasillo. Entonces empezó a cantar su canción talismán. Las películas de acción le habían enseñado suficientes trucos como para saber que, si se caminaba al ritmo de esa canción, podía cronometrar la bajada de las escaleras aprovechando los ángulos muertos de las cámaras de seguridad. También sabía que el mejor momento de intentarlo era coincidiendo con el cambio de turno.

Al pie de la escalera se detuvo y contuvo el aliento antes de esperar una pausa y cruzar de puntillas el vestíbulo hacia la cocina. Esta estaba vacía. La atravesó y, con el corazón en la garganta, corrió hacia la puerta trasera. Solo entonces empezó a tararear la canción. Pero cuando ya asía la manija, un ruido a su espalda le hizo volverse.

El detective *Cortarrollos* se apoyaba en la puerta de la despensa, con una manzana en la mano.

–El tema de *Misión imposible* es muy apropiado –dijo él, dando un bocado a la manzana.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella, entre dientes.

–Horas extra –Tyler se encogió de hombros–. Quería asegurarme de que todo iba bien.

–¡Que diligente!

Miranda observó que iba sin chaqueta, con la corbata aflojada y las mangas dobladas, dejando a la vista unos brazos bronceados y musculosos. Se obligó a ignorar la reacción física instantánea que sintió y cómo se le aceleraba la sangre.

–Estoy tratando de decidir si esto cuenta como segundo aviso dado que no has llegado a salir –Tyler movió la cabeza con gesto de duda–. Ya te lo dejaré saber.

Luego se separó de la puerta y se adentró en la cocina. Miranda habría querido gritar y patalear, pero recordó que la última vez que lo había hecho solo tenía ocho años. Mirando la puerta de salida con nostalgia, retrocedió sobre sus pasos. Su guardaespaldas favorito estaba en la isla central de la cocina, leyendo el periódico relajadamente.

–Puesto que no llevas disfraz, deduzco que ibas a ver a alguien conocido –pasó una página–. Eso reduce las opciones.

Miranda se dijo que nunca volvería a besar a un desconocido que podía pasar de príncipe a sapo. Habría dado cualquier cosa por que su hada madrina lanzara un rayo que lo incinerara. Pero como no hubo intervención divina, calculó las posibilidades que tenía ante sí.

No pensaba volver a su dormitorio, ni mucho menos quedarse para charlar con él tal y como solía gustarle hacer con otros miembros del personal. Darle una orden no serviría de nada, y negociar, todavía menos.

–Iba a dar un paseo –dijo finalmente, cuando el silencio se prolongó.

Tyler sacudió la cabeza.

–Una mentira puede ser considerada como la segunda infracción. Si dejaras de tratar a tus empleados de seguridad como si fueran idiotas, conseguirías que confiaran en ti.

Miranda le lanzó una mirada furibunda.

–¡Tú que sabes cómo…!

–¿Cuántos has conseguido que fueran despedidos?

–Que yo sepa, yo no he echado a nadie. Siempre se han ido porque querían.

–¿Y nunca te has preguntado por qué?

Miranda alzó la barbilla.

–Mac dijo que quería volver a patrullar.

Mac le caía bien. Era un tipo agradable, con familia, y echaba de menos el contacto con la gente, algo que ella comprendía bien. Pero le

había dado lástima perderlo. Al contrario que Brannigan, le dejaba improvisar y salirse de la agenda.

–Sí, claro, los coches patrulla son mucho más divertidos que el parque móvil que hay aparcado a la puerta –dijo Tyler con sorna–. ¿No sabes nada de coches y hombres, verdad?

–No sabía que en vuestro trabajo lo importante fueran los juguetes –dijo ella, indicando el arma que llevaba en la pistolera–. Espero que no le den una de esas a cualquiera.

Él la miró fijamente y por un segundo Miranda pensó que iba a besarla. Y lo peor fue darse cuenta de que, a pesar de lo irritante que lo encontraba, le habría gustado que lo hiciera.

Tyler lanzó el corazón de la manzana al cubo de la basura y se puso en pie.

–En marcha –dijo, poniéndose la chaqueta.

–¿A dónde?

–¿No has dicho que querías dar una vuelta? Pues vayamos.

–¿Aunque no esté en el programa?

–¿Por qué crees que hay que cumplir con la agenda?

–¿Para que sepa dónde tengo que ir? –preguntó ella, fingiéndose tonta.

–Hay otra razón.

Ella parpadeó con ingenuidad.

–¿Para que la gente a la que voy a ver sepa cuándo voy a llegar?

–Prueba otra vez.

–¿Para que sepas dónde llevarme? –preguntó Miranda haciendo un mohín.

–Antes de tu llegada, se inspecciona cada rincón.

Miranda puso los ojos en blanco. ¿No se daba cuenta de que llevaba años padeciendo aquella tortura?

–Además de asegurarse de que hay vías de escape seguras. Cuando se dan por satisfechos, informan al servicio de seguridad que, a su vez, peina la ruta de ida y de vuelta –Miranda arqueó una ceja–. ¿Gano puntos si te digo cuáles son los códigos de comunicación por radio?

–No te gusta perder, ¿eh?

–No creo que haya perdido: he conseguido ir al parque a dar un paseo –dijo Miranda, resabiada.

–Todo depende de si esa era tu verdadera intención –replicó él–. Y no he dicho nada de ir al parque. Los terrenos de la casa son lo bastante amplios –al ver que ella no contestaba, hizo ademán de volver a dejar la chaqueta–. Aunque si prefieres no salir…

–Está bien –dijo ella, resignándose a lo inevitable–. Pero no creas que necesitas entretenerme.

Con paso decidido salió al jardín, donde la humedad del aire anunciaba la llegada del otoño.

¿De dónde abría salido aquel hombre? ¿Desde cuándo era policía? ¿Cuánto tiempo llevaba en el departamento de seguridad del ayuntamiento? ¿Cuántos años tenía? ¿Tendría familia? Las preguntas se sucedían en su mente sin interrupción.

Era evidente que podría preguntárselo directamente. Normalmente, le gustaba charlar con la gente y saber de sus vidas, que siempre eran mucho más interesantes que las de ella. Pero con Brannigan la necesidad de conocerlo mejor era algo más personal, y empezó a ser acuciante.

Se dio cuenta de que, si seguía callada, se volvería loca. Así que tendría que conseguir que fuera él quien empezara una conversación a pesar de que le había ordenado que no lo hiciera.

¿No podía haber elegido otro momento para obedecerla por primera vez?

Capítulo 5

MIRANDA caminó a paso firme, sin disimular su irritación por la presencia de Tyler, que en lugar de seguirla a algunos metros, se colocó a su lado. Cuando desaceleró y empezó a apreciar el entorno, sonriendo y respirando profundamente, Tyler la observó sin saber si disfrutaba del paseo o si estaba maquinando algo, aunque se inclinaba por creer lo último.

Sin previo aviso, cambió de dirección y se dirigió hacia el río, apoyándose en la barandilla para mirar a un lado y otro. Cuando transcurrieron varios minutos, él preguntó: –¿Qué estás buscando?

–Cachorros de foca –dijo ella, ausente.

–¿Qué?

–Cachorros de foca –repitió Miranda–. Esas criaturas que mamá y papá foca hacen como prueba de su amor –miró a Tyler con sorna y añadió–: ¿No te enseñaron reproducción en el colegio?

Tyler evitó decirle que durante esas lecciones, no habían sido los cachorros de foca lo que le había interesado. En cambio, observó el río, en el que había botes y gabarras. Aunque no hubiera un peligro inminente, era incapaz de relajarse. Estaba en tensión, preparado para reaccionar si la situación lo requería. Entretanto, no se le escapaba ni el más mínimo detalle: el nombre del bote más próximo, el hombre que permanecía de pie en la proa de una gabarra, el agua lamiendo las rocas cubiertas de algas, la brisa que sacudía el cabello de Miranda, acariciándole el rostro…

La capacidad de almacenar aquella suma de información hasta que su mente necesitara acceder a ella era una habilidad que Tyler jamás se había cuestionado. Su cerebro funcionaba como un ordenador con varios programas abiertos simultáneamente, pero era la primera vez que alguien alteraba su sistema operativo: cada vez que fijaba su atención en Miranda, la pantalla se quedaba fija.

–Se supone que están por aquí –continuó Miranda–. He visto unas fotos en Twitter.

–Ah –Tyler nunca había sido aficionado a las redes sociales, pero sabía que Miranda era muy activa. Era la única área en la que no se habían aceptado sus sugerencias.

Desde el punto de vista de la seguridad, que notificara su localización era un riesgo innecesario. Para la oficina de prensa del alcalde, aquella presencia pública era una valiosa herramienta de publicidad. Que no hubieran cedido a limitarla, era una preocupación añadida.

–No representan un riesgo para mi seguridad, si eso es lo que te preocupa –dijo ella, mirándolo–. Se supone que para llevar explosivos se entrenan delfines –cuando Tyler no respondió, se apoyó en la barandilla y se volvió hacia él–: ¿No tienes sentido de humor?

–¿Y tú no entiendes que no estoy aquí para hacer amigos?

–¿De verdad? –exclamó Miranda, sarcástica.

Tyler tuvo que respirar profundamente. Con una mujer como aquella en su vida privada, habría activado sus dotes de seducción. Pero aparte de que estaba allí para cuidar de ella, sus habilidades estaban levemente enroñadas. La explicación más sencilla era que no había podido practicar porque tenía demasiado trabajo, y porque no había tenido a nadie con quien practicar.

Pero había otra razón más importante: el recuerdo de una mujer morena con expresivos ojos marrones.

–¿Es así como conseguiste que los otros te dejaran hacer lo que quisieras?

Miranda arqueó una ceja.

–¿A qué te refieres?

–A tus escapadas. He hecho los deberes y lo sé todo sobre ti.

–Lo dudo mucho –dijo Miranda, dejando escapar una risita desdeñosa.

Tyler recuperó la información correspondiente sin esfuerzo:

–Miranda Eleanor Kravitz, veinticuatro años, nacida en Manhattan, infancia en Vernon, volviste a Nueva York con diecisiete años, antes de que tu padre se convirtiera en alcalde.

–Con dieciséis, las elecciones son en noviembre –le corrigió Miranda.

–No ocupó el puesto hasta enero y tu cumpleaños es el catorce de diciembre –Tyler continuó desde el punto de la interrupción–: Acabaste el colegio con sobresalientes y en el último año hiciste el papel protagonista en una producción de Shakespeare –donde debía de haber desarrollado sus dotes de actriz–. Hablas con fluidez español y francés, estudiaste Literatura en la universidad de Nueva York. Antes de terminar, bailaste sobre una mesa en un *reality show* y apareciste en los titulares de la prensa en dos ocasiones, la primera, cuando te descubrieron borracha con la misma amiga que…

–¿La talla de mi sujetador ya está en Wikipedia?

El viejo Tyler emergió y bajó la mirada hacia el escote de Miranda:

–No, pero me apostaría a que es una…

–Desvíe la mirada, detective –le amenazó ella.

Irritado consigo mismo por haberse dejado llevar, Tyler la miró a la cara.

–La investigación que he hecho va más allá de Google. He hablado con todos tus guardaespaldas y sé cómo operas. He cerrado todas las vías de escape y he cambiado a todo el servicio de seguridad. El tipo que está en la verja es nuevo. Ya no tienes amigos en el equipo, sino hombres concentrados en hacer bien su trabajo a riesgo de perderlo.

Miranda lo miró con ojos centelleantes.

–¿Se puede saber cuál es tu problema?

–Hasta que aceptes que no vas a ir a ninguna parte sin mí: tú.

–No eres mi guardián.

–Se ve que alguien ha creído que lo necesitabas o no estaría aquí –dijo él, separándose de la barandilla y reanudando el paseo.

–¿Qué «alguien»? –preguntó ella, siguiéndolo.

–¿Tú quién crees?

Miranda masculló algo que Tyler dedujo no pertenecía al vocabulario que había aprendido en sus clases de literatura. Se detuvo y se volvió hacia ella, que fijó la mirada en su torso.

–Estando tan cerca de las elecciones, puedes convertirte en un problema –dijo él, inexpresivo–. Hace tres semanas te fotografiaron en un bar con un chico que chupaba la sal de tu cuello antes de beber un trago de tequila.

Miranda alzó la barbilla.

–¿Estás celoso?

–Personalmente, me da lo mismo lo que hagas –aunque su reacción al ver la fotografía después de haberla besado, pudiera sugerir lo contrario–. Lo único que me importa es que no vuelva a suceder. Se tuvieron que pedir unos cuantos favores para evitar que se publicaran.

Miranda ocultó su reacción tras una máscara de hielo.

–Entonces fue una suerte que no hubiera cámaras el viernes en un oscuro callejón, ¿no crees?

Cuando dio media vuelta bruscamente y se encaminó hacia la casa, Tyler le dejó adelantarse unos metros. Necesitaba respirar. Miranda tenía razón, pero le irritó la indiferencia en su voz. Él no había sido el único que se había dejado llevar, y la implicación de que podía haber sido cualquier otro tipo, como el de la sal, lo perturbaba mucho más de lo que debiera.

Instintivamente, habría querido demostrarle que se equivocaba. Un Brannigan jamás rehuía un reto. El problema era que también tenían

un elevado sentido del honor y del deber, y al darse cuenta de que estaba próximo a romper uno de sus principios, se aferró al otro. De no hacerlo, no quedaría rastro del hombre que había sido antes de que todo se fuera al garete.

–Vete a casa, detective –dijo Miranda cuando llegaron a la cocina.

–Me temo que no es posible.

Miranda le lanzó una mirada de enfado que ocultó al instante tras su máscara de indiferencia.

–Hagamos un trato.

–¿Qué clase de trato?

–Te prometo que no iré a ningún sitio esta noche –lo miró de arriba a abajo–. Creo que necesitas dormir para librarte de la tensión que irradias.

–¿A cambio de qué? –preguntó él con aspereza.

–De nada.

–¿Y qué sacas tú de ello?

–¿Aparte de librarme de ti unas horas?

A Tyler le alagó saber que la alteraba.

–Seguro que quieres algo.

–La paz en el mundo, libertad, justicia para todos… Quiero un montón de cosas. Pero, por ahora, me conformo con que me digas cómo te llamas.

¿Por qué le importaba tanto su nombre? Tyler intentó adivinar cuál era el motivo oculto, pues estaba seguro de que lo había. Pero decidió dejarla jugar si con ello podía aprovechar unas cuantas horas.

–Tyler.

–Tyler –repitió ella como si saboreara el nombre.

Oírla pronunciarlo le produjo un efecto hipnótico, y más cuando Miranda se quedó mirándolo en silencio. Tyler parpadeó y se giró, prefiriendo no cuestionarse por qué sentía la sangre como magma hirviendo cuando Miranda no había hecho nada abiertamente sensual.

–Hasta mañana, Tyler –dijo ella.

–Si sales de esta casa, lo sabré en cuestión de segundos.

Miranda alzó la mano y se despidió con un movimiento de los dedos.

–Buenas noches –dijo con voz cantarina.

Tyler se quedó mirando la puerta por la que se fue, preguntándose si podía confiar en ella. En ese momento, vibró su móvil.

–Brannigan –contestó.

–¿Qué tal te va en la versión municipal de agente secreto? –la voz de su compañero de brigada lo sacó de su ensimismamiento.

–Ni lo preguntes –salió de la cocina hacia la cabina de control–.

¿Has descubierto algo?

–No hay ninguna correspondencia con el ADN de la base de datos.

–¿Han tardado un mes en averiguarlo? ¿Y qué hay de los asociados que estamos buscando?

–Puede que en ese frente tenga mejores noticias.

–Prefiero que me des la información en persona. Estaré en O'Malleys's a las nueve.

–Si termino divorciándome, será tu culpa.

–¿Por qué todos tus hijos se parecen a mí?

El exabrupto que oyó al otro lado hizo que Tyler esbozara una sonrisa, que era lo que más hacía en los últimos tiempos. Fingir que estaba bien delante de su gente era un ejercicio agotador. Por contraste, pasar el día con la hija del alcalde había resultado un alivio.

Solo necesitaba controlar sus reacciones cuando estaba con ella para no sentirse tan volátil.

En el pasado, no implicarse había sido su forma natural de comportarse, al contrario que la del resto de su familia. La distancia emocional que establecía lo había convertido en inaccesible para las mujeres. La única vez que se había sentido unido a alguien, había sido un fracaso. Y lo que era aún peor, su esfuerzo por compensarlo, había costado una vida.

A veces creía verla entre la multitud, mirándolo con expresión acusadora. Era un fantasma que lo asediaba. No debía haberla dejado sola.

Se dio una pausa ante de entrar en la cabina, desde donde le llegaban las voces de los otros agentes. No tenía por qué preocuparse. Miranda Kravitz estaba rodeada de un pequeño ejército, y aunque algunos hubieran fracasado en evitar que se metiera en líos, tenían mucha práctica en aislarla y protegerla del mundo exterior.

Además, no era precisamente una mujer sin personalidad. Su mayor problema con él era que no le dejaba que se saliera con la suya, tal y como acostumbraba a hacer.

Tyler defendía a aquellos que no tenían voz, ni las oportunidades que ella tenía, ni la posibilidad de escapar de sus vidas cuando quisieran. Si faltaba a su palabra, le haría pagar por ello.

Quizá le había parecido severo en su primer día de servicio, pero no tenía ni idea de hasta qué punto podía llegar a serlo.

Capítulo 6

LA PEQUE–A victoria de obtener su nombre bastó para que Miranda cumpliera su promesa, pero una noche de forzada cautividad la decidió a luchar por sus derechos.

–Buenos días, Miranda.

–Buenos días, Grace –Miranda vio que esta la miraba con sorpresa al encontrarla a la puerta del despacho de su padre.

–¿Está mi padre dentro?

–Está desayunando con el jefe de policía.

–¿Y mi madre?

–Está en el comedor –Grace tomó una carpeta del escritorio y fue tras ella–. Tienes una cita a las nueve en…

–Ahora no, Grace –Miranda lamentó ser tan brusca, pero las dos sabían que el repaso matutino a su agenda era más un hábito que una necesidad.

Ella sabía dónde tenía que ir varios días por adelantado, incluso semanas en el caso de visitas que requerían una preparación exhaustiva. ¿Cómo si no podía estudiar para las posibles conversaciones que surgieran sobre un tema concreto?

Al llegar al comedor, dos pares de ojos la observaron.

–¿Puedes darnos unos minutos, Roger? –preguntó. Cuando la puerta se cerró, Miranda dijo con firmeza–: Me niego a ser una prisionera en esta casa.

–Siéntate, cariño –dijo su madre.

–No quiero sentarme, quiero ser tratada como una adulta.

–Empieza por portarte como si lo fueras –dijo su madre con la paciencia que la caracterizaba y que tanto irritaba a Miranda cuando estaba enfadada–. Siéntate y dime qué pasa.

–¿Tu sabías que iban a cambiar el equipo de seguridad, verdad? –preguntó malhumorada.

–No es la primera vez que se cambia –su madre enarcó una ceja–. ¿No crees que exageras?

–¿Teniendo en cuenta que se pretende específicamente que no haga nada embarazoso durante la campaña?

–Comprenderás que tengamos que evitar cualquier publicidad

negativa.

–Soy perfectamente consciente de las responsabilidades que me han correspondido desde la adolescencia, madre. No necesito que se me recuerden.

–Y, sin embargo, papá y yo recibimos constantes informes de tus actos de rebeldía –su madre posó las manos en el regazo–. Nos eligieron para que diéramos ejemplo. La gente espera que seamos un modelo. Así es nuestra vida.

–La ha elegido papá, no nosotras –le recordó Miranda–. Yo no me presenté a las elecciones, ni elegí ser vuestra hija.

–Lo quieras o no, eres la hija del alcalde. Este será su último mandato.

–Si es que lo eligen. ¡Gastar una fortuna en intentarlo no asegura el éxito!

–Somos una familia, Miranda. Una vez tengan lugar las elecciones…

Miranda estalló en una carcajada sarcástica.

–¿Qué se supone que tengo que hacer, esperar a que confirme los rumores de que se presenta a gobernador? ¿Y por qué no a presidente?

–Eso lo decidirá tu padre.

–Y de mí depende cómo viva mi vida. Si quieres que me comporte como una adulta, trátame como tal. ¿Cómo voy a aprender de mis errores si no me dejáis cometerlos?

–Me temo que en cuanto te hemos dado algo de libertad has aparecido fotografiada en varios tabloides.

–Me encanta bailar y me emborraché el día que cumplí veintiún años. ¿Eso me hace peor que la media de gente de mi edad? Podría haber experimentado con drogas o acostarme con chicos que luego amenazaran con publicar los detalles. ¿No os dais cuenta de que convertirme en una cautiva aumenta mis deseos de escapar? ¿Por qué creéis que Richie ha elegido una universidad en la Costa Oeste?

–No hace falta que grites. Si fueras capaz, como él, de expresar tus emociones con calma…

Miranda sacudió la cabeza consciente de lo poco que la conocían a ella y a su hermano. Ni siquiera se daban cuenta de que mientras ellos acudían a fiestas y a reuniones de beneficencia, ella se convertía en una sustituta de madre: leía cuentos a Richie, le ayudaba con las tareas, le ponía tiritas en las heridas.

Nadie había hecho eso por ella.

–Está bien. Me quedaré hasta el recuento de votos, pero luego se acabó: ni haré apariciones públicas, ni llevaré guardaespaldas. Nunca los quise y no sé por qué los contribuyentes tienen que pagar ese gasto

solo porque mis padres estén obsesionados con mi seguridad.

Su madre suspiró.

–Miranda…

–Llego tarde a mi primera cita –Miranda abrió la puerta bruscamente y se encontró con un par de ojos azul cobalto mirándola fijamente que la dejaron paralizada.

Tyler la sacó de su estupor entregándole un papel.

–Le he dicho a Grace que yo mismo te lo daría.

–Gracias –Miranda lo tomó con una mano mientras con la otra cerraba la puerta.

–¿Estás lista? –preguntó él.

–Necesito un par de minutos.

–Te espero fuera.

Mientras repasaba el papel y recorrían el descansillo, miró de soslayo a Tyler y le vio esbozar una sonrisa.

–Adiós, Grace –dijo con voz grave.

–Adiós, Tyler.

Miranda miró entonces a esta y vio que tenía las mejillas sonrosadas. En todos los años que la conocía nunca la había visto ruborizarse. ¿Le habría guiñado el ojo Tyler? La mera posibilidad le resultaba surrealista.

Tras mirarlo de nuevo, adoptó la misma expresión impenetrable que él mostraba. Había aprendido que, si Tyler tenía algo que decir, no se lo guardaría. Así que confiaba en que, si había oído algo desde el otro lado de la puerta, eligiera no hacer ningún comentario.

Volvió a repasar el programa del día.

–Si tienes problemas con las palabras largas, consúltame –bromeó él.

El comentario ganó a Tyler una mirada furibunda. Pero cuando tomaron rumbos distintos y ella continuó hacia su dormitorio, pasó algo inesperado: sintió sus labios curvarse en una sonrisa.

Sin pretenderlo, Tyler le había proporcionado lo que necesitaba para soportar el día que tenía por delante. Lo que combinado con la noción de que la fecha de su liberación estaba próxima, hizo que su paso adquiriera una ligereza que no había tenido en mucho tiempo.

Capítulo 7

TYLER estaba intranquilo porque se sentía ante un puzle al que le faltaba una pieza. Que Miranda intentaría escaparse de nuevo era obvio. Lo que no comprendía era por qué de pronto le parecía mal ser un obstáculo para ello.

Haber oído que no quería llevar guardaespaldas era un punto a su favor, aunque tuviera la idea errónea de que no lo necesitaba. Claro que ella ignoraba lo que él sabía.

Barrió la habitación con la mirada, pero un grupo de niños y de profesoras no resultaban particularmente amenazadores, así que volvió a fijarse en su objetivo. Miranda estaba sentada y marcaba el ritmo con un pie mientras sonreía. El brillo de sus ojos indicaba que, como él, encontraba el supuesto recital de música un tanto desafinado, pero eso no parecía restar a su diversión.

Quizá eso era lo que estaba fuera de lugar: el buen humor que desplegaba desde que salieran de casa.

Cuando la cacofonía concluyó en un estruendoso final, Miranda inició el aplauso puesta en pie.

–Gracias, ha sido maravilloso. Al alcalde le habría encantado. Cuando toquéis en el Radio City Musical Hall comprará entradas en primera fila.

Sonriendo para sí, Tyler abrió la puerta y aspiró el aroma a lila que Miranda dejó a su paso y que llevaba perturbándolo desde que se había subido al coche aquella mañana.

La siguió a algunos pasos mientras la directora y profesoras la escoltaban. Al notar que la mirada se le iba hacia sus caderas, frunció el ceño y se obligó a alzarla.

–La próxima clase es de niños discapacitados –explicó la directora–. Son grupos más reducidos.

–¿Qué edad tienen?

–Entre seis y ocho años.

Al entrar en el aula, Tyler ocupó su posición junto a la puerta. Tras hacer un inventario de su entorno y del exterior, a través de las ventanas, solo le quedaba contemplar a Miranda con la excusa de que buscaba la pista que se le escapaba. Observó todo lo que hacía, desde

el saludo inicial a los niños a cómo se relacionaba con ellos, pasando de un pupitre a otro. Se ponía en cuclillas para estar a su altura, hacía preguntas, escuchaba atentamente las respuestas. Ocasionalmente, le pasaba la mano por el cabello a uno y le dedicaba una de sus espléndidas sonrisas.

Se parecía a su actuación en la residencia de anciano, pero Tyler tenía la sensación de que algo era diferente.

Mientras la directora le explicaba el trabajo que desarrollaban, Miranda dejó que su mirada vagara por la sala hasta que se fijó con curiosidad en un punto a la derecha de Tyler, y este miró para ver de qué se trataba.

Una niña rubia, sentada en unas alfombrillas acolchadas, parecía ajena a su entorno y coloreaba un dibujo con entusiasmo.

Miranda cruzó la clase y se agachó a su lado.

–Hola.

La niña no contestó.

–¿Te importa si me siento contigo? Me duelen los pies.

No hubo respuesta.

Miranda se sentó.

–¡Qué dibujo tan bonito! Me encantan las flores. El rosa es mi color favorito.

Tras un titubeo, la niña tomó el lápiz rosa y se lo dio.

Miranda lo tomó con una gran sonrisa de agradecimiento.

–¿Es para mí?

La niña asintió con la cabeza.

–¿Estás segura de que quieres que te ayude? Siempre me paso de la raya.

Tyler se dijo que esa era la afirmación más honesta que le había escuchado y sonrió para sí.

Miranda se echó el cabello hacia atrás.

–¿Cuál quieres que coloree? –la niña señaló una flor–. Vale. Intentaré hacerlo bien.

Tyler observó a la audiencia embelesada de adultos y los imaginó recordándola y tomando la papeleta de su padre mecánicamente el día de las elecciones.

–Tienes flores –se oyó una voz quebrada.

Tyler miró y vio que era la niña, señalando el dibujo de la blusa de Miranda.

–¿Te gustan? –preguntó esta.

La niña asintió.

–¿La has hecho tú?

–No. Las agujas me dan miedo. Pueden pinchar.

Tyler vio que un niño le miraba la cintura fascinado, y se cerró la chaqueta para ocultar la culata del revolver a la vez que miraba la hora. Luego dirigió la mirada a su objetivo para intentar hacer contacto visual.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Miranda.

–Casey.

–Yo me llamo Miranda. ¿Por qué estás sentada sola, Casey? ¿No quieres estar con tus amigos?

–Hay chicos en mi mesa –dijo la niña como si eso lo explicara todo.

–Algunos niños son simpáticos.

–Y otros, malos.

–No te falta razón, yo lo sé muy bien –dijo Miranda, lanzando una mirada a Tyler.

Este aprovechó para señalar el reloj.

–Tengo que irme, Casey –dijo Miranda, sonriendo–. Gracias por dejarme colorear.

–¿Ya no te duelen los pies?

–Estoy mucho mejor, gracias –Miranda se puso en pie. Al ver que la niña le ofrecía el dibujo, preguntó–: ¿Es para mí?

–Para que lo colorees en casa.

–Muchas gracias, Casey.

–Adiós, Miranda.

Esta saludó al resto de los chicos.

–Adiós. Gracias por dejarme visitaros. Estoy deseando contarle al alcalde lo buenos que sois.

Tyler salió al pasillo mientras se oía un coro de «adioses». Se subió la radio a los labios y dijo en voz baja:

–Rand, aquí Brannigan. Phoenix sale.

Oyó la respuesta en el pinganillo.

–Recibido. Ocupo posición inicial.

Según se acercaban a la entrada, Tyler se puso alerta. En el exterior había inicialmente un grupo de padres, que para entonces se había convertido en una pequeña multitud. Miranda era un claro reclamo público. Cuando salieron, Tyler recorrió el entorno como un radar al tiempo que la precedía varios pasos por delante. Su atención se concentraba en cualquiera que destacara por el motivo que fuera. Mientras Miranda sonreía y estrechaba manos, él sacaba decenas de fotografías mentales. En cierto momento, una alarma se disparó en su cerebro. En la parte de atrás había un hombre que ni sonreía ni gritaba. Estaba pálido y tenía un aspecto vulgar. Tenía el cabello oscuro, mediría un metro setenta y cinco, llevaba gafas y una gorra con el dibujo descolorido de un león. Lo que hacía que destacara era

la manera en que miraba a Miranda, como si no hubiera otra cosa en el mundo.

Súbitamente, Tyler fue consciente de todas las manos que se alargaban hacia ella y de los cuerpos que empujaban hacia la barrera que la separaba, así como el vuelo de pancartas que podían obstruirle la visión. Se le disparó la adrenalina y entre la multitud creyó ver el rostro que nunca olvidaría. Unos ojos lo miraban, acusadores, desde un rostro ensangrentado.

Aunque el hombre no se había movido, decidió no arriesgarse. Acercándose a Miranda, posó la mano en la parte baja de su cintura y le dijo al oído: –Tenemos que irnos ahora mismo.

Ella se tensó al mirarlo.

–¿Por qué?

–Obedece –dijo él, incrementando la presión en su espalda.

Miranda reaccionó con profesionalidad: sonriendo y saludando con la mano, dejó que la llevara al coche. Tyler hizo un gesto a Rand, quien abrió la puerta del coche sin dejar de mirar alrededor.

–¿Pasa algo? –preguntó Rand cuando ella ya había entrado.

–Un tipo a las seis en la parte de atrás.

Rand miró por encima del hombro.

–¿Cuál?

–Pálido, gafas, gorra.

–No lo veo.

Girando noventa grados y enfocando sobre la posición, Tyler frunció el ceño al ver que había desaparecido.

–Vayámonos.

–¿Qué sucede? –preguntó Miranda cuando él se sentó tras del volante.

Tyler esperó a que Rand rodeara el coche y ocupara el asiento del acompañante.

–Nada de lo que debas preocuparte.

–Vamos, Tyler –dijo ella, en un tono amable que lo desconcertó–. ¿Crees que no te he visto la cara?

–Tenemos que cumplir el horario –dijo él, en tensión.

Pero cuando sus miradas se encontraron en el retrovisor, hubo entre ellos una corriente de complicidad.

Miranda sacudió la cabeza:

–Estás más obsesionado con la agenda que Grace.

No era la primera vez que le seguía la corriente, pero que no insistiera sobre el tema delante del otro agente le hizo sentir que era ella quien lo protegía, y eso no le resultó particularmente agradable. Arrancando, tomó la dirección de Manhattan a la vez que respiraba

pausadamente. Que su corazón todavía siguiera acelerado al llegar al puente de Brooklyn no le resultó extraño. Estaba acostumbrado a que la adrenalina siguiera fluyendo por su cuerpo tiempo después de un suceso.

Pero en aquella ocasión, la sensación era distinta. Y Tyler no estaba seguro de querer saber por qué.

Capítulo 8

A MIRANDA le frustró que los acompañara un segundo agente y tener que esperar a la tarde para poder sacar el tema.

–¿Qué ha pasado esta mañana?

–Te he dicho que nada de lo que debas preocuparte.

Miranda frunció el ceño al ver que ni siquiera la miraba.

–No lo he mencionado mientras ha estado Lewis, pero he visto que algo te angustiaba.

–¡Eso no es cierto!

–Llámalo como quieras, pero lo he visto.

El silencio que siguió, aumentó su frustración.

–Si actúas con tanto misterio y distancia la cosa no va a funcionar. Para establecer una relación de confianza, tienes que cumplir con tu parte.

–Cuando crea que debes saber algo, te lo diré.

Miranda se preguntó por qué se molestaba en preocuparse de él. Dijera lo que dijera, algo lo había angustiado, y esa era la mejor manera de describir su rostro pálido y congelado mirando a un punto fijo entre la gente.

Distraída por la persona a la que saludaba en aquel momento, no lo había visto aproximarse. Todavía podía sentir su mano en la espalda, el calor de su tacto, la corriente que le había recorrido la columna. Combinada con su voz susurrada al oído, había sentido el calor estallar en su interior, fundiéndole los huesos. Tyler no tenía ni idea del esfuerzo sobrehumano que había supuesto disimular el impacto que le había provocado.

Miró por la ventanilla y se reprendió por dejarse llevar por sus fantasías. El tiempo que había dedicado a soñar con mantener sexo tórrido con él, combinado con la prohibición de mantener cualquier contacto físico con su guardaespaldas, debía de haber exacerbado su deseo hacia aquel hombre.

Sin embargo, eso no explicaba la punzada de dolor que sentía.

Cuando se habían mirado a través de retrovisor, había estado convencida de que se transmitía entre ellos un nivel de entendimiento que debía posponerse hasta quedarse a solas. Algo parecido había

sucedido en el colegio, cuando lo había mirado al decir que algunos chicos eran malos. Evidentemente, se había equivocado.

Pero no volvería a cometer el mismo error.

Al rechazar la rama de olivo que le había tendido, el detective Brannigan había firmado su condena.

Miranda buscó en su bolso y, sacando las gafas, se ocultó tras ellas mientras planeaba su venganza.

Capítulo 9

COMO la mayoría de los hombres del planeta, Tyler habría preferido hacer cualquier cosa antes que acompañar a una mujer de compras. Que Miranda hubiera decidido hacerle un pase de modelos, dando lugar una sucesión imparable de imágenes de su cuerpo, no mejoraba la situación.

Sentado en un sillón de terciopelo con los codos apoyados en las rodillas, se preparó para la siguiente prueba de autocontrol.

–Puede que este escote sea demasiado bajo –anunció Miranda desde detrás de la cortina.

Tyler alzó la mirada al oír las anillas deslizarse por la barra. ¿Un poco bajo? ¡Prácticamente le llegaba al ombligo, dejando sus espectaculares senos expuestos!

–¿Qué te parece? –preguntó ella en actitud provocativa.

Tyler apenas podía pensar, dado que la sangre había abandonado su cerebro para concentrarse en otra parte de su cuerpo. Carraspeando, dijo entre dientes: –No está mal.

–¿No se te ocurre nada mejor que decir? –dijo ella. Entonces se inclinó hacia delante y sacudió los hombros–. Me preocupa que sea demasiado ceñido.

–¿Cuánto tiempo vas a tardar? –preguntó él, pasándose las manos por el rostro.

Miranda se irguió sujetándose los senos. Cuando miró a Tyler, este se había llevado las manos al regazo para ocultar el efecto que estaba teniendo sobre él.

–Lo que haga falta –dijo ella con una sonrisa voluptuosa. Bajó las manos y se encogió de hombros–. Por eso es la última cita del día. Me encanta ir de compras –volviéndose, preguntó por encima del hombro–: ¿Qué tal me queda por detrás?

Tyler observó su espalda desnuda ansiando tocarla para comprobar si era tan suave como aparentaba. Luego la lamería y soplaría sobre ella para que se le pusiera la carne de gallina mientras iba subiéndole la falda…

–Como no quería que quedaran marcas, me he quitado la ropa interior.

Tyler maldijo mentalmente y apretó los dientes.

–¿Cuándo piensas ponerte ese vestido?

–¿Te parece excesivo para un acto público? –Miranda se acercó al espejo y Tyler pudo ver su frente y su espalda simultáneamente–. Puede que tengas razón. Es más apropiado para una atmósfera íntima, con música sensual –cerró los ojos y meció sus caderas a la vez que se las acariciaba. Luego se detuvo y abrió los ojos–. Creo que me lo voy llevar.

Cuando volvió al probador, Tyler miró al techo, preguntándose hasta cuándo lo castigaría por no haberle contado lo que había sucedido a la salida del colegio.

Una puerta se abrió a su izquierda y apareció la dependienta con otro rail lleno de ropa.

–¿Qué tal va? –preguntó, sonriente.

–Lenta –dijo él con un resoplido.

–¿Janice? –llamó Miranda desde el probador–. Pasa. Creía que iba a tener que pedirle a Tyler que me abrochara.

Mientras las oía charlar tras la cortina, Tyler se puso en pie y llamó por teléfono.

–Estoy en el infierno, compañero.

–¿La hija del alcalde es demasiado para ti?

–Estamos de compras.

–Me solidarizo contigo, amigo.

–Podrías sonar más sincero –Tyler fue al extremo opuesto de la habitación–. Dame buenas noticias sobre el caso y prometo no pegarte cuando te vea.

Mientras su compañero lo ponía al día, cometió el error de dar la espalda al probador. Solo cuando acabó la llamada se dio cuenta de que tras la cortina reinaba un total silencio. Cruzó a grandes zancadas y la abrió de golpe.

–¡Me cago en…!

Capítulo 10

–¿CREES que estará muy enfadado cuando te localice?

Miranda se encogió de hombros en el sillón del elegante Waldorf Astoria.

–Me da lo mismo. Se lo merece.

No conocía a nadie que tuviera la misma capacidad de excitarla e irritarla a un tiempo. Nunca había actuado tan provocativamente con alguien para comprobar hasta dónde podía tensar la cuerda. Era un juego arriesgado, especialmente con alguien que, como Tyler, en el fondo la intimidaba.

–¿No sientes la menor culpabilidad sabiendo que puede meterse en un lío?

–No lo había pensado hasta ahora mismo. Gracias por mencionarlo.

Crystal tomó una de las dos tazas de porcelana que había sobre la mesa.

–Tu conciencia siempre ha sido un problema. Tenemos que trabajar en ello.

–No habría llegado tan lejos si no tuviera una actitud natural para buscarme problemas.

–Cuando te conocí te dije que tenías potencial.

–Espera a que me libere dentro de unos meses y pueda desplegar las alas.

Crystal dejó la taza con un suspiro.

–Cuando nada te ate ni nadie se interponga en tu camino… Esa libertad combinada con la carencia de cualquier sentimiento de culpa puede convertirte en mi sucesora al trono de la celebridad.

Miranda tamborileó en los brazos del sillón diciéndose que no buscaba a Tyler cada vez que miraba hacia la puerta. Todo sería mucho más fácil si él se aclarara. La forma en que la había mirado le había acelerado la sangre. De haber tenido un ápice de sentido común, se habría reprimido, pero cuanto más lo provocaba, más excitada se sentía y más aumentaba el deseo de empujarlo al límite. Hasta que fue incapaz de pisar el freno. Y aunque sabía que jugaba con fuego, quería sacarlo de sus casillas.

–¿Todavía crees que vas a ganar los cincuenta dólares que has apostado a que te encontraría en un par de horas? –preguntó Crystal.

–Si fuera la mitad de listo de lo que se cree, ya me habría encontrado –Miranda sonrió a su amiga–. Es una lástima. Aunque sigue siendo una victoria, volver a casa y que me reciba como un padre enfadado le quita emoción.

Crystal miró hacia un lateral.

–Será mejor que te pongas las gafas, porque, si ese es quien creo, el día acaba de iluminarse considerablemente.

Miranda miró hacia el vestíbulo y, en cuanto vio a Tyler, se le contrajo el estómago. En el instante en que él la localizó, una corriente eléctrica le recorrió la espalda. No estaba solo enfadado, sino que parecía a punto de explotar.

–¡Vaya! –exclamó Crystal con un suspiro anhelante–. No me importaría estar en tu situación. ¿Crees que te dará unos azotes? Tiene toda la pinta.

Miranda se sorprendió de la reacción de Crystal. Era una chica verdaderamente mala.

Exhalando el aire, impostó una dulce sonrisa mientras Tyler avanzaba hacia ella.

–Permite que os presente: detective Brannigan, esta es Crystal; Crystal, este es Tyler.

Él mantuvo una expresión impasible y se limitó a decir:

–Te vienes conmigo.

–Perfecto, acabo de terminar el té. Si no llegas a aparecer, habría tenido que llamar un taxi. ¿Has aparcado cerca? Si no, puedo esperar a que acerques el coche.

Tyler irradiaba furia en oleadas.

–Si es preciso, te sacaré a la fuerza.

–Prefiero dejarlo para otra ocasión –dijo ella, poniéndose en pie.

–Los cincuenta dólares que te debo –dijo Crystal, tendiéndole un billete.

–Gracias. Ha sido un placer hacer negocios contigo –dijo Miranda, sonriendo.

–No te olvides de eso que te he dicho en ese sitio del que hemos hablado. Va a ser magnífico.

–Nos vemos allí.

–Lo dudo mucho –intervino Tyler.

–No le hagas caso; yo no lo hago. Te quiero –dijo Miranda con desdén.

–Y yo a ti.

Tomando la delantera, Miranda cruzó el vestíbulo con la cabeza

erguida. Al llegar a la puerta giratoria se detuvo.

–¡Qué dilema! –dijo, mirando a Tyler–. ¿Te arriesgas a que me adelante, u optarás por darme la espalda aun a riesgo de que vuelva a desaparecer? Debe de ser como jugar a la ruleta.

–¿Lo estás pasando bien? –preguntó él, tomándola del codo y entrando con ella en el mismo cuadrante.

–Hasta que has llegado tú, fenomenal –dijo Miranda, removiéndose para obligarle a sentir su contacto.

–Eres un peligro.

Miranda liberó su brazo en cuanto salieron a la calle.

–Estás enfadado porque he escapado de tu férreo control.

–¿Alguna vez has pensado que, si tú encuentras una vía de escape, alguien que quiera localizarte puede usar la misma?

–¿Por qué querría alguien encontrarme?

–La fama puede sacar lo peor de la gente. Ahora mismo yo querría matarte.

–¿Cómo me has encontrado?

–Tu amiga Crystal debe cancelar la opción de localización en su Facebook. Y, por cierto, cuando twittees, no digas dónde vas a estar hasta que ya hayas vuelto –se detuvieron en un cruce hasta que cambiara el semáforo–. Todo el mundo se ha enterado de que ibas al colegio.

–¿Por eso estabas tan agobiado?

–No estaba agobiado –Tyler suspiró como si la espera se le estuviera haciendo eterna–. Alguien entre la multitud me ha resultado extraño.

–¿Por qué? –preguntó Miranda, entornando los ojos.

–Destacaba entre los demás y seguía cada uno de tus movimientos –el semáforo cambió y Tyler volvió a tomarla por el codo para cruzar.

–Tú también.

–Me pagan por hacerlo. Te aseguro que no lo elegí.

–¿De quién fue la idea? –preguntó ella, tirando del brazo.

–Tu jefe de seguridad fue compañero de mi capitán en el pasado. Cuando dijo que necesitaba a alguien nuevo, tuve la mala fortuna de que mi jefe me presentara voluntario.

–Pero debías de tener práctica en el seguimiento de gente –dijo ella.

–Deja de cambiar de tema.

–No sé por qué te enfada tanto que haya ido al Waldorf a tomar el té.

Tyler se detuvo en seco y tiró de ella, que estuvo a punto de tropezar.

–¿No te enteras, verdad? –Tyler se acercó tanto que su nariz casi rozaba la de ella–. ¡Métete en el coche!

Miranda ni siquiera se había dado cuenta de que lo tuvieran al lado. Apretó los labios, alzó la barbilla y, clavando la mirada en sus ojos azul cobalto, dijo: –Oblígame.

Sus alientos se mezclaban. Daba lo mismo que estuvieran en público, o que quien pasaba su lado pudiera hacerles una foto, Miranda solo pensaba en cuánto ansiaba que la besara. Cuando deslizó la mirada a sus labios, vio que él esbozaba una sonrisa.

–No es eso lo que quieres –dijo él. Y le susurró al oído–: Puedo causarte más problemas de los que puedas imaginar.

Esas palabras invocaron todo tipo de fantasías en la mente de Miranda, que lo observó, aturdida, mientras él abría la puerta. Distraída, dio un paso hacia el coche. Antes de entrar, solo fue capaz de articular dos palabras: –Ya veremos.

La voz que las pronunció no fue la suya, sino la de una sensual sirena que siempre había intuido que se ocultaba en su interior. Y por primera vez, a la vez que cerraba la puerta, sintió miedo de llegar a conocerla. O de que su voz no fuera escuchada y permaneciera aislada y sola, llamando en vano a alguien que terminaría dejando su vida sin volver la vista atrás.

Capítulo 11

TYLER condujo dominando su enfurecido ánimo con dificultad.

Saber que Miranda se había escapado por una puerta escondida tras el probador le salvó de la humillación de que hubiera salido de puntillas mientras él hablaba. Pero el temor a que alguien la hubiera secuestrado lo sumió en un segundo ataque de pánico en cuestión de horas.

Para cuando Janice confesó que había tomado un taxi al salir, estaba decidido a hacer lo que fuera por encontrarla. El jefe de seguridad del alcalde se arrepentiría de haberle dicho que podía hacer «lo que fuera necesario para cumplir con su deber», el día que encerrara a Miranda en una habitación y tirara la llave al río.

Tras intentar localizar la matrícula del taxi en vano, decidió buscar a su compañera de escapadas.

Al retarlo, Miranda había visto una parte de su personalidad que pocos conocían. Él procedía del lado oscuro. Había pasado tantas horas entre despojos humanos que nunca llegaba a sentirse limpio. Era frío y calculador, y la devoraría hasta despojarla de todo lo que ella pudiera ofrecerle, y dejaría tan vacía como él se sentía.

Miranda no quería tener nada que ver con él.

El silencio que le llegaba del asiento trasero era una buena señal. No le daría más oportunidades. Jugaría la carta que guardaba en la manga. No le había dejado otra alternativa.

Cuando llegaron a la casa fue directo a la cabina de control y tomó una carpeta que guardaba en un cajón. Luego subió las escaleras de dos en dos y fue a su puerta.

La llamada con tres golpes de los nudillos recibió una invitación a entrar.

–¡Qué haces aquí! –exclamó Miranda al verlo.

–Me has hecho pasar.

–Creía que eras Grace.

Tyler la ignoró y dejó la carpeta sobre una mesa.

–Esto es para que lo leas –se cruzó de brazos y añadió–: Puedes preguntar lo que quieras.

–¿Y si alguien se entera de que estás aquí?

–Mientras no me hagas un pase de modelos, no hay problema.

Miranda frunció el ceño y tomó la carpeta.

–¿Qué es esto?

Tyler la observó mientras la abría y leía el contenido. Ella alzó la mirada hacia él antes de sentarse en un sofá y pasar la siguiente página. Cuando habló sonó sorprendentemente serena.

–¿Cuántas hay?

–Ahí solo se incluyen las que investigamos.

–¿Porque las consideráis una amenaza potencial?

–Así es, tanto por el tono como por el contenido. Tras analizar las huellas y el ADN, un psicólogo los estudia y elabora un perfil –Tyler se encogió de hombros–. La mayoría son enviadas por tarados que siguen viviendo con sus padres a los cuarenta años.

Miranda lo miró.

–¿Es verdad o lo dices para que me sienta mejor?

–Te aseguro que más de uno tiene tu fotografía clavada en la pared de su cuarto.

–¡Qué asco! –dijo Miranda, haciendo una mueca.

Tyler sintió que su enfado se había disipado y dedujo que se debía a que estaban hablando de algo más próximo al trabajo policial que al de canguro, lo que le hacía sentirse más cómodo.

Al ver que la mano de Miranda temblaba levemente al pasar otra página, supuso que había llegado a una de las cartas más retorcidas.

–¿Por qué no había visto antes esta carpeta?

–Supongo que pensaron que era mejor no enseñártela.

–Pero, evidentemente, tú eres de otra opinión.

El atisbo de vulnerabilidad con el que lo miró hizo que Tyler se cuestionara si había actuado correctamente. Tomó aire.

–Pensaba que podría ayudarte a entender por qué las cosas habían cambiado últimamente.

–¿Y por qué no me la enseñaste el primer día?

Decirle que había pensado que podría controlarla sin necesidad de mostrársela habría sido tanto como admitir su derrota, así que Tyler optó por decir: –No era el momento oportuno.

Miranda pareció reflexionar hasta que súbitamente volvió a mirarlo.

–¿Esta mañana has creído al autor de alguna de estas cartas? –frunció el ceño–. Me cuesta creer que alguien sea capaz de escribir algo así.

–Ya te he dicho que la fama atrae la locura.

–No sé cómo reaccionar.

–La calma es siempre buena. Hay quien se encerraría en casa o

compraría esprays de autodefensa.

El comentario le ganó un intento de sonrisa. Miranda cerró la carpeta y se puso en pie.

–¿Te importa llevártela? No la quiero por aquí –dijo, evitando mirarlo.

Tyler miró a su alrededor por primera vez y lamentó tanto haberle mostrado la cara siniestra del mundo, como haber llevado a su refugio parte de la suciedad con la que él lidiaba a diario.

Pero lo peor fue que ver su espacio personal le reveló mucho más sobre ella de lo que habría querido saber. El papel de la pared tenía un estampado de flores coloridas, la araña del techo proyectaba destellos del sol otoñal y los muebles eran suaves y cómodos, lo que le hizo recordar que le había oído decir a una niña que le gustaba la textura de las cosas.

De pronto fue consciente de que era una mujer táctil. Por eso tocaba a la gente y les pasaba la mano a los niños por el cabello. También le había visto acariciar el collar de perlas, y había sido testigo de cómo se pasaba las manos por el cuerpo cuando intentaba provocarlo. Y esa revelación lo llevó a una pregunta: ¿cómo se sentía rodeada de gente con la que no podía establecer contacto físico? La necesidad de tocar y ser tocada debía de convertirla en una bomba de relojería tanto como a él.

Y explicaba aquel beso…

Tomó la carpeta y fue hacia la puerta.

–¿Tyler? –dijo ella, siguiéndolo.

– ¿Qué? –preguntó él, girándose.

–Gracias. Eres la primera persona que cree que puedo enfrentarme a esto, y te lo agradezco.

Aunque esa no había sido su motivación, Tyler admiró su serenidad y se suavizó.

–Espero que explique por qué he sido tan duro contigo.

–¿Y no solo porque eres cruel y temperamental? –dijo ella, sonriendo por fin.

–Y misterioso, no lo olvides.

El brillo que vio en los ojos de Miranda hizo que estuviera a punto de decirle que se ofrecía voluntario a tocarla y dejarse tocar siempre que quisiera. De no saber que solo podía perjudicarla, no habría tenido ningún problema en hacerlo. De hecho, con solo recordarla bailando en la pista del club, la imaginaba desnuda, cimbreándose como lo había hecho aquella noche… y hasta llegar a sentir su peso sobre él.

Debía marcharse.

–Hasta mañana.

Miranda asintió a modo de respuesta. Tyler fue a la cabina de control diciéndose que debía estar más atento a las señales que tenía ante sí y no dejarse llevar por los prejuicios. Y saber que no tenía todas las respuestas significaba que debía concentrarse.

Si conseguían llevarse mejor después de la tregua que acababan de alcanzar, quizá la situación mejoraría y podría dejar de fantasear con cómo sería el sexo con una mujer que estaba fuera de su alcance.

Aunque dudaba que lo consiguiera, al menos debía intentarlo.

Capítulo 12

MIRANDA estaba decidida a no dejarse atemorizar, pero las cartas la habían afectado profundamente y en los siguientes ajetreados días que siguieron solo se sentía segura cerca de Tyler, lo cual era una ironía teniendo en cuenta el peligro que representaba en sí mismo.

Lo observó mientras inspeccionaba la habitación y vio que se detenía a mirar el bufé que había en la mesa.

–Si fuera tú, comería algo. Cuando empiezan los discursos de campaña no hay ni un segundo. Hay donuts, ¿no es la comida favorita de los policías?

–No de los que quieren estar en forma.

–¿Tienes problemas de peso?

–No todo el mundo tiene la fortuna de tener el cuerpo escultural que yo tengo.

Miranda sonrió, pero miró hacia otro lado. Había observado que Tyler había dado muestras de tener sentido del humor y que sus bromas indicaban una exagerada confianza en sí mismo.

Revolvió en su bolso en busca de entretenimiento. A su madre le gustaba asistir a los discursos en la primera fila del público, pero ella prefería evitarlos. Puesto que su padre se dirigía a una audiencia pro-Kravitz no era necesario hacer acto de presencia hasta que llegara el momento de presentar la imagen de una familia unida.

Se instaló en una mesa con el papel que había sacado del bolso y abrió una pequeña caja que tenía al lado, en la que había lápices de colores. Tyler tomó una silla y se sentó junto a ella.

–¿Qué haces?

–Prometí terminarlo.

–No se enterará si no lo haces.

–Esa no es la cuestión –Miranda se encogió de hombros al tiempo que elegía un lápiz–. Es cuestión de karma.

–Cuidado con las líneas.

–¿Me estás estudiando para un examen o es que todo lo que hago y digo es tan memorable que se te queda grabado en la mente?

–¿Estás trabajándote la autoestima?

Miranda arqueó la ceja.

–¿Lo dices tú, después de hablar de tu cuerpo escultural?

–Solo es una constatación –Tyler tomó una empanada de una plato próximo–. En cambio lo tuyo es un esfuerzo consciente.

Miranda puso los ojos en blanco y siguió coloreando.

–Es fácil tener seguridad en uno mismo cuando te lo dan todo –añadió él tras unos minutos de silencio.

–Deduzco que estamos hablando de mí otra vez –Mirada cambió de lápiz–. ¿Eras así de crítico con la última persona que *guardaespaldaste*?

–Esa palabra no existe.

–Ahora sí…

Miranda alzó la mirada y vio que Tyler estaba atento a un anuncio en el auditorio que fue seguido de una ronda de aplausos. Luego se estiró las mangas de la chaqueta y se cuadró de hombros.

Miranda pensó que, efectivamente, era un ejemplar magnífico de hombre, y se preguntó cuándo encontraría el tiempo para ir al gimnasio, lo que de inmediato la llevó a imaginarlo levantando pesas, sudoroso, jadeando…

–Esta es la primera vez que hago de guardaespaldas –dijo Tyler.

–Eso explica unas cuantas cosas. ¿Qué hacías antes? –preguntó Miranda.

–Trabajo de policía.

–¿Y cómo llamas a esto?

–Hacer de canguro.

–Supongo que me lo merezco.

Tyler sacó el teléfono del bolsillo, miró la pantalla y frunció el ceño.

–¿No vas a contestar? –preguntó Miranda.

–Puede esperar.

–Tramposo.

Tyler miró a Miranda, inquisitivo.

–¿Qué te hace pensar que es una mujer?

–¿No lo es? –preguntó ella con fingida inocencia–. Ni siquiera sé si estás casado.

–Has tardado mucho en preguntarlo –Tyler apoyó el codo izquierdo en la mesa y le mostró la mano–. ¿Ves una alianza?

–Eso no significa nada.

–Para mí, sí.

A Miranda le gustó esa respuesta. Con ello implicaba que era fiel, y ella, intuitivamente, lo creía. Después de todo, tenía suficiente experiencia con hombres mentirosos como para comparar. Gente que se acercaba a ella para intentar que influyera en su padre o que creían que con ello conseguirían un minuto de fama. Quizá por eso tenía

problemas para confiar en los demás.

Con Tyler, sin embargo, no tenía ese problema porque a él solo le interesaba hacer su trabajo. Y aunque ello debía haberla tranquilizado, más bien la inquietaba.

Mientras Miranda continuaba coloreando, Tyler comentó:

–Ya que estamos compartiendo confidencias, ¿cómo es que has tardado tanto en hablar con tu madre?

–Enhorabuena –dijo Miranda, cortante–. Has tardado cuatro días en mencionarlo.

–Eso no es una respuesta.

Miranda suspiró.

–Las madres y las hijas a veces tienen relaciones complicadas.

–Mi hermana se lleva muy bien con mi madre.

Miranda lo miró con sorpresa.

–¿Tienes una hermana?

–Y tres hermanos.

–¿Hay tres como tú por ahí?

Tyler esbozó una sonrisa.

–Yo soy único –dijo él–. Los demás se pasan la vida intentando alcanzar el estándar que les he marcado.

–¿Eres el mayor?

–No, el de en medio.

–¿Y cómo pusiste tú el listón si dos de ellos nacieron antes que tú?

–Yo lo elevé.

–Seguro que se lo dices a menudo.

–Todo el tiempo.

Miranda trató de imaginar qué se sentiría al formar parte de una familia tan amplia. Envidiaba la compañía que debían de haberse hecho, y la libertad de la que habrían disfrutado. Ese pensamiento la llevó a Richie, al que vería pronto, cuando se uniera a la campaña, y a quien tendría que hacerle perdonar que hubiera roto su pacto.

Apartando ese pensamiento, usó la oportunidad para conocer mejor a Tyler.

–¿Qué hacen tus hermanos?

–Mi hermana lleva el departamento legal de la empresa de su marido. Los demás, somos policías.

–¿De verdad?

–Somos la tercera generación. Corre en nuestra sangre.

–¿Nunca has querido hacer otra cosa?

–No.

Eso explicaba la seguridad que tenía en sí mismo. Sabía lo que quería y la había logrado, mientras que ella había adquirido seguridad

como mecanismo de defensa.

–¿Qué quieres ser cuando crezcas? –preguntó él.

Miranda pensó que se lo tenía merecido por haberse comportado como una cría y decidió no hacerse la ofendida, pero en lugar de contestar, fue hacia la mesa con comida y preguntó: –¿Quieres agua?

–¿Estás segura de que la encontrarás tú sola?

–Hay unas cuantas cosas que sé hacer sola.

–Pero no te dan la oportunidad de demostrarlo.

–No –admitió Miranda a la vez que sacaba una botella de agua de un cubo con hielo y se la mostraba–. ¿Quieres una?

Tyler asintió.

Cuando Miranda llegó a la mesa y le tendió la botella, llegó otra ronda de aplausos desde el auditorio. Los cálidos dedos de Tyler cubrieron los de ella, en agudo contraste con la superficie helada de la botella. Miranda contuvo el aliento al sentir el calor recorrerle el brazo hasta el pecho y hasta sus sensibles senos. Luego le alcanzó el vientre y le provocó una pulsante sensación entre los muslos. Cuando miró a Tyler vio que este la devoraba con la mirada, demostrándole que era plenamente consciente del efecto que tenía en ella. Miranda no comprendía cómo no había hecho nada al respecto cuando era evidente que no era un hombre que respetara los límites. En parte, eso la frustraba y en parte la desilusionaba, pero comprendía que Tyler no fuera consciente de que se comportaba con él de manera distinta a con el resto del mundo.

Por lo que él sabía, debía de creer que era coqueta y provocativa, siempre protegida por la muralla de su seguridad personal. No tenía ni idea de lo difícil que había sido relacionarse con chicos cuando siempre la acompañaba un guardaespaldas. O perder la inocencia con alguien que lo que quería era apuntarse desvirgar a la hija del alcalde como un triunfo. Y nunca sabría lo decepcionante que había sido, o que, ninguna de las otras tres veces que había conseguido tener la intimidad suficiente como para acostarse con el mismo chico, había sido igualmente frustrante.

Finalmente, había llegado una amarga ruptura, que la había dejado con cicatrices que ocultaba bajo un barniz de confianza en sí misma que le había llevado años perfeccionar. Las apariencias eran engañosas. Y eso debía saberlo un detective mejor que nadie.

Volvió a su asiento y ambos abrieron sus botellas mientras se oían las primeras palabras de su padre.

–No me has contestado –dijo él.

–Porque sé que lo que pretendes es hablarme de ti para que yo te hable de mí.

–¿Tienes miedo de que venda la información a la prensa?

–No. Pero desconfío de tus intenciones.

–Los *polis* hacemos preguntas. Es nuestro trabajo –argumentó Tyler antes de añadir–: ¿No ha sido la estrategia que has seguido tú hasta ahora para convencer a los otros guardaespaldas de que te dejaran cierto margen de libertad?

–Creía que habíamos dejado claro que contigo eso no servía de nada.

–Lo que aumenta la atracción, ¿no?

Miranda clavó los ojos en él. Si iban a adentrarse en ese terreno, tenía que asegurarse antes de no meter la pata.

–¿Qué atracción?

Tyler la miró sin parpadear.

–¿De verdad necesitas que te lo aclare?

Miranda se pasó la lengua por los labios y él siguió el movimiento con la mirada.

–¿Crees que sería demasiado para mí? –preguntó ella.

–Creo que sigues sin darte cuenta de que es mejor que no lo compruebes –dijo él, adoptando súbitamente un tono frío y distante.

Miranda se quedó mirándolo, respondiendo instintivamente al vacío que percibió en su mirada con el deseo de consolarlo y de devolverle parte del calor que acababa de transmitirle a ella. Habría querido estar a solas con él, en la intimidad. Y ansiaba que él quisiera lo mismo, que quisiera conocerla mejor por ella misma y no por recabar información para su trabajo.

–Cinco minutos, Miranda.

El sonido de otra voz hizo que mirara hacia la puerta.

–Gracias, Roger.

Evitando mirar a Tyler, Miranda recogió sus cosas, las guardó en el bolso y sacó el correspondiente broche con el lema *Vota a Kravitz.*

–¿Quieres uno? Tengo de sobra.

–La última vez no voté por él.

Miranda sonrió.

–Será mejor que no se lo digas, a no ser que quieras que te dedique la versión individualizada del discurso.

–¿Algún otro consejo?

–Si dice que «lo pensara», significa que no piensa hacerte caso.

–Está bien saberlo.

Mientras Tyler tiraba a la basura las botellas, Miranda fue a mirarse en el espejo. Ya en la puerta, Tyler se quedó a su lado, en silencio, mientras ella tomaba aire para prepararse para cumplir su misión. Había llegado el momento de ponerse la máscara. Pero, antes,

permitió que Tyler fuera testigo de uno de sus secretos mejor guardados: en lugar de ocultar el escalofrío que solía recorrerla, sacudió los hombros para contrarrestarlo. En cuanto lo notó, miró a Tyler de soslayó e intentó disimular su vulnerabilidad con un guiño: –Allá vamos –dijo.

El tono de complicidad pareció tomar a Tyler tan desprevenido como a ella, pero no pudo pensar en ello. Su obligación era concentrarse en la gente reunida frente al estrado, aunque lo que habría querido era recibir una de las raras sonrisas de Tyler y oírle estallar en una carcajada.

–Tu madre está subiendo al estrado –dijo la voz de Roger, animándola a dar un paso adelante.

Cuando Miranda vio por una ranura en la cortina a su madre, sintió un inesperado nerviosismo. Necesitada de apoyo moral, miró hacia atrás, buscando a Tyler, y en cuanto sus miradas se encontraron volvió a percibir el mudo entendimiento que había entre ellos.

Él asintió con la cabeza de manera casi imperceptible, pero Miranda entendió el mensaje: «Estoy aquí. Te tengo».

En respuesta, ella le dedicó una leve sonrisa, y por primera vez en años, se sintió menos sola. Era agradable saberse acompañada.

Lo que pudiera haber de verdad en la segunda parte del mensaje, tendría que esperar a más tarde.

Capítulo 13

TYLER había confirmado que Miranda era una actriz magnífica y que conseguía que nadie se diera cuenta del esfuerzo que hacía para ocultar sus emociones.

La innegable química sexual que había entre ellos, junto con la fragilidad que había visto en sus ojos al entrar en el escenario, había hecho que se sintiera atraído a ella con una fuerza tan poderosa que había tenido que recordarse que no estaban solos.

En cuanto Miranda llegó junto a su madre, él se colocó en un lateral desde donde tenía la mejor visibilidad de la sala. Tras asegurarse de que todos los agentes estaban en sus puestos, volvió a concentrarse en la audiencia.

–… y con vuestras ayuda podemos terminar lo que hemos comenzado…

A medida que el alcalde arengaba al público, los gritos de entusiasmo impidieron que Tyler pudiera oír bien a través del pinganillo. Crispado, se lo ajustó a la oreja.

–¡Hemos llegado demasiado lejos como para echarnos atrás! –gritó el alcalde en el micrófono–. ¿Estáis conmigo?

–¡Sí! –gritó la multitud.

–¿Estáis conmigo? –repitió de nuevo el alcalde elevando la voz.

–¡Sí!

Las pancartas y estandartes que blandía le impedían ver las caras. Apretando los dientes, Tyler rodeó con los dedos la culata de su revolver.

–¡Juntos, podemos!

–¡Kravitz, Kravitz, Kravitz!

En medio de las aclamaciones, Tyler oyó un ruido que sonó a disparo. Colocando el dedo en el gatillo, se abrió la chaqueta. Al no oír ni gritos ni percibir ningún movimiento extraño supo no había sucedido nada. Pero la adrenalina le bombeaba con tanta fuerza, que le impedía escuchar a su lado racional. Finalmente, vio a una madre reñir a un niño que había pinchado un globo y bajó la mano. Al mirar hacia el estrado, vio a Miranda, sonriendo bajo los focos y saludando con sus padres. Cuando ella lo buscó con la mirada, Tyler tuvo que

reprimir el impulso de ir hasta ella y sacarla de allí.

Ya en el coche, de vuelta a la casa de Miranda, y mientras cruzaban un vecindario particularmente inseguro, seguía con los nervios a flor de piel, y era consciente de que cualquier cosa le haría estallar.

–¿Estás bien? –preguntó Miranda.

–Sí –mintió.

Una figura caminando por la acera llamó su atención, haciendo que su cerebro pusiera en marcha la identificación de rostros hasta que encontró lo que buscaba. Sin previo aviso, cambió de dirección.

–¿Dónde vamos? –preguntó Miranda.

En lugar de contestar, Tyler, sin apartar la mirada del individuo, detuvo el coche bruscamente y se soltó el cinturón de seguridad.

–Echa el seguro a las puertas y no te muevas –dijo.

–¿Qué vas a…?

–Las llaves están puestas –dijo él. Y saliendo, cerró de un portazo.

Cuando el hombre, al que iluminaban los faros del coche, se volvió, Tyler dijo:

–¿Qué hay, Jimmy, te acuerdas de mí?

El hombre hizo ademán de salir corriendo, pero Tyler le dio alcance y lo acorraló en un callejón.

–¿Todavía no has aprendido que no puedes escaparte de mí? –preguntó, colocándolo de frente a una pared y pegándole la cara a esta a la vez que lo cacheaba–. Vaya, ¿qué tenemos aquí? –dijo, mostrando una bolsa de plástico–. Puedo detenerte por posesión…

–Es de un amigo.

–¿Te crees que soy idiota?

El hombre hizo un intento de huir, y fue todo lo que Tyler necesitó para estallar. Doblándole el brazo a la espalda, le dijo en tono amenazador: –Sabes lo que quiero.

–Había oído que estabas fuera del caso.

–Te han informado mal.

–Si me haces daño, te denunciaré.

–Atrévete –dijo Tyler retorciéndole el brazo hasta casi dislocárselo, a la vez que presionaba su mejilla contra la pared–. Entretanto, quiero que le pases un mensaje a Demietrov. Lo diré clarito para que lo recuerdes. Dile que voy a por él. Que no sabrá ni dónde ni cuándo, pero que mire a menudo hacia atrás.

–¿Ahora eres *Harry el Sucio*?

–No –Tyler sonrió, amenazador–. Soy la peor de sus pesadillas. Y, si no le das el mensaje, también la tuya. Me ocuparé de correr la voz de que eres mi mejor amigo –Tyler sintió que su mano presionaba con

fuerza la cabeza del hombre e ignoró su grito de dolor mientras combatía el deseo de romperle los huesos–. No hay testigos. Sería tu palabra contra la mía, y los dos sabemos a quién creerían.

–Sí hay testigos –dijo Jimmy con la voz distorsionada–: Ella.

Capítulo 14

MIRANDA contuvo el aliento cuando Tyler la miró. Ser testigo de una escena tan violenta le había helado la sangre, pero no hizo que temiera al hombre en el que apenas reconocía al que acababa de ver actuar. Una voz interior la incitaba a llamarlo y decirle: «¿Qué haces? Ese no eres tú». Pero ¿cómo podía saber si estaba en lo cierto?

Tyler soltó al hombre.

–Vete –dijo con aspereza.

Cuando el hombre corrió hacia ella, Miranda dio un paso hacía atrás instintivamente con repugnancia. Al volver la mirada hacia Tyler, vio que este trasladaba a ella su furia.

–Te he dicho que te quedaras en el coche y bajaras los pestillos. ¿Qué parte no has comprendido?

–Nunca… Nunca se me ha dado bien aceptar órdenes –balbuceó ella.

–Pues será mejor que empieces a hacerlo –Tyler pasó a su lado, moviéndose con la agilidad que Miranda asociaba con las panteras.

Lo siguió tras un leve titubeo, dividida entre la necesidad de saber qué había pasado y un instinto infantil de esconderse. Miró a un lado y a otro, creyendo ver ratas y asesinos detrás de cada contenedor.

–Tyler –aceleró el paso–. Tyler, espera.

Tyler se detuvo tan bruscamente que ella estuvo a punto de tropezar con él.

Alzando la mirada hacia su rostro ensombrecido, vio que la observaba con los párpados entornados.

–¿Qué ha pasado?

–¿Has cerrado el coche? –preguntó él.

–Sí.

–¿Dónde están las llaves?

Ella metió la mano por el escote de la blusa y, sacando las llaves del sujetador las alargó colgadas de un dedo delante de su cara, pero las cerró en la palma cuando él fue a tomarlas.

–Dámelas.

–No –Miranda las volvió a guardar en el escote–. Si las quieres, vas a tener que rescatarlas tú mismo.

–¿No me crees capaz?

–Lo que creo es que voy a gritar a pleno pulmón si lo intentas –Miranda no pensaba dárselas hasta que le contara qué había pasado. Se cruzó de brazos–. Deduzco que ese tipo no era tu amigo.

Tyler sonrió con desdén.

–Efectivamente. No suelo hacer amigos entre la mafia rusa.

–¡Bromeas! –dijo Miranda, boquiabierta. No pudo contener una risita nerviosa–. Y ahora vas a decirme que te gusta el martini mezclado, no agitado.

–No soy un espía.

–Me has dicho que no eras guardaespaldas, así que, ¿qué eres?

Tyler volvió a caminar hacia el coche y ella lo siguió.

–Soy un policía de la brigada de narcóticos.

–Y sigues trabajando en un caso.

–Impedir el movimiento de drogas en una ciudad donde hay mercado es como tratar de vaciar el océano a cucharadas. No puedo permitirme el lujo de descansar.

–Entonces, ¿por qué estás haciendo de canguro?

–Yo he hecho esa misma pregunta en numerosas ocasiones.

–Pero no lo habías hecho con anterioridad.

–Hice un curso de protección personal hace unos años –dijo Tyler mientras doblaban la esquina–. Cuando planeé mi carrera pensé que sería una buena idea pasar por todos los departamentos.

Miranda quería saber qué lo había desviado de su empeño, pero tenía que preguntar en orden.

–¿Cuánto tiempo has estado en narcóticos?

–Tres años. Me transfirieron desde antivicio.

–¿Desde cuándo eres policía?

–Casi doce años.

Miranda lo miró sorprendida.

–¿Cuántos años tienes?

–Treinta y dos. Haces muchas preguntas cuando tienes miedo, ¿no?

–No estoy… –Miranda optó por una mentira parcial–. Es la primera vez que veo algo así fuera de una película.

–Y es menos divertido, ¿verdad? –dijo él con aspereza–. Las calles están llenas de mugre. En esta zona ha habido al menos dos homicidios en los dos últimos años.

–¿Intentas asustarme? –preguntó ella, airada.

Tyler se detuvo.

–¿No te ha bastado con lo que has visto?

Aun en la penumbra, Miranda podía ver la ira en los ojos de Tyler, y comprendió el ejercicio de autocontrol que debía de hacer cada vez

que ella lo provocaba. Pero lo que más la sorprendió fue darse cuenta de que nada modificaba la forma en que se sentía atraída hacia él, ni siquiera haberlo visto en su versión más peligrosa.

–No parecías tú –dijo. El hombre del callejón no era el que cuidaba de ella.

–¿Crees que me conoces después de una semana? –preguntó él, sarcástico–. ¿Ahora es cuando me dices que te gustan los chicos malos y que querrías dar un paseo conmigo por el lado salvaje?

Una cosa era ser salvaje y otra era ser suicida.

Tyler dio un paso amenazador hacia ella.

–¿Eso era lo que buscabas cuando me mirabas desde la pista de baile o cuando me besaste? ¿Sabes lo que les pasa a las mujeres que buscan problemas? Yo sí. Puede que tú necesites una muestra de lo que puedes encontrarte.

Miranda sintió que se le atenazaba la garganta y dio un paso atrás.

–Tyler, no.

–Demasiado tarde, princesa.

Era evidente que tenía práctica en sujetar a la gente contra la pared, porque antes de que se diera cuenta, Miranda sintió el contacto de los húmedos ladrillos contra la espalda. Él entonces le tomó los brazos por las muñecas. Se los levantó por encima de la cabeza y la empujó con el cuerpo. Miranda pudo sentirlo, fuerte y musculoso, en tensión, y al retorcerse para liberarse, solo consiguió incrementar la fricción y tener que ignorar la descarga de calor que la recorrió, así como el deseo de besarlo. Él le sujetó ambas muñecas con una mano y le recorrió el costado hasta la cintura lentamente con la otra a la vez que ladeaba la cabeza y le susurraba contra los labios: –¿Crees que puedes pararme? –deslizó la mano hacia abajo hasta encontrar el borde de la falda y tirar hacia arriba lentamente–. Inténtalo.

Si Miranda hubiera confiado en él, lo habría besado, le habría animado a seguir. Pero aunque se aferraba a la noción de que Tyler no le haría daño, no podía negar que el deseo estaba entretejido con un hilo de miedo. El corazón le latía desbocado, el cuerpo le temblaba. Tyler era más fuerte y más grande que ella. Nunca había sido tan consciente de lo frágil que era.

A la vez que seguía subiéndole la falda, Tyler le abrió los muslos con la rodilla.

–Podría poseerte aquí mismo aunque no quisieras.

Miranda dejó de forcejear, tomó aire y se juró que no lloraría.

–Tú no eres así.

–No tienes ni idea –dijo él con aspereza–. Podrías estar con un monstruo. Podría haberte traído aquí porque sé que a nadie le importa

si alguien grita por la noche –bajó la voz–. Podría estar ya dentro de ti, tomando lo que quiero sin preocuparme por darte placer. Y, cuando me saciara, podría dejarte tirada como una muñeca rota.

–No harías algo así –dijo Miranda con voz quebradiza. Conteniendo el sollozo que ascendía por su garganta, miró hacia arriba, intentando desligar su mente de su cuerpo. Cuando se le nubló la visión, parpadeó rápidamente, pero no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

–¿No era esto lo que querías? ¿Tú y yo juntos? –preguntó él con acritud.

–Así no –dijo ella, ahogándose.

Bien por su sinceridad, por su voz quejumbrosa o porque saboreó las lagrimas que le llegaban a los labios, súbitamente Tyler le soltó la falda y relajó la presión de su mano en las muñecas de Miranda. Tras un silencio sepulcral y sin previo aviso, soltó a Miranda y retrocedió tambaleándose, como si lo repeliera una fuerza invisible.

Miranda pudo percibir la mezcla de furia, autodesprecio y culpabilidad que reflejaba su rostro. Tyler se movió bruscamente, dibujando un semicírculo, sin dejar de escupir imprecaciones que se dirigía a sí mismo. Miranda se estiró la falda con manos temblorosas. El odio que Tyler destilaba era visible y, en un destello de lucidez, ella se dio cuenta de lo que había pretendido.

No solo intentaba advertirla de las consecuencias que podían acarrearle sus actos con el hombre equivocado; intentaba que lo odiara tanto como él se odiaba a sí mismo.

Finalmente Tyler se detuvo y, sacudiendo la cabeza, dijo:

–Necesitas otro guardaespaldas. Está claro que esto no es lo mío.

Miranda hizo acopio de valor y dio dos pasos titubeantes.

–No quiero a otro. Te quiero a ti.

–¿Cómo puedes decir eso después de lo que acabo de hacer? –preguntó él, como un animal herido.

–No me habrías hecho daño –dijo ella, dando otro paso hacia delante.

–¡Tú qué sabes! –dijo él, con una mueca amarga–. ¿Vas a decirme que no lo has dudado?

–Te mentiría –confesó ella–. Pero recuerdo al hombre que eras antes de todo esto.

Tyler expandió el pecho tratando de recuperar el control de su respiración.

–¿Qué tengo que hacer para que te des cuenta de que es mejor que te mantengas alejada de mí?

–No lo sé. Pero esto no ha servido.

–No soy como los hombres con los que has estado. No tengo nada de refinado.

Si pretendía desanimarla, estaba fracasando, porque el impulso de Miranda de consolarlo, combinado con la necesidad de tocarlo, la poseían con una compulsiva inevitabilidad. Dio un par de pasos hasta plantarse ante él.

–Ahora mismo necesito que me abraces un momento –dijo con dulzura–. ¿Puedes?

–Deberías salir corriendo en lugar que me acerque a ti –dijo él con voz ronca.

–Necesito un hombro en el que apoyarme –Miranda intentó esbozar una sonrisa temblorosa–. Si se te ocurre quién puede dármelo cuando nadie puede tocarme…

Tyler alargó los brazos y la estrechó en ellos.

Entonces ella dejó escapar un suspiro de alivio, se abrazó a su cintura y, apoyando la cabeza en su pecho, respiró profundamente, empapándose del aroma de Tyler. Podía sentir su cuerpo en tensión y la electricidad que irradiaba. Un escalofrío recorrió el cuerpo de él, que la abrazó con fuerza, como si no consiguiera tenerla lo bastante cerca. Luego, apoyó la barbilla en su cabeza.

–Lo siento –dijo. Y Miranda se emocionó al intuir que no era algo que acostumbrara a decir.

–Lo sé –susurró–. Te perdono.

–No deberías. Yo no pudo perdonarme.

–Quizá deberías aprender a hacerlo –Miranda suspiró antes de decidirse a ir más allá–. ¿Qué ha pasado para que te pusieras tan furioso, Tyler?

Él movió la cabeza y, tras unos segundos, Miranda sintió su aliento en el cabello.

–No creas que puedes salvarme, Miranda.

Ella alzó la mirada y vio que fruncía el ceño. Tyler aflojó el abrazo y dio medio paso atrás. Resistiéndose a romper aquel momento de intimidad, Miranda le acarició la barbilla y recorrió sus labios con el pulgar. Luego susurró: –Bésame.

Tyler se quedó paralizado.

Miranda deslizó la mano hacia su nuca y atrajo su cabeza hacia ella a la vez que se ponía de puntillas y recorría la distancia que quedaba entre sus labios. Él se tensó, pero no retiró la cabeza. Ella inició una exploración tentativa, besándole las comisuras, confiando en que se relajara. Envalentonada, recorrió el valle entre sus labios con la punta de la lengua. Y perdió el control.

Unos dedos largos se enredaron en su cabello y le sujetaron el

rostro mientras Tyler le salpicaba los labios de besos. En cuanto su lengua se adentró en la boca de Miranda, esta dejó escapar un gemido al sentirse envuelta en un manto de miel caliente. Tyler le recorrió la espalda con una de sus manos y la atrajo hacia sí. Cuando su vientre encontró la prueba de que él estaba tan excitado como ella, Miranda se asió a las solapas de su chaqueta. Él alzó la cabeza y dejó un rastro de húmedos besos en su cuello cuando ella echó la suya hacia atrás. Luego metió la mano por debajo de su blusa y acarició su piel. Ella contuvo el aire dándole acceso a la parte superior, y Tyler recorrió el borde de su sujetador, rozando con los nudillos el encaje que cubría sus senos.

–No deberíamos hacer esto –dijo con voz ronca.

–No sé si recordarnos que está prohibido va a servir para detenernos –dijo Miranda, jadeante, asiéndose a él para no perder el equilibrio.

–Se supone que debo mantener las distancias.

–Sonarías más convincente si no tuvieras las manos sobre mí –dijo ella con una sonrisa provocativa.

–Eres la hija del alcalde –dijo él, besando su cuello.

–Algún día la gente me considerará algo más que eso. Llamarme por mi nombre sería un buen comienzo.

Tyler alzó la cabeza.

–Yo uso tu nombre.

–No.

–¿Y la vez que te conté todo lo que sabía sobre ti?

Miranda negó con la cabeza. Tyler frotó su nariz contra la de ella antes de decir:

–Miranda…

Oírle pronunciar su nombre hizo que a ella se le pusiera la carne de gallina. Él la besó delicadamente y ella suspiró. Sonaba a un tiempo sexy y solemne cuando lo decía. Él le nubló el pensamiento con un beso apasionado. Ella sintió sus manos en sus senos y entonces…

Tyler dio un paso atrás y las dejó caer a los lados. Miranda abrió los ojos y vio que sujetaba las llaves en la mano a la vez que sonreía.

–Buena jugada –dijo ella con enfurruñada admiración.

–Tengo muchas más, pero ahora mismo voy a llevarte a casa o tendremos problemas –dijo él. Y, tomándola de la mano, la condujo hacia el coche.

Miranda recordó entonces algo de lo que había oído.

–¿Crees que el tipo al que has mandado el mensaje vendrá a buscarte?

–No intentará nada mientras esté de servicio.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque no es su forma de actuar –Tyler apretó la mano de Miranda–. Aunque parezca lo contrario, no haría nada que pudiera ponerte en peligro.

–No soy yo quien me preocupa.

La dulzura con la que Miranda habló hizo que Tyler se parara en seco y la mirara.

–No permitiré que te ocurra nada malo –dijo con solemnidad, sintiendo que se trataba de un *déjà vu*–. Puedes confiar en mí.

–¿Qué me estás ocultando? –preguntó ella, escrutando su rostro al reconocer una intensidad que incluso en él resultaba excesiva.

–Nada –dijo él con pesadumbre–. Creo que, por una noche, han pasado suficientes cosas.

Tenía razón. Miranda se sintió súbitamente exhausta, tanto física como emocionalmente. Al mismo tiempo se dio cuenta de que, desde que lo conocía, había dependido de él en una u otra medida. La atracción había sido una constante, incluso cuando había intentado negarla. Y aunque sabía que no podía contar con que Tyler permaneciera en su vida, cerró su mano libre sobre sus manos entrelazadas y se asió a él con todas sus fuerzas.

Capítulo 15

–HE OÍDO por ahí que hay un *poli* matón preguntando por Demietrov. Dime que no eres tú –cuando Tyler no contestó, su compañero añadió, elevando el tono–: No te mantengo informado para que actúes por tu cuenta. No puedes acabar con todos los delincuentes de la ciudad.

–Entonces, ¿para qué somos policías?

Para Tyler el trabajo de un policía no acababa nunca. No concebía hacer un trabajo a medias.

–Si haces lo que estás pensando, no serás policía por mucho tiempo –contestó su compañero–. Como no tienes ni hijos ni mujer, crees que nadie sufriría si te sucediera algo, pero ¿has pensado en qué pensaría tu familia?

Tyler supuso que lo mismo que si hubieran presenciado lo que le había hecho a Miranda. Como buen irlandés, había sido educado para respetar a las mujeres. Su madre se habría muerto de vergüenza. Sin embargo, si se pasaba al lado oscuro, lo comprenderían aunque los desilusionara. O al menos eso quería creer. Miranda, en cambio, no. Y su opinión, que hasta hacía poco le habría dado lo mismo, en aquellos momentos, le importaba más que nada.

Miranda estaba preocupada por él y eso lo desconcertaba. Una cosa era que le hubiera perdonado con dulces besos a los que no había podido resistirse. Pero que se preocupara por él le resultaba incomprensible.

–¿Me estás escuchando?

–Te oigo.

–No es lo mismo.

Tyler se detuvo ante una tienda y miró a la gente que pasaba a su lado hablando por el móvil, con maletines como prolongación de sus brazos. Neoyorquinos que no se preocupaban por el crimen hasta que les sucedía algo. Y era lógico, porque había una invisible línea azul que los defendía. Por enésima vez se preguntó por qué le habría hecho a Miranda la misma promesa que había sido incapaz de cumplir con otra mujer.

–¿No has pensado que amenazándolo conseguirías que fuera tras

de ti? –su compañero maldijo entre dientes–. Qué tonterías digo, te has convertido a propósito en blanco para obligarle a salir de su escondite. Creía que teníamos un plan.

–No estamos logrando ningún avance. Cada vez que quitamos a uno de sus camellos de las calles, lo sustituye por otro antes de que acabemos de redactar el informe.

–¿Y si pone precio a tu cabeza y la hija del alcalde cae en el tiroteo?

Tyler no necesitaba que le recordara lo irreflexivo que había sido, pero llevaba años sin pensar cómo podían afectar sus actos a otra persona. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que proteger a Miranda se había convertido en una cuestión más personal que profesional. Ella le hacía desear que el mundo fuera un lugar mejor.

Por eso, para concentrarse en hacer bien su trabajo, tenía que poner distancia entre ellos. Su presencia le nublaba la mente. Aprovechaba cualquier excusa para tocarla, y la forma en que ella reaccionaba al menor roce hacía que deseara olvidar todas las razones por las que no podía ser suya. Pero debía recordarlo.

–… hasta que me des tu palabra de que no vas hacer ninguna tontería.

–No te he oído –dijo Tyler, frunciendo el ceño. Se detuvo ante un escaparate–. Perdona, pero tengo que irme.

–Tyler, no me cuelgues o…

Tyler colgó y, entrando en la tienda, le mostró la placa a la primera dependienta que vio.

–Detective Brannigan, he visto el logo del león en su papelería y querría echarle un vistazo.

La mujer lo precedió hacia las oficinas. Mirando por el escaparate al exterior, Tyler vio una figura silenciosa que lo observaba desde el otro lado de la calle con expresión acusadora. Y se preguntó cómo reaccionaría Miranda si le dijera que veía muertos.

Capítulo 16

MIRANDA echaba de menos a Tyler cuando no estaba cerca, y eso, además de inquietarle, incrementaba su frustración con la falta de privacidad de la que disfrutaba.

Se retocó el maquillaje y se reclinó en el asiento, obligándose a borrar los pensamientos en los que Tyler corría peligro y acababa resultando herido.

Eligió unas pulseras de oro, a juego con los pendientes, y se levantó para calzarse antes de inspeccionarse en el espejo. Confiaba en que el vestido corto de color esmeralda con una capa superpuesta de encaje negro fuera del gusto de Tyler. Aunque no se tratara de una cita como tal, sentía el mismo cosquilleo en el estómago que le habría causado que lo fuera.

Tyler subía las escaleras de dos en dos en el momento en el que ella empezaba a bajar y, en cuanto sus miradas se cruzaron, Miranda se quedó sin respiración. Verlo con vaqueros, una camiseta blanca y un jersey de cuello de pico le hizo sentir que sí tenían una cita de verdad.

Cuando Tyler la alcanzó en el descansillo, él la miró de arriba abajo como si la acariciara y se limitó a exclamar:

–¡Caramba!

–Ese era el comentario que esperaba –dijo ella, sonriendo–. ¿Tienes tus dos trajes en la tintorería?

–Tengo entendido que es mejor que los guardaespaldas pasen desapercibido en eventos como este. Y, para que lo sepas, tengo más de dos trajes.

–¿Y son todos azules? –preguntó ella, sin poder resistirse a provocarlo. Le encantó ver que sus ojos chispeaban.

–¿Vas a empezar a elegir mi vestuario? –preguntó él. Miranda pensó que más bien meditaba en cómo desnudarlo, y cuando él le leyó el pensamiento, le indicó las escaleras–. Vayámonos, princesa –mientras bajaban, dijo en voz baja–: Espero que lleves ropa interior debajo de eso.

–Solo podrás descubrirlo de una manera –contestó ella en el mismo tono–. Por cierto, llevo un lápiz de labios indeleble. Podríamos

ponerlo a prueba.

Cuando llegaron al vestíbulo, Miranda sintió una mano posarse en su espalda y, como le sucedía siempre, su cuerpo reaccionó al instante con un escalofrío. Su padre apareció entonces por una puerta y Tyler, automáticamente, dejó caer la mano y retrocedió un paso. Algo que Miranda odiaba que tuviera que hacer.

–Creía que tenías una reunión –dijo ella.

–He venido a por tu madre. ¿Dónde vas?

–Al estreno de una película en Times Square.

Su padre la besó.

–Pásalo bien, querida –luego saludó a Tyler con una inclinación de cabeza–. Detective.

–Señor –respondió este.

Llegaban ya a la puerta cuando apareció Lou Mitchell.

–Hola, Lou, ¿cómo está tu familia? –saludó ella.

–Muy bien, gracias –miró a Tyler–. ¿Cómo te va quedar esta tarde?

–No creo que pueda –dijo Tyler–. Hablamos mañana.

Miranda bajó la voz cuando salieron a la calle y dijo:

–Esto parece la Estación Central.

–Ya lo he notado. Pero al menos estaremos tranquilos en Times Square.

La mezcla de su tono de sorna y la noción de que se sentía tan frustrado como ella por no poder estar a solas, arrancó una sonrisa a Miranda.

–¿Qué planes tenías para esta tarde?

–Nada que debas saber –Tyler se detuvo delante del coche–. ¿Dónde crees que vas?

–Quiero sentarme delante.

–No –dijo él con firmeza. Dobló el dedo llamándola hacia la puerta trasera–. Ven aquí.

Miranda no se movió.

–Creía que íbamos a aparcar en el Hyatt.

–Y así es.

–Entonces nadie va a verme bajar.

–Esa no es la cuestión.

–Si no abres la puerta, vamos a llegar tarde.

–Por eso mismo: ven aquí.

Miranda puso los ojos en blanco.

–No puedo creer que estemos discutiendo sobre dónde debo sentarme.

–Yo tampoco. Nunca te has sentado delante.

–Podías dejarme por una vez –dijo ella, impostando un mohín.

–Lo siento, pero no.

Ella parpadeó y abrió sus ojos con expresión inocente.

–Por favor, solo una vez…

Tyler suspiró con resignación y usó el dedo con el que la había llamado para amenazarla.

–No se te ocurra tocar nada mientras conduzco.

«¿Y para qué pensaba que quería sentarse delante?», pensó Miranda. Pero se lo calló.

Al sentarse, se alisó el vestido y luego se lo subió unos centímetros para dejar más pierna a la vista. Mientras se ponía el cinturón, miró de reojo a Tyler para ver si lo había notado y, al ver su gesto enfurruñado, dedujo que sí y se preguntó si alguna vez se cansaría de provocarlo. Por lo que llevaba visto, Tyler parecía tener muchos recursos, y solo pensar en todo lo que podía enseñarle le hizo removerse en su asiento.

–Deja de hacer eso –dijo él cuando salieron por la verja.

–Solo me estoy acomodando.

–No es verdad –dijo él, asegurándose de que podía incorporarse a la vía.

–¿Puedes leer la mente de las mujeres?

Tyler la miró de soslayo.

–Si te refieres a si lo hago en la cama, te diré que da resultados espectaculares –se concentró en la conducción y añadió–: Los policías aprendemos a leer el lenguaje corporal.

Miranda no quiso aceptar el cambio de tema.

–¿Cómo lo haces?

–¿Interpretar el lenguaje corporal?

–Meterte en la cabeza de una mujer.

–Prestando atención.

–¿Qué has descubierto de mí?

–Que no eres como esperaba, al menos no del todo –dijo él, aunque parecía reacio a seguir por esos derroteros.

–No sé si me va a gustar lo que vas a contarme, pero allá va: ¿por qué «no del todo»?

–Requieres mucho mantenimiento.

Miranda no estaba de acuerdo.

–No necesito más que los básicos que requiere cualquier mujer.

–No me refería a eso –Tyler comprobó los retrovisores antes de cambiar de carril–. Quiero decir que no eres fácil.

Miranda podía comprender que lo viera así desde su punto de vista.

–¿Tengo que recordarte que tú tampoco eras particularmente

agradable al principio?

–¿Te refieres a que te gusta salirte siempre con la tuya?

–Como a casi todo el mundo –contraatacó Miranda–. Sobre todo si representa la diferencia entre sobrevivir en un ambiente sofocante o ahogarse bajo el peso de una responsabilidad que no has solicitado.

Dándose cuenta de lo que acababa de revelar, fijó la mirada al frente. No podía esperar que Tyler comprendiera lo que sentía o que se pusiera en su lugar.

–Ya me había dado cuenta –dijo él.

–No es una vida tan fácil como la gente cree –confesó Miranda.

–Yo no podría hacerlo.

–Tú no habrías consentido que se prolongara tanto tiempo.

–Lo que me sorprende es que tú hayas aguantado.

–Aunque parezca una locura, amo a mi familia –Miranda se encogió de hombros–. Es lo único que tengo.

Alzó la barbilla y se irguió. Una señorita no se encogía; mantenía la compostura, aun cuando mantuviera una conversación que le hiciera sentirse vulnerable a la crítica.

–No tienes que hacer eso cuando estamos solos. Resérvalo para la masa.

Miranda lo miró, sorprendida.

–¿Creías que no lo sabía? –preguntó Tyler.

Miranda no sabía qué pensar. Que Tyler pareciera leer su mente era… perturbador.

–Todo el mundo presenta una fachada –continuó él–. He pasado suficiente tiempo en la calle como para saber que casi siempre hay un motivo para ello.

Puesto que había sacado el tema, debía esperar que Miranda aprovechara la oportunidad.

–¿Qué ocultas tú?

–Si contestara, ya no lo ocultaría, ¿no crees? –dijo él, esbozando una sonrisa.

–Has pasado muchas horas en la sala de interrogatorios, ¿verdad?

–Hoy en día se llaman «salas de entrevistas».

Miranda se preguntó hasta qué punto su trabajo afectaba al resto de su vida.

–No debe de ser fácil desconectar cuando sales del trabajo.

–No.

–¿Y cómo consigues alcanzar un equilibrio?

–Aceptando que has hecho un juramento y cumpliéndolo lo mejor que puedes y el mayor tiempo posible –dijo él, en tensión.

Miranda lo comprendía bien, pero le costaba entender que

dedicara tanto tiempo a su trabajo a costa de olvidarse de sí mismo.

–Me recuerdas un poco a mi padre –admitió a regañadientes–. Él también se entrega plenamente a su deber.

–Servir al público requiere cierto tipo de personalidad.

–¿Con capacidad de autosacrificio?

–Más bien testaruda.

–Ah, sí, eso me suena.

–¿Alguna vez hablas con él como lo hiciste con tu madre?

Miranda lo miró.

–¿Cuánto tiempo estuviste tras la puerta?

–El suficiente como para hacerme una idea. Las puertas son muy finas.

–Mi madre me saca de mis casillas precisamente porque tiene la capacidad de permanecer impasible –explicó Miranda.

–Eso es una ventaja en la mujer de un político.

–Sí, pero es espantoso cuando uno quiere pelearse con ella.

–Te ayudaría ser más abierta.

–Suenas como mi padre –se quejó Miranda–. Esta no era la conversación que planeaba tener contigo cuando estuviéramos solos

–Y ahora estás enfadada porque no has conseguido lo que querías –dijo él–. Como he dicho, una chica «difícil».

Miranda frunció el ceño.

–¿Nadie te ha enseñado a callarte lo que piensas?

–Mi trabajo no se caracteriza por la sutileza.

Se produjo un silencio que rompió Tyler cuando se detuvieron en un semáforo.

–¿Crees que si tuvieras más libertad te meterías en menos líos?

–No los busco, me encuentran ellos –dijo Miranda con un suspiro–. ¿Cómo iba a saber el otro día que iba a haber una redada en el club?

–Porque, si hubieras consultado con el servicio de seguridad, te habrían dicho que era una posibilidad –Tyler la miró–. ¿Por qué no aprovechas que tienes gente a tu disposición las veinticuatro horas del día?

–No quiero molestar cada vez que voy a por un helado.

–Su trabajo es protegerte. Si vas donde no debes, son ellos los que tienen problemas –cambió el semáforo y arrancó–. Supongo que no lo habías pensado en esos términos.

–Lo cual me convierte en una egoísta –dijo ella.

–No es egoísta querer disfrutar de tu propio tiempo. Lo que no entiendo es por qué lo has aguantado tanto tiempo si no lo disfrutas.

–Algunas cosas me gustan: conocer a gente, ir a sitios, apoyar causas que lo merecen.

–¿Y por qué no buscas un trabajo que tenga esas características y ninguna de sus restricciones?

–Eso pretendo, pero le hice una promesa a mi hermano –Miranda parpadeó, sorprendida de haber expresado ese pensamiento en alto.

–¿Qué promesa?

Miranda pensó cómo contestar sin revelar demasiado de la historia familiar.

–Después de abandonarlo cinco días a la semana mientras estudiaba, le prometí que no tendría que volver a sonreír a las cámaras hasta las siguientes elecciones. Vendrá la semana que viene para dar el último empujón. Cualquiera que fuera el resultado, la idea era plantarnos los dos cuando acabara los estudios.

–¿Qué ha cambiado?

–Yo –dijo ella. Y bajó la mirada–. Nunca se lo había contado a nadie.

–¿Ni a Crystal?

–No lo comprendería.

–¿Y por qué me lo cuentas a mí?

–Porque creo que me entiendes –dijo ella, mirándole a los ojos–. Nadie me habla como tú. Puede que necesite alguien que me hable con franqueza para poder responder de la misma manera.

–Si lo que necesitas es una brutal honestidad, no dudes que la tendrás.

Y aunque a veces le doliera, eso era lo que le gustaba a Miranda de él.

–Ni tampoco vas a dejarme ganar una discusión por mantener la paz, ¿verdad?

–No. Y no juegues a ningún deporte conmigo si no quieres perder.

–¿Hay algo que no se te dé bien?

–Seguro que te encantaría saberlo –dijo él con sorna.

Cuando volvió la cabeza y le dedicó una luminosa sonrisa, Miranda se quedó atónita ante la forma en que se transformaba su rostro. Sus ojos adquirían todas las tonalidades del azul y se formaban unas arruguitas en sus ojos que apuntaban a un tiempo en que debía reír a menudo; si a eso se añadía una perfecta dentadura, el resultado era que Tyler resultaba irresistible.

Miranda sintió que su espíritu se inclinaba hacia él como una flor abría los pétalos al sol. Sin darse cuenta, devolvió la sonrisa a la vez que su corazón se henchía.

Pero como todo lo bueno, duró unos segundos. Y Miranda casi lo agradeció, porque sabía que no podía sentirse más vinculado a él de lo que ya lo estaba.

Hasta que viviera un poco y comprobara que podía dedicarse a algo que valiera la pena, no podría comprometerse con nadie.

Tyler Brannigan era un hombre comprometido. Doce años en el mismo trabajo y el detalle de la alianza lo probaban. Desde ese punto de vista, se alegraba de que no hubiera la más mínima posibilidad de que se sintiera atraído por ella de una manera seria.

Solo habría querido saber por qué la entristecía tanto.

Capítulo 17

TYLER no había imaginado que fuera a recorrer alguna vez una alfombra roja y le parecía un milagro que a Miranda no le cegaran los flashes de las cámaras.

Era una profesional que sabía cómo posar para mostrar los mejores ángulos de su espectacular físico. Si alguna vez conseguía liberarse y dedicarse a buenas causas, la organización para la que trabajara sería muy afortunada.

Al entrar en el cine se entregó a socializar con el mismo entusiasmo. Tyler no reconocía a casi nadie, pero ella parecía conocer todos los nombres y tenía un comentario oportuno para cada uno de ellos.

Al darse cuenta de que no era el único guardaespaldas presente, le dio un poco de espacio.

–¿Qué es eso? –preguntó ella con ojos chispeantes cuando Tyler volvió a su lado.

–No se puede ver una película sin palomitas –explicó él.

Miranda tomó una y se la llevó a la boca.

–¿He dicho que fuera para compartir? –bromeó Tyler.

Ella se limitó a sonreír mientras masticaba.

Ese fue el tono que dominó la siguiente hora y media. En la oscuridad de la sala, el roce de sus dedos al buscar palomitas ayudó a que Tyler liberara parte de la tensión de su cuerpo. Y habría salido bastante relajado de no haber sido por la escena de sexo. Mientras el ambiente se caldeaba en la pantalla, sintió que la tensión se trasladaba a él, y sus sentidos se agudizaron. El seductor perfume de Miranda, el contacto de su codo sobre el reposabrazos, el sabor salado de las palomitas que sabría que notaría en los labios de ella cuando se besaran…

Entonces, algo que se dijo en la pantalla hizo reír a la audiencia, sacándolo de su ensimismamiento y contribuyendo a que retomara el control para cuando salieron los créditos. Pero recordarse todas las razones por las que no podía tenerla no estaba sirviendo de nada. Al contrario, convertía la necesidad de una liberación mutua en algo tan vital como respirar.

Miranda le tiró de la manga cuando salieron al vestíbulo.

–La última vez que vinimos, Mac dijo que saldríamos más rápido por el lateral.

Tyler accedió, pero cuando abrieron la puerta, encontraron casi a tanta gente reunida como en la entrada principal. La multitud se agolpaba tras una fila de policías que formaban una cadena humana.

Cuando apareció Mirada, su nombre fue coreado.

–Esto no me gusta nada –dijo Tyler, crispado.

–Tranquilo –dijo ella. Y con una sonrisa, dio un paso adelante–. ¡Hola! Sí, es muy buena. Deberíais verla.

Entonces salió un presentador de televisión conocido y la gente empujó hacia delante. Tyler miró a Miranda, que estaba un par de pasos delante de él. A la vez que se acercaba, vio que alguien le sujetaba el codo como si no pensara soltárselo. En cuanto vio de quién se trataba, Tyler asió al hombre.

–¡Atrás! –ordenó.

–¡No pasa nada! –exclamó Miranda.

El hombre de cabello oscuro sonrió tras las gafas, pero no la soltó. Cuando alzó el otro brazo para pasárselo por la cintura, Tyler saltó sobre él como un tigre. Apartando a Miranda, agarró al hombre por las solapas y lo empujó.

–¿Qué estás haciendo? –le oyó decir a Miranda a la vez que una estrella de cine salía de la sala.

De pronto la multitud empezó a gritar y a empujar con fuerza. El hombre al que sujetaba cayó hacia atrás y Tyler se encontró rodeado de gente. Girándose. Buscó a Miranda frenéticamente. Cuando vio su cabeza un segundo antes de volver a perderla de vista, creyó perder el juicio.

–¡Atrás! –gritó, empujando a la gente hasta que vio a Miranda en el suelo, intentando levantarse. Poniéndose en cuclillas, la tomó por el hombro–: ¿Estás bien?

–Sí –dijo ella, con expresión asustada.

Tyler posó su frente en la de ella, suspirando aliviado.

–Vayámonos –le tomó la mano y la llevó hasta el aparcamiento del Hyatt. Una vez allí, la abrazó.

Pero Miranda se separó de él bruscamente.

–¿Te has vuelto loco?

–Ese tipo no te soltaba –dijo Tyler, frunciendo el ceño.

–Estaba controlando la situación perfectamente.

–No lo parecía.

–Me estás poniendo más nerviosa que esas malditas cartas. ¿Cómo voy a actuar con normalidad si creo que cualquiera que se acerca a mí

pretende raptarme? –preguntó ella, exasperada.

–¿Preferías que hubiera dejado que te aplastaran?

–No, preferiría que me preguntases si estaba bien, algo que ninguno de mis guardaespaldas ha aprendido a hacer en estos ocho años.

Tyler no quiso decirle que el hombre que la sujetaba era el mismo que había visto en el colegio, ni podía confesar el terror que había sentido al pensar que había sufrido algún daño.

–Tienes razón –admitió, guardándose esa información.

A Miranda se le pasó el enfado al instante.

–Gracias –escrutó el rostro de Tyler–. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

–Puede que esté teniendo problemas con las aglomeraciones –dijo él.

–Vivimos en Nueva York. Es lo normal –dijo ella con expresión comprensiva–. ¿Es que ves un peligro potencial en cada persona? –sonrió–. No debes preocuparte. He sobrevivido hasta ahora, ¿no?

Tyler apretó los dientes. Le resultaba más fácil discutir con ella que aceptar su afecto.

–Cuando no aparezco en actos sociales, paso desapercibida –añadió ella. Ante la mirada de escepticismo de Tyler, dijo–: ¿Quieres que te lo demuestre?

–¿Cómo?

–Tienes que confiar en mí –Miranda miró al suelo–. Y aceptar que nos salgamos del programa un poco…

–¿Dónde se supone que vamos? –preguntó él con desconfianza.

–A dar un paseo –dijo ella con una irresistible sonrisa.

–¿Por Times Square? Ni loco.

–Pensaba más bien en el parque Carl Schurz.

–¿Por qué quieres ir ahí? –preguntó Tyler.

–Porque solo conozco lo que veo desde mi dormitorio. Y está lo bastante cerca de casa como para que no pueda pasarme nada. Los dos necesitamos un respiro.

Tyler tenía la sensación de estar siendo manipulado, pero parecía tan factible…

Entrelazando sus dedos con los de ella, la advirtió:

–Si me estás engañando, sufrirás las consecuencias.

Que él sintiera que la relación había cambiado no significaba que ella pensara lo mismo. Ya había caído en esa trampa con anterioridad.

Ella parpadeó con coquetería.

–¿Lo prometes? –insistió él.

Capítulo 18

PASEARON en silencio por los sinuosos caminos del parque hasta llegar al borde del río, desde donde se divisaban miles de ventanas iluminadas en los edificios de la ciudad, y las luces parpadeantes de las calles, que se reflejaban en el agua. Con la luna y las estrellas en lo alto, la vista resultaba maravillosa.

Cerrando los ojos. Miranda respiró profundamente. De pronto, como si alguien quisiera contribuir al ambiente mágico, se oyó una armónica de fondo.

–Baila conmigo –dijo Miranda, abriendo los ojos y tirando de la mano de Tyler.

Él sacudió la cabeza.

–Yo no bailo –protestó él, aunque se dejó llevar a la mitad del camino.

–¿Y tampoco te ríes?

–Hace tiempo que no –dijo él con una solemnidad que encogió el corazón de Miranda.

Su tono abatido hizo que a Miranda le doliera el corazón. Cualquiera que fuera la causa de la rabia que guardaba en su interior, ella no podía borrarla. Pero al menos podía ayudarle a olvidarla.

–Tienes que ponerme una mano en la cintura… –dijo, al tiempo que lo hacía–. Me tomas la otra... Yo coloco la mía en tu hombro… Y nos movemos.

Percibió la resistencia en el cuerpo de Tyler y añadió:

–No pienses, déjate llevar por la música y cambia el peso de un pie a otro –cuando él empezó a moverse, ella lo gratificó con una sonrisa–. Es como el ritmo de las olas, o como ser una hoja mecida por el viento.

Al ver que Tyler arqueaba una ceja, rio y dijo:

–¿Demasiado cursi para ti?

–Disfrutas demasiado con esto…

Miranda dejó escapar una carcajada.

–Nunca es demasiado.

A medida que trazaban un círculo, Miranda se permitió disfrutar de su proximidad y estudió su rostro abiertamente. A pesar de que

había ocasiones en las que no comprendía cómo podía conocerlo tan bien en tan poco tiempo, otras, como en aquel instante, le resultaba imposible saber qué pensaba. ¿Le gustaría tanto como a ella tenerla tan cerca? ¿La deseaba tanto como ella a él?

Por su parte, él la miraba como si pudiera penetrar hasta su alma, y la sostenía con una imposible delicadeza que animaba a Miranda a confiarle su cuerpo. Pero, antes, necesitaba que él confiara en ella, y no estaba convencida de haberlo conseguido todavía.

Se humedeció los labios y, dando un suspiro, decidió sacar un tema difícil.

–Si te digo una cosa, ¿me prometes no indignarte?

–Eso significa que no va a gustarme.

Miranda lo miró fijamente antes de continuar:

–Sabes que no puedes ir por ahí intimidando a la gente.

–En mi mundo no hay gente buena.

¿Qué quería decir con eso: que él tampoco lo era o que había tenido que cambiar para sobrevivir? Miranda reflexionó unos segundos antes de decir: –Precisamente por eso. Rebajarse al nivel de gente despreciable puede ser la única manera de hacerse comprender, pero…

–Nadie se comporta así en tu mundo.

–Lo dices como si viviéramos en distintos planetas.

–Prácticamente.

Miranda sacudió la cabeza.

–No puedo ni imaginar las cosas que has visto.

–Ni tienes por qué. Para eso estamos los demás.

–Pero hasta los soldados se toman un descanso tras el combate. ¿Cuándo lo haces tú?

–Últimamente, nunca –dijo Tyler, frunciendo el ceño.

Miranda había pasado suficiente tiempo con gente en posiciones de responsabilidad como para reconocer a alguien estresado, y pensó que ese podía ser el problema.

–¿Tomarte tiempo para ti, descansar con aquellos a quienes amas, te haría recordar aquello contra lo que luchas?

Al notar que Tyler se tensaba, Miranda quiso demostrarle que actuaba movida por el afecto.

–¿Nunca ha habido nadie en tu vida con quien quisieras estar, que justificara todos los sacrificios que hacías? No puedo creer que no hayas tenido a alguien así alguna vez.

La punzada de celos que la atravesó le hizo desear que la respuesta fuera negativa.

–Sí –dijo él.

–¿Qué pasó? –preguntó ella, a pesar de que prefería no conocer los detalles.

–Se casó con otro.

Aquella información hizo que Miranda lo viera con otros ojos. Así que le habían roto el corazón… Debía de haber sido una mujer excepcional, aunque, si lo había dejado, no podía serlo tanto.

–¿Fue entonces cuando te encerraste en tu trabajo?

–Volvemos al tema del equilibrio… No es siempre fácil.

–¿Crees que no lo sé?

Cuando Tyler se paró, Miranda fue consciente de que la música había cesado. Se volvió hacia el músico, que la saludó con la armónica; ella le sonrió y se despidió con la mano. Tyler la soltó y caminaron hacia el interior del parque. Al cabo de unos minutos, él resopló.

–¿Cómo lo sabías?

–¿Que había un desequilibrio entre tu vida personal y la profesional?

–Que la otra noche no te haría daño.

–Fue algo intuitivo –respondió Miranda con sinceridad.

–¿Pones esa fe en todo el mundo?

Mirada enarcó una ceja.

–¿Después de pasar un cuarto de mi vida rodeada de gente que no se comporta tal y como es, que me ríe las gracias y que finge ser mi amiga?

–Deduzco que la respuesta es «no».

Miranda se detuvo y lo miró.

–Espera, ¿quieres decir que tú no estabas tan seguro?

–Nadie sabe qué es capaz de hacer en determinadas circunstancias.

La angustia que Miranda percibió en su tono le hizo dar un paso hacia él y alzar la mano a su mejilla. Al sentir cómo se tensaba bajo sus dedos, quiso decirle que nada de lo que le contara cambiaría la opinión que tenía de él; que tenía una fe en él inquebrantable; que lo consideraba capaz de soportar el peso del mundo en sus hombros, pero que no tenía por qué hacerlo. Pero solo fue capaz de articular: –Tyler…

–No –él le retiró la mano–. Aquí no podemos.

Miranda se sobrepuso al dolor inicial de sentirse rechazada.

–¿No ves que no me ha reconocido nadie? ¿Por qué crees que los famosos viven en Nueva York?

–Has demostrado lo que querías –contestó él–, y desde ahora dejaré un margen para que puedas darte un paseo de vez en cuando. Pero no vamos a actuar así.

Frunciendo el ceño levemente por tener que seguir pidiendo permiso para todo, Miranda posó la mano en el pecho de Tyler, se aproximó a él y, con voz sensual, dijo: –Entonces, llévame a algún sitio donde podamos estar solos… Y desnudos.

–Eso no va a pasar –de pronto Tyler pareció más alto e inalcanzable, y su voz adoptó un fiero tono de determinación–. No quiero ayudarte a hacer un corte de mangas a tus padres antes de abandonar el circo familiar.

Fue lo más parecido a una bofetada que Miranda había recibido en su vida.

Capítulo 19

TYLER se arrepintió de lo que había dicho en cuanto las palabras salieron de su boca.

–Intentas alejarme de ti, ¿verdad? –dijo ella, con una fragilidad que estuvo a punto de quebrar la determinación de Tyler–. Es lo que haces cuando sientes a alguien cerca.

Tyler tenía que mantenerse firme. Enfadarla sería lo mejor para ambos.

–¿Me estás psicoanalizando? –fue hasta un banco y se sentó–. ¿No necesitas un diván para la sesión de terapia?

Miranda sacudió la cabeza, desilusionada.

–Bastaba con que dijeras que no quería hablar de ello.

–¿Qué te hace pensar que quiero hablar contigo cuando no tienes ni idea de cómo es el mundo?

–Lo conocería mejor si no estuviera rodeada de gente que intenta protegerme –Miranda enarcó una ceja–. ¿Crees que no puedo soportar lo que me digas?

Tyler sabía que tenía valor y que era compasiva. Combinado con la capacidad que tenía de excitarlo, cualquier hombre menos marcado por la vida se plantearía construir un futuro con ella.

Pero esa no era la cuestión.

Como si quisiera averiguar qué había pasado para que el ambiente se enrareciera, Miranda se acercó, conciliadora.

–Supongo que en tu trabajo no conviene implicarse emocionalmente.

–¿Qué te hace pensar que me resulte difícil?

–Que nadie puede vivir tan aislado.

–Es una de mis características. Como la tuya es ser portavoz de tu padre durante el día y rebelde durante la noche. Seguro que le encantaría saber que estás tonteando con tu guardaespaldas.

–¡Qué bonita manera de expresarlo! –Miranda alzó la barbilla con gesto desafiante–. Aunque así fuera, esto no tiene nada que ver con mi familia, puesto que no conduce a nada. No tendrían que evaluarte como posible yerno.

Tyler sonrió con amargura. No se imaginaba asistiendo a una de

las cenas de alto copete del alcalde, o presentando a su hijo a la prensa.

–¿No es eso parte de la atracción? –preguntó.

–Al contrario que uno que yo me sé, yo no sabía a quién besaba el otro día. ¿Cuál es tu excusa para romper las reglas?

–Necesitaba sacarte de allí antes de que te reconocieran, y fue lo primero que se me ocurrió –de haber sabido cómo le haría sentir, se lo habría pensado dos veces. Pero tampoco conseguía arrepentirse.

–No soportas sentirte atraído hacia mí, ¿verdad? Seguro que ni siquiera soy tu tipo –dijo ella, airada–. ¿Cómo era ella, la que te dejó?

Pensar que estaba celosa hizo que Tyler quisiera decirle que no tenía motivos, pero en lugar de eso, frunció el ceño y masculló:

–No pienso entrar en eso –se puso en pie–. Estás enfadada porque no te has salido con la tuya.

–No es… Hace un momento he creído… –Miranda se tapó la boca y sacudió la cabeza–. Olvídalo. Ahora lo comprendo.

Tyler cerró los puños para reprimir el impulso de alargar las manos hacia ella. No podía decirle que era la única mujer con la que había bailado, ni que a su lado había disfrutado por primera vez en mucho tiempo de algunos momentos de paz, o que cuando le había preguntado si había alguien en su vida solo había podido pensar en ella.

–¡Qué estúpida! –añadió ella, poniendo los ojos en blanco–. Te soy indiferente. Podría desnudarme delante de ti sin que lo notaras.

Eso sería imposible.

–Podría salir con hombres y hacerte esperar fuera de su apartamento, escuchando todo lo que pasara, y te daría igual.

Imposible.

–Porque supongo que te daría lo mismo que me acostara con todo Nueva York…

Tyler pensó que mataría a cada uno de ellos.

–Podría convertir en realidad cada fantasía que he tenido sobre ti en estos días. Pedirles que me hicieran lo que te he imaginado a ti haciendo…

Tyler no aguantó más. De un paso se plantó ante ella y, tomándole el rostro, la besó con furia, liberando la frustración que llevaba acumulada en la última semana. De haber estado cerca de una cama, no la habría dejado levantarse hasta demostrarle que ningún otro hombre podría hacerle sentir mejor en toda su vida. Encontraría la manera de atarla a él, de marcarla para siempre. Y todas las razones que le impedían tenerla quedaron calcinadas por el fuego de su deseo.

–Nunca te haría nada de lo que he dicho –susurró ella contra sus

labios.

–Lo sé –masculló él.

–No quiero que creas que…

–No lo creo.

Tyler le rodeó la cintura y la estrechó contra sí. Un gemido escapó de la garganta de Miranda. Él le besó los párpados y la frente, intentando contenerse. Hasta que ella susurró: –¿Podemos pasar al maratón de besos?

Tyler sonrió y, retirándole un mechón de cabello tras la oreja, dijo:

–Tu agenda no lo permite.

–Podríamos encontrar el momento –sugirió ella.

–¿Y si nos concentramos en el ahora?

–Está bien –Miranda se puso de puntillas y, alzando la barbilla, dijo–: Más.

Tyler estuvo encantado de obedecer y, levantándola del suelo, la besó. Tras varios minutos de un silencio poblado de besos, ella susurró:

–¿Crees que no sé que vas a llevarme de aquí a casa?

–Si te callaras, podría distraerte mejor.

–No puedes llevarme hasta allí en brazos.

–¿Quién lo dice?

Tyler sabía que podía. Como podía cuidar de ella, y sin duda, besarla. Pero no debía hacer el amor con ella y tendría que evitarlo por todos los medios. En el futuro, ella se lo agradecería, especialmente si la alternativa era vivir con el recuerdo de haberse entregado a un asesino.

La protegería de eso aunque fuera el último acto honorable que hiciera en su vida.

Capítulo 20

O TYLER controlaba cada detalle de su seguridad, o se le daba aún mejor que a ella para encontrar vías de escape. En cualquier caso, Miranda no recordaba dos semanas tan maravillosas como las que acababa de pasar.

En cuanto había el menor paréntesis en su agenda, Tyler la llevaba a algún lugar que desconocía: un concierto en la estación el metro, un puesto de comida callejero, un parque.

A veces la sensación era agridulce. Cada lugar que le mostraba le hacía enamorarse un poco más de la ciudad, y darse cuenta de cuántas cosas se había perdido. Añadiendo a esa mezcla los besos robados, las caricias furtivas y las miradas ardientes, lo único que echaba en falta era el sexo. Y, si él no buscaba la forma de hacerlo, tendría que ocuparse ella.

Pensó que la oportunidad había llegado un día en el que no tenía que cumplir con ningún evento de la campaña. Pero cuando Tyler detuvo el coche ante una bonita casa en Staten Island, que parecía más un hogar familiar que el nido de un soltero, su nerviosismo se transformó en sorpresa.

–¿Vives aquí?

–No. Es donde crecí –Tyler apagó el motor y soltó el cinturón de seguridad–. Espero que tengas hambre. Los sábados hay comida para un regimiento.

Miranda lo miró atónita.

–Espera. No pretenderás que conozca a tu familia.

–Si lo prefieres, puedes esperarme fuera, pero tardaré un poco.

–Iré a dar un paseo o tomaré un barco. Te vendré a recoger en un par de horas.

–¿De verdad crees que voy a consentirlo?

–Es tu familia. No puedo entrar.

–Conoces a gente todos los días. No entiendo el problema –Tyler se inclinó por delante de ella y abrió su puerta–. Fuera.

–¿Serviría de algo que te lo suplicara?

–No –dijo él con una firmeza que compensó con un beso en los labios–. Recibí anoche una llamada diciendo que debía estar presente

para un anuncio familiar importante, y como no puedo negarme, tú tienes que acudir conmigo. No será más de dos horas. Si eres buena, luego podemos tomar un barco.

Cuando Tyler le dio un empujoncito en el hombro, Miranda decidió salir para evitar caer de bruces y fue hacia el lateral de la casa con un nudo en el estómago.

–¿Cómo vas a presentarme?

–No sé cómo se hace en las clases altas, pero en Staten Island solemos usar el nombre.

–No sé por qué me haces esto.

–No es tan grave.

Sí que lo era. ¿Acaso no sabía…? ¿O es que tenían que hablar para definir la relación? Quizá estaba tomándoselo demasiado en serio y en realidad Tyler llevaba a su casa a docenas de mujeres, lo cual, por otro lado, no era demasiado halagador.

–Si sirve de algo, piensa en ellos como votantes potenciales –dijo Tyler, ya en el porche–. Pero te advierto que casi todos prefieren al otro.

Miranda le lanzó una mirada furibunda.

Entraron y, tras colgar su abrigo en el perchero, Tyler gritó a la vez que pasaban a una sala:

–¡Tenemos compañía!

Miranda se encontró con cuatro pares de ojos mirándola.

–Esta es Miranda –la presentó Tyler, posando la mano en su espalda.

Una mujer morena y con grandes ojos marrones le tendió la mano.

–Soy Jo. Encantada de conocerte.

–Igualmente –contestó Miranda con una tímida sonrisa–. De haber sabido que veníamos, habría traído algo. Vengo con las manos vacías.

–Eso lo arreglamos enseguida –dijo un hombre, evidentemente hermano de Tyler, estrechándole la mano. Entornó sus vivaces ojos azules y añadió–: Me resultas familiar.

–Es mi marido, Danny –dijo Jo, antes de dar a este con el codo en la cintura y explicar–: Es la hija del alcalde, bobo.

–No es solo eso… –una sonrisa curvó los labios de Danny–. ¿Qué tal va tu acento sureño?

Miranda tardó unos segundos en establecer la conexión, pero cuando lo hizo, abrió los ojos desorbitadamente. Era uno de los policías que la había encontrado la primera noche con Tyler. ¿No tendría la fortuna de que se la tragara la tierra?

Danny le guiñó un ojo y le soltó la mano.

–Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. En cambio tú… –

señaló a Tyler–, vas a tener que comprar mi silencio durante la próxima década.

–Si abres la boca, tu mujer tendrá que llevar luto –le advirtió Tyler.

Jo entrelazó su brazo con el de su marido y le dio una palmadita en el pecho.

–Ya me lo contarás luego, cariño.

Se alejaron hacia el salón y Miranda miró a Tyler con gesto acusatorio.

–No me habías dicho que tu hermano estaba allí aquella noche.

Antes de que Tyler contestara, lo llamaron.

–¡Tío Tyler!

Miranda miró perpleja cómo una niña se echaba en sus brazos y él la levantaba en el aire.

–¿Tienes una sobrina?

–Ya ves que sí –informó él, y sonriendo a la niña, le dijo con dulzura–: ¿Qué hay, peluche? ¿Quién es el más guapo de la casa?

–Papá –dijo la niña con firmeza.

Tyler miró a Miranda.

–A los cuatro años no siempre aciertan –estiró los brazos, manteniéndola suspendida en el aire y dio unos pasos, alejándose de Miranda–: ¿No te acuerdas lo que hablamos el otro día?

La imagen representaba tal contraste con la del peligroso hombre del callejón, que Miranda lo observó atónita mientras lo veía desaparecer tras una puerta que debía llevar a la cocina. Y descubrir lo dulce que podía llegar a ser fue un fuerte afrodisiaco.

–Amy lo adora –dijo Jo, volviendo a su lado–. A veces pienso que es porque tienen la misma edad mental.

¿El sobrio detective que ni siquiera bailaba tenía un lado Peter Pan? Miranda parpadeó. ¡Menuda sorpresa!

–¿Es tuya?

–No, nosotros llevamos solo unos meses casados. Es la hija de Johnnie, el mayor. Luego van Reid, Tyler y Danny. Liv es la más pequeña –Joe sonrió a Miranda–. Lo sé, resulta abrumador. Y ni siquiera están todos. Liv y Blake llegan tarde con su gran noticia. Estoy segura de que está embarazada. Reid lleva un tiempo infiltrado en una misión y apenas lo vemos. Por eso era tan importante que nos reuniéramos. Mamá Brannigan está en la cocina –bajó la voz–. No te asustes. Es encantadora.

Mientras Miranda respiraba para asimilar la avalancha de información, Jo la tomó del brazo y pasaron a un comedor.

–Sigamos con las presentaciones. Son más fáciles en pequeñas dosis.

Tras saludar a Johnnie y a su mujer, Miranda se puso en jarras y dijo:

–¿Puedo ayudar?

–Te dejo ayudarme a poner la mesa si me dices dónde has comprado los preciosos zapatos que llevas puestos.

Siguió una charla animada sobre moda con Jo, que distrajo a Miranda hasta que Tyler volvió con una mujer mayor.

–Mi madre –dijo él, colocando una fuente sobre la mesa.

–Encantada de conocerla, señora Brannigan. Gracias por permitirme visitarla –la saludó Miranda, tendiéndole la mano.

Unos chispeantes ojos azules la miraron con humor, antes de volverse hacia su hijo.

–¿Es siempre tan educada?

–No –dijo él sin pestañear.

–¿Cómo podemos conseguir que deje de serlo?

–Un rato en mi compañía suele bastar.

–Pues será mejor que sigas con ella –su madre le palmeó el brazo–. A lo mejor se te pega algo.

–Sabía que dirías eso… –dijo Tyler.

El intercambio hizo sonreír a Miranda. La sonrisa que él le dedicó le aceleró el pulso. Bajó la mirada y recolocó los cubiertos del plato más próximo. El deseo de estar con él, a solas, desnudos, se hizo tan intenso como lo inapropiado que era sentirlo estando con su familia.

–¡Ya estamos aquí! –se oyó una voz de mujer en el vestíbulo.

Después de otra ronda de presentaciones, Tyler le indicó una silla a su lado y se sentaron a comer. Antes de que pudiera darse cuenta, Miranda estaba un poco enamorada de todos los Brannigan. Pero lo que más la fascinaba era lo distinto que era Tyler en su compañía. Nunca lo había visto tan relajado, ni haciendo tantas bromas, ni le había escuchado expresar opiniones tan certeras. Todo ello le dio una idea de cómo debía haber sido antes de ver y vivir demasiado. Y hacía que resultara aún más incomprensible que una mujer lo dejara ir. Saberse amada por un hombre así, tener hijos con él, contar con su apoyo… Una oleada de nostalgia la asaltó. Nunca había pensado en nada tan hermoso, ni tan aterrador.

Mientras ayudaba a recoger, no pudo dejar de fijarse en detalles de las felices parejas que los rodeaban. Al ver a Danny retirando un mechón de cabello de la cara de Jo a la vez que la miraba con un amor correspondido, tuvo que obligarse a apartar la mirada. Inevitablemente, la volvió hacia Tyler, que estaba apoyado en el quicio de la puerta de la cocina. Le sonrió mientras pasaba un paño a la mesa. Él sujetaba una taza en la mano, pensativo, y al seguir su

mirada, Miranda descubrió que también observaba a la pareja. Cuando Jo rio, vio que esbozaba una melancólica sonrisa.

En ese instante recordó que, al preguntarle qué había pasado, Tyler había contestado: «Se casó con otro».

Miranda sintió que se le encogía el corazón a la vez que observaba a la mujer que le había caído tan bien. Sin pensárselo, cruzó la habitación, se plantó ante Tyler como si fuera un escudo que lo protegiera del dolor y susurró: –Es ella, ¿verdad?

Tyler frunció el ceño y dijo con voz cavernosa:

–No hagas que me arrepienta de haberte traído.

–¡Es la mujer de tu hermano!

–No siempre lo ha sido. Deja el tema –dijo Tyler con aspereza, evitando mirarla.

–Pero ¿cómo puedes…?

–¿Podrías obedecer aunque solo fuera por una vez? –dijo Tyler, entre dientes.

Cuando volvió a mirarla, Miranda vio una expresión en sus ojos azules que despertó en ella el deseo de ir hasta Jo y decirle lo que pensaba de ella. Comprendía perfectamente lo difícil que debía resultarle a Tyler todo aquello, y se preguntó si la habría llevado como apoyo moral o como pantalla de humo. Prefería la primera posibilidad, aunque le habría gustado aún más que se lo hubiera dicho. ¿Acaso no sabía que podía contar con ella? Pero no era el momento de aclararlo.

–Si quieres tomar el barco, es mejor que nos vayamos –dijo él.

Miranda asintió y, desplegando una de sus profesionales sonrisas, fue despidiéndose de cada miembro de la familia, que la besó y abrazó por turno. Inicialmente, le resultó extraño, pero para cuando llegó al último, la emoción le atenazaba la garganta. Le hacían sentir tan a gusto que era imposible no dejarse llevar por la fantasía de pertenecer a su mundo, de celebrar con ellos el día de Acción de Gracias, o las Navidades.

A la vez que salían de la casa, se recriminó por ser tan estúpida. Entre otras cosas, sospechaba que Tyler seguía enamorado de otra mujer. Por otro lado, si llegaba a alcanzar la libertad, ella no tenía la menor intención cambiar una forma de cautividad por otra.

Su relación con Tyler estaba basada en el sexo, y en cuanto pudieran charlar en el ferry y se lo aclarara, irían a su apartamento para practicarlo lo más posible.

Capítulo 21

TYLER habría mentido si hubiera dicho que llevar a Miranda a su casa había sido una improvisación, pero más que algo planeado había sido una estrategia más para evitar acabar con ella en su dormitorio.

Mientras caminaban y miraba de reojo sus mechones cobrizos sacudidos por el viento, solo podía pensar en acariciarlos, en desnudar a Miranda y trazar el mapa de su cuerpo con los labios y la lengua; en llevarla al límite una y otra vez hasta que ella le suplicara que no se detuviera.

Había hecho de todo para reprimirse, incluida la recitación mental de páginas enteras de libros. Pero el mayor problema era que ya no podía ignorar el hecho de que lo que le pasaba iba más allá del sexo.

La había observado mientras charlaba y reía con su familia como si formara parte de ella, algo que había intuido que podía pasar. Lo que no había calculado era cuánto iba a gustarle esa sensación. Incluso había contemplado a Jo y Danny sin la menor incomodidad, como si todo encajara en su sitio y él se sintiera ligero.

Continuó observándola de soslayo, intentando averiguar cómo había logrado operar ese milagro; pero cuando ella le dedicó una sonrisa pasajera, tuvo la sensación de que algo no iba bien.

–¿Pasa algo?

–En absoluto –dijo ella, evitando mirarlo.

–¿No te he contado nunca que entre mis habilidades de detective está la de identificar una mentira?

–No estoy acostumbrada a que me abracen –dijo ella, encogiéndose de hombros.

Tyler pensó que sus padres necesitaban una lección. ¿Cuándo pensaban molestarse en conocer a su hija?

Miranda miró al suelo y tras suspirar, preguntó:

–¿Cuándo murió tu padre?

–Hace nueve años, de un ataque al corazón.

–Lo siento –dijo ella con dulzura.

–Así es la vida –dijo él–. Trabajó y disfrutó a tope. No creo que se arrepintiera de nada.

Cruzaron hacia el embarcadero antes de que Miranda dijera:

–Pareces distinto cuando estás con ellos.

–Tú también.

–No suelo conocer familias –Miranda frunció la nariz–. Bueno, sí, pero…

–¿Pero?

–La sensación ha sido distinta.

Tyler miró hacia el agua y, al ver que el barco estaba a punto de zarpar, se reservó la pegunta que tenía en mente y, a cambio, dijo:

–¿Puedes correr con esos zapatos?

–Lo intentaré –dijo ella. Y Tyler la tomó de la mano para ayudarla.

Fueron los últimos en subir al barco. Miranda miró a Tyler con las mejillas sonrosadas y ojos chispeantes y él la encontró tan hermosa que no pudo apartar la mirada de ella.

–¿Podemos quedarnos fuera? –preguntó Miranda, jadeante.

–Hace frío.

Ella sacudió la cabeza.

–Me da lo mismo.

Tyler la condujo a un lugar cobijado en la cubierta, compartiendo del obvio placer que Miranda experimentaba con la nueva experiencia. Las pequeñas escapadas que habían hecho habían tenido consecuencias que no había medido.

Veía la ciudad con nuevos ojos, sin el cinismo ni la crudeza que normalmente sentía. Como resultado, se había planteado qué papel jugaba en el gran marco de las cosas, y había llegado a la conclusión de que, aunque fuera pequeño, era siempre mejor que nada. Un delincuente menos en la calle representaba una disminución del crimen. Y, si con ello contribuía a que Miranda estuviera más segura cuando empezara a explorar el mundo, todo esfuerzo valdría la pena.

–Les has gustado mucho –dijo, por si no era consciente de ello–. De ahí los abrazos.

–Tienes mucha suerte de tenerlos –dijo Miranda con una sonrisa melancólica–. Para tu madre debió de ser difícil quedarse sola con cinco criaturas –cuando Tyler la miró a los ojos, añadió–: Estáis muy unidos, ¿verdad?

–Nacimos en el plazo de ocho adorables años.

–Suena terrorífico.

–Mi abuela tuvo once.

–¿De verdad? –Miranda abrió los ojos desmesuradamente.

–Por eso los irlandeses no invadimos países: los infiltramos.

Miranda rio, pero al ver que se estremecía, Tyler comentó:

–Te he dicho que haría frío.

–No quiero entrar.

Tyler le puso la chaqueta sobre los hombros y la rodeó con los brazos.

–¿Mejor así?

Miranda se acomodó como si siempre hubiera estado allí, abrazada a su cintura y con la mejilla apoyada en su pecho.

–Mucho mejor –y sin transición, preguntó–: ¿Le dijiste lo que sentías?

Tyler no necesitó explicaciones para saber a qué se refería.

–Creía que lo sabía.

–De ser así, tal vez no se habría casado con Danny.

–Puede –Tyler se lo había planteado a menudo–, pero cualquiera que los vea, sabe que están hechos el uno para el otro.

–No debe de ser fácil presenciarlo.

–Durante un tiempo, no –era fácil inventar excusas cuando uno prefería no acudir a las comidas de los domingos, pero eso, gracias a Miranda, ya no sería necesario.

–¿No se ha dado cuenta nadie?

Si era así, nadie se lo había dicho.

–Eres la primera en comentarlo.

Tras un obvio titubeo, Miranda preguntó:

–¿Todavía la amas?

Tyler no estaría allí, con ella, si amara a otra persona.

–Parte de mí siempre sentirá algo especial por ella, supongo.

–¿Por qué no se lo dijiste?

Tyler se había hecho a menudo esa misma pregunta. Al no obtener respuesta, Miranda preguntó:

–¿No lo sabes?

–Éramos amigos; no pensé que estuviera preparada para oírlo. Pero solo hace poco me he dado cuenta de por qué no lo hice –dijo Tyler, reservándose que la mujer que tenía delante era, aunque en su momento no hubiera podido saberlo, la causa de su silencio.

–¿Te arrepientes?

Tyler la miró a los ojos.

–Forma parte del pasado.

–Quieres cambiar de tema, ¿verdad? –dijo entonces Miranda–. Pues bien, dime: ¿qué estamos haciendo tú y yo?

–¿Tú que crees?

–Pensaba que eran juegos preliminares –dijo ella con sinceridad–. Que yo sepa, a ninguno nos interesa un compromiso –tras una pausa, añadió–: Sabes que te deseo.

Tyler lo sabía. Lo oía en su voz, lo veía en su mirada. Y resistirse era una de las pruebas más dolorosas que había pasado en su vida.

–Y sé que tú me deseas a mí –Miranda sonrió con picardía–. Algunas cosas no se pueden disimular…

Para probar lo que decía, Miranda pegó las caderas a las de él con un sensual movimiento. Tyler contuvo el aliento sin poder disimular la reacción de su cuerpo. Posó las manos en sus caderas para detenerla.

–¿Qué quieres que diga? –preguntó en tensión.

–No quiero que digas nada, sino que me lleves a tu apartamento para que nos acostemos.

–No puedo –dijo él, aunque fuera lo que más deseaba en el mundo–. No es tan sencillo. Deberías reflexionar.

–Ya lo he hecho –Miranda subió una mano hasta la mejilla de Tyler–. No he pensado en otra cosa desde que te conocí. Mírame a los ojos y dime que tú no.

–No pienso mentir.

–¿Entonces…? –insistió Miranda con ojos brillantes–. Por si no lo has notado, me estoy echando en tus brazos.

Parte de la frustración que paralizaba a Tyler emergió a la superficie.

–Maldita sea, ¿no entiendes que estoy intentando hacer lo correcto? –alzó la mirada para ver si alguien los estaba escuchando–. No me lo pones nada fácil.

–Y voy a presionarte hasta que me digas por qué no podemos hacerlo.

–No pienso aprovecharme de la situación.

–Perdona, pero estoy deseando que lo hagas –dijo ella, bajando la voz–. Quiero que me hagas el amor salvaje y crudamente. Quiero tus manos en mi cuerpo –presionó sus senos contra Tyler–. Que me hagas gritar tu nombre...

Tyler maldijo entre dientes. Cada célula de lo que quedaba en su ADN de hombre de las cavernas clamaba por actuar, por domarla y hacerla suya para siempre. Pero la parte de él que había cometido el error de anhelar algo más profundo, no le dejaba actuar si ella no sentía lo mismo.

Quería desnudarla en más de un sentido. Descubrir todos los secretos de su cerebro; que Miranda fuera con él más ella misma que con ninguna otra persona; que acostarse con él significara algo. Pero no podía decir todo eso sin hablar de un futuro que no podía ni siquiera mencionar.

Y por lo que acababa de decir, ella no tenía el menor interés en un futuro con él. Aun así, recordaba que en una ocasión habían hablado del compromiso y quizá esa era la vía de acceder a ella. Necesitaba saber lo que Miranda sentía, y si no podía usar la palabra, tendría que

usar otros recursos para averiguar la verdad.

Mirándola, dejó que viera en sus ojos cuánto la deseaba y le recorrió la espalda con las manos, atrayéndola hacia sí, acariciándole la mejilla.

–¿Qué estás haciendo? –susurró ella.

Tyler inclinó la cabeza para besarla.

–No hables, solo siente –dijo, contra sus labios.

Le retiró el cabello del rostro y comenzó a besarle el cuello. Luego dibujo con la lengua el dibujo de su oreja y notó a Miranda estremecerse.

–Tyler…

–Shhh.

Tyler le recorrió a besos la mejilla hasta llegar a su boca.

Miranda respondió titubeante, como si se debatiera entre el deseo de que la poseyera con brutalidad, tal y como él sabía que quería, y la delicadeza y dulzura que intentaba inyectar a lo que estaba pasando. Finalmente, se relajó en sus brazos y el beso se hizo más profundo, más rico, más intenso y embriagador, envolviéndolos en una neblina de placer que los aislaba del mundo exterior.

Algo desconocido hizo que el pecho de Tyler se expandiera y le vaciara los pulmones de aire para llenarlos de algo desconocido que amenazaba con romperle las costillas. Intentando descubrir la verdad de lo que Miranda sentía, se había encontrado con algo en sí mismo, tan enorme que no alcanzaba a ver dónde acababa.

Pero antes de que pudiera decidir de qué se trataba, Miranda se separó de él súbitamente a la vez que gritaba:

–¡Para!

Tyler vio que parecía angustiada. ¿Qué habría hecho mal?

–Esto no es lo que se supone que íbamos a hacer –dijo ella con un suspiro de impaciencia–. Quiero sexo.

–Sexo sin ataduras –el sexo sin sentimientos, la unión de dos cuerpos que alcanzaban un clímax insatisfactorio no tenía ningún atractivo para él. Y menos con Miranda.

–Precisamente… O algo a mitad de camino… No, sé.

Tyler la miró con dulzura y una sonrisa burlona.

–Vas a tener que explicarte mejor.

–¡No me mires así!

Miranda parecía más asustada de lo que la había visto nunca.

–Ven aquí –dijo, alargando los brazos hacia ella.

–¡No somos novios! –dijo Miranda, retrocediendo–. No hace falta que te hagas el romántico.

–Si lo que buscas es un rápido revolcón, te has equivocado de persona. O lo hacemos a mi manera, o no lo hacemos.

–¿Y cuál es tu manera? ¿A qué estás jugando?

La voz quebradiza de Miranda hizo que a Tyler se le encogiera el corazón.

–No estoy jugando a nada –dijo con solemnidad.

Miranda estaba claramente confusa. De pronto clavó una mirada suspicaz en Tyler.

–¿Estás haciendo esto para mantenerme controlada?

–No me voy a molestar en contestar porque sé que te cuesta confiar en la gente.

–Te dieron la charla, ¿verdad?

–¿Qué charla? –preguntó Tyler, frunciendo el ceño.

–La que da Lou Mitchell a todos los guardaespaldas. Es eso, ¿verdad? –dijo ella, cada vez más indignada–. ¿Qué te dijo?

Tyler se quedó paralizado al darse cuenta de lo que quería decir. No podía mentirle, pero si se sacaba de contexto…

–¿Qué te dijo? –Miranda elevó la voz y varias cabezas se volvieron hacia ellos.

–Tranquilízate –dijo Tyler.

–Me tranquilizaré cuando me digas qué te dijo.

Respirando profundamente, Tyler contestó:

–Me dijo que hiciera lo que fuera necesario para…

–¡Vaya!

–No he terminado.

–Ya has dicho suficiente –dijo ella con una risa sarcástica. Levantó las manos y aplaudió.

–Miranda… –dijo él, crispado.

–¿Cómo puedo bajarme de este maldito barco? –dijo ella, mirando alrededor. Luego fue hacia la puerta, la abrió bruscamente y entró.

–Tenemos que a hablar –dijo Tyler precipitadamente, siguiéndole los pasos.

–No –Miranda buscó con la mirada las señales de salida a la vez que por la megafonía se anunciaba el fin del trayecto.

–Solo tienes una imagen parcial –insistió Tyler.

–Te aseguro que la tengo muy clara –Miranda dio media vuelta y se encaminó al otro extremo del barco–. No pienso dejarme manipular ni por ti ni por nadie –Tyler intentó retenerla por el brazo, pero ella lo sacudió a la vez que decía–: ¡No me toques!

Tyler estaba a punto de perder la paciencia.

–Vamos a hablar de ello lo quieras o no.

–No te preocupes –dijo ella, airada–, ya no tienes que perder tu valioso tiempo entreteniéndome. Da gracias a que no hayas tenido que prostituirte para hacer bien tu trabajo. Aunque no habrías traspasado esa línea, ¿verdad? Todo el mundo tiene un límite.

–Te estás pasando, princesa –dijo Tyler entre dientes.

–¡Estás despedido!

–Tú no puedes despedirme.

–Acabo de hacerlo.

Miranda desplegó una de sus magníficas sonrisas y se abrió paso entre los pasajeros hacia la primera fila. Tyler tuvo que hacerse hueco para alcanzarla.

–¿Pretendes darme esquinazo? –preguntó cuando le dio alcance en el embarcadero.

En lugar de contestar, Miranda aceleró el paso.

–La casa está demasiado lejos como para ir andando –dijo él. Miranda mantuvo el gesto digno y no se molestó en contestar–. No me importa que no hables. Ya hablo yo por los dos.

–Vete al infierno.

–¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

Miranda se paró súbitamente y volviéndose hacia él alzó la mano para abofetearlo. Tyler la sujetó por la muñeca, pero la soltó al ver la cara de espanto que ponía Miranda por lo que había estado a punto de hacer. Ella entonces aprovechó para empujarlo por el pecho con ambas manos y él, tambaleándose hacia atrás, tropezó con el bordillo, y cayó al suelo sobre el trasero.

Poniendo los brazos en jarras, Miranda dijo:

–¿Eso te parece mejor?

Tyler se quedó perplejo inicialmente, y de pronto, tras un destello de clarividencia, estalló en una sonora carcajada.

–¿Qué tiene de gracioso? –dijo Miranda, sacudiendo la cabeza–. Eres un demente.

Dio media vuelta y fue hacia un cruce para buscar un taxi. Tyler le dio alcance y, en tono persuasivo, dijo:

–Si me dejaras terminar la frase, lo aclararíamos todo.

–No quiero aclarar nada –replicó Miranda–. Solo quiero que me dejes en paz.

–Sabes que eso no es verdad.

–A ti te da lo mismo lo que yo quiera –dijo ella con un dolor que encogió el corazón de Tyler.

–Estás muy equivocada.

Miranda levantó el brazo para parar un taxi.

–No me sigas –dijo.

–¿Dónde te crees que vas? –preguntó él frunciendo el ceño.

–A casa –Miranda se irguió una vez más–. Solo me quedan tres semanas de condena. En cuanto pasen, voy a salir al mundo a buscar al primer hombre disponible que no quiera estar conmigo porque le pagan, y voy a practicar sexo con él hasta que los dos caigamos exhaustos.

–De eso nada –dijo él, apretando los dientes.

–Si le das cuerda a un muñeco, debes saber que seguirá funcionando cuando lo abandones –Miranda lo miró airada cuando él posó la mano en la puerta del taxi para impedir que la abriera–. ¡Quita!

–Eso voy a hacer –dijo él –. Pero solo para que te calmes. Cuando reflexiones y quieras hacerme preguntas, ya sabes dónde encontrarme –miró a Miranda con tristeza–. Quizá deberías plantearte por qué te he besado como lo he hecho.

Tras esas palabras, Tyler retrocedió un paso, dejó caer la mano y la miró en silencio mientras entraba en el taxi. A medida que este se perdía en la distancia, se dijo que tendría que acostumbrarse a que despedirse de ella fuera como perder una parte de sí.

Sonó su teléfono, pero esperó varios timbrazos antes de contestar.

–Brannigan.

–¿Quieres venir a una misión de vigilancia? –preguntó su compañero.

Tyler sintió que la sangre se le helaba.

–¿Lo has encontrado?

–Puede… –tras una breve pausa, su compañero añadió–: Parece que tu amigo Jimmy estaba tan preocupado de que lo creyeran un soplón que ha decidido serlo.

–Voy para allá.

Capítulo 22

EL CLUB ocupaba un bloque de edificios, tenía varias pista de bailes, cinco DJs y zonas privadas. Aunque era domingo por la noche, estaba lleno de jóvenes entre veinte y treinta años.

Miranda estaba sentada en la barra con Crystal. Llevaba cuatro copas y había empezado la quinta.

–¿Sabes lo que de verdad me molesta? –gritó por encima de la música–. Que al ofrecerme a él ha parecido que estaba desesperada. Si fuera así, me acostaría con quien me diera la gana –movió la mano indicando a un hombre próximo–. Con ese, por ejemplo, que no deja de sonreírme.

–Es el camarero y le has dado una enorme propina con cada copa –dijo Crystal, intentando retirarle el vaso–. Ya has tomado suficiente. Nunca has sabido beber.

Miranda movió la copa para que no la tocara y se salpicó la mano.

–¡Mira lo que has hecho! –dijo, enfurruñada. Bebió lo que quedaba de un trago–. ¡Me encanta esta canción! Vamos a bailar.

–Deberíamos irnos a casa. Un café te sentaría bien.

–No quiero ir a casa ni tomarme un café. Quiero divertirme –dijo Miranda. Le vibró el teléfono y al mirar la pantalla hizo una mueca–. Parece que no se entera.

–No creo que se alegre de encontrarte así.

Miranda rechazó la llamada con gesto despectivo y dejó el teléfono a un lado.

–Me da lo mismo.

–No es verdad. Ese es el problema.

–No le importo. Solo está conmigo porque es su trabajo –Miranda parpadeó con cara inocente–. ¿Qué pasa conmigo, Crys?

–Nada –dijo Crystal con firmeza–. Eres una mujer guapa y sexy. Tómate un vaso de agua.

–Creía que me deseaba tanto como yo a él. Cuando me besa, saltan chispas; cuando me toca… *boom,* se disparan fuegos artificiales. Pero luego, aunque tiene permiso… –levantó las manos para marcar comillas–: «Haz lo que haga falta para que no se meta en líos» –se echó hacia atrás–: Así que coquetea pero luego me deja plantada.

–Increíble –dijo Crystal, acercándole el vaso de agua–. Vamos, bebe un poco. ¿Prefieres con gas?

–¿Y por qué demonios me ha llevado a conocer a su familia? –Miranda tragó el nudo que se le formó en la garganta–. ¿Te he dicho ya que son maravillosos?

–Una docena de veces.

–Es el tipo de familia que me encantaría tener –continuó Miranda–. ¡Pero no somos una pareja! ¡No quiero enamorarme de él!

–¿Es eso lo que te pasa?

–¿Qué?

–¿Te estás enamorando?

–¡No! –replicó Miranda con vehemencia antes de añadir–: Puede… No lo sé… No quiero…

–¿Por qué?

Miranda respiró varias veces profundamente para contener el llanto.

–Porque entonces le pertenecería –se retiró el cabello hacia atrás–. Me estoy deprimiendo. Si me quisieras, bailarías conmigo.

–Y lo haría encantada –dijo Crystal, mirando a la espalda de Miranda–. Pero sospecho que te vas a marchar.

Miranda giró la cabeza, y frunció el ceño.

–Vete de aquí, Tyler. No me gustas.

Él miró a Crystal:

–¿Cuánto ha bebido?

–Demasiado. Nunca ha sabido beber. Llevo media hora intentando llevarla casa.

–Ya me ocupo yo.

–Sé delicado. Algo le ha hecho sufrir.

–Lo sé.

Miranda sacudió la cabeza y se arrepintió al instante al sentir que todo le daba vueltas.

–Seguid hablando de mí como si no estuviera. Decidid por mí, como todo el mundo –levantó la mano y movió los dedos–: ¡Hola, guapo, ponme una copa!

–De eso nada –Tyler la tomó por el codo–. Tendrás que disculparte con Crystal. Gracias por haberme avisado.

La última frase hizo que Miranda exclamara:

–¿Le has llamado tú? ¿Cómo has podido…?

Crystal la miró avergonzada.

–Porque no es conmigo con quien necesitas hablar, y porque no te perdonarías nunca si salieras en los periódicos a unas semanas de las elecciones.

–Vamos –ordenó Tyler.
–No voy a ninguna parte. Tendrás que sacarme tú.
–Muy bien.
Sin titubear, Tyler se la cargó sobre el hombro.
–¡Bájame!
–Adiós, Crystal.
–Adiós, Tyler.
–¡Me están raptando! –gritó Miranda cuando pasaron junto al portero.
–No es verdad –dijo Tyler, mostrándole la placa.
–¿No es la hija del alcalde? –preguntó el portero.
–Qué va; solo se le parece. Gracias a eso lleva bebiendo gratis toda la noche.
Cuando se alejaron lo bastante, dijo a Miranda:
–Vas a tener una resaca espectacular.
–¿Y a ti qué más te da? ¡Bájame!
–Te aterroriza que sí me importes, ¿verdad?
–¿Qué quieres decir?
–Supe desde el primer momento que eras difícil, pero no tuve claro por qué.
–¿Y ahora sí?
Tyler asintió.
–Esto es lo que haces cuando te sientes presionada: huir y olvidar. Hasta ahora, has huido de una vida claustrofóbica; ahora de mí –tomó aire y Miranda notó su pecho expandirse contra sus piernas. Luego Tyler continuó–: Eres una mujer increíble, con la capacidad de hacer cosas maravillosas. Lo quieras o no, claro que me importas. Así que, cuando estés preparada para hablar, avísame.
–Ya lo he intentado –dijo ella en un susurro.
–No es verdad. Has salido corriendo.
Saber que Tyler tenía razón hizo que se quedara callada cuando él la dejó en el suelo. Balanceándose levemente, se retiró el cabello de los ojos y lo miró. Era tan grande y fuerte… Odiaba que le hiciera sentir pequeña y vulnerable. No quería enamorarse. Todo sería mucho más sencillo si no estuviera enamorada. Se mordió el labio inferior.
–No hagas eso –Tyler le pasó el pulgar por los labios–. Vas a sangrar.
Su voz ronca la envolvió como una cálida manta. No quería que la tratara con ternura porque sabía que no soportaría perderlo cuando se fuera.
–Te he dicho que no me mires así –protestó.
No quería que Tyler hiciera promesas que no podía cumplir. Pero

lo peor era lo que le hacía sentir. Al principio la excitaba, con el tiempo la había sorprendido y retado, forzándola a revaluar su vida y lo que quería hacer con ella. Saber que renunciaría a su felicidad por estar con él la aterrorizaba.

–Vayamos a casa –dijo Tyler. Y bajando la mano, la ayudó a entrar en el coche. Luego le abrochó el cinturón mientras ella lo observaba en silencio.

Cómo podía decirle lo que sentía cuando estaba en sus brazos cuando él no se había molestado en contradecirla cuando había dicho que ninguno de los dos quería comprometerse. Ella no tenía la culpa de haber descubierto que quería más. La idea de vivir sin él le resultaba devastadora. Y pensar que él estaba con ella solo por trabajo la destrozaba.

Si al menos les quedara un poco más de tiempo juntos…

–¿Me dirás el resto de la frase? –preguntó con un hilo de voz.

La voz de Tyler retumbó como una apaciguadora caricia cuando, sin explicar a qué se refería, dijo:

–Me dijo que hiciera lo que fuera necesario para mantenerte a salvo porque no sabes lo vulnerable que eres cuando estás bajo los focos.

–Eso no es verdad –Miranda intentó sonreír–. De pequeña tenía pánico de escena: creía que no era lo bastante guapa, ni lista, ni divertida. Por eso me apunté a clase de teatro, para ganar seguridad en mí misma.

–La gente se enamora de ti en segundos –dijo él, apretándole la mano afectuosamente.

–Porque no tienen que pasar tiempo conmigo.

–Sí, eso es una ventaja.

Miranda rio, le entró hipo y se sorbió la nariz antes de apoyar la cabeza en el respaldo y quedarse dormida. No se despertó hasta que se encontró en brazos de Tyler, subiendo las escaleras de su casa. Acurrucándose contra su pecho, suspiró. Ojalá la vida fuera siempre así.

Tyler la echó en la cama, le quitó los zapatos y la tapó. Entonces Miranda notó que el colchón cedía a su lado, y de pronto el rostro de Tyler apareció en su campo de visión.

Mirándolo fijamente, Miranda se dio cuenta de lo sola que se había sentido hasta que él apareció en su vida, y cuánto había gozado con sus pequeñas aventuras. También se avergonzó de haberlo tirado al suelo.

–No sé cómo me soportas –dijo.

–Eres una monada cuando bebes.

–Soy un dolor de muelas.

–Lo discutiremos en otro momento –Tyler le acarició la mejilla–. Ahora, a dormir.

–¡Quédate conmigo! –susurró ella.

–No puedo. He dejado una vigilancia para rescatarte –suspiró lentamente–. Tengo que volver. Pero, si pudiera elegir, te aseguro que todo sería diferente. Nunca lo olvides.

Miranda sonrió con tristeza. Aquello sonaba a despedida.

–Te veré mañana, ¿verdad?

–¿No te acuerdas de que me has despedido? –preguntó él, sonriendo con malicia.

–Te vuelvo a contratar –Miranda se abrazó a su cuello, mimosa–. Se me ha pasado el sueño.

–Confiaba en que no dijeras eso –dijo Tyler con un resoplido. Se oyó un ruido metálico y Miranda sintió algo frío rodearle la muñeca. Cuando se volvió, vio que Tyler cerraba el otro círculo alrededor de una barra del cabecero.

–¡Qué haces!

Tyler se puso en pie.

–Si te hubieras quedado dormida, no habría hecho falta. Tienes agua en la mesilla.

Miranda se enfureció.

–¡No puedes dejarme así!

–Le dejaré la llave a Grace. Ella te dará una aspirina a primera hora. Vas a necesitarla –dijo él. Y se fue.

Miranda sacudió el brazo frenéticamente antes de dejarse caer sobre las almohadas, dándose por vencida. En cuanto se liberara, lo mataría.

Capítulo 23

PARA cuando Tyler volvió junto a su compañero y al agente que lo había sustituido, la operación había pasado a otro nivel.

–¿Ibais a empezar sin mí? –bromeó.

–Los GEO acaban de llegar. No te has perdido nada. ¿Dónde está tu chaleco antibalas?

–En mi taquilla –dijo Tyler–. Dime que está dentro.

–Ha llegado después del cargamento. Esta vez lo tenemos. No puede escapar.

Mientras se acercaban sigilosamente al depósito, arma en mano, Tyler ahuyentó la imagen de Miranda de su mente. Dadas las circunstancias, casi era mejor no haberle dicho lo que sentía por ella.

Los agentes se comunicaron por señas para ocupar sus respectivas posiciones antes de marcar la cuenta atrás con los dedos para que los GEO tumbaran la puerta. Una vez dentro, se identificaron a gritos ante los hombres que descargaban las cajas. Estos se quedaron paralizados y alzaron las manos. Tyler vio a dos de ellos salir por una puerta trasera, corrió tras ellos y se encontró en una nave con maquinaria y contenedores vacíos.

Su compañero le dio alcance.

–¿Los ves? –susurró.

–Todavía no.

Por medio de señas, se separaron para buscarlos.

–Ahí está uno –señaló Tyler al oír un ruido y ver a un hombre más bajo y robusto que el que él buscaba–. Yo encontraré al otro.

–No hagas ninguna tontería.

La advertencia cayó en oídos sordos porque el lado oscuro de Tyler se apoderó de él mientras rodeaba a su presa. En lugar de reprimirlo, Tyler alimentó su sed de venganza invocando la imagen del cuerpo destrozado de una mujer y del sufrimiento que había padecido.

Al girar una esquina hacia un pasillo vio a Demietrov. Este lo miró con una fría sonrisa y Tyler le apuntó con el arma. Pudo sentir el dedo en el gatillo, pero cuando miró a los ojos a su archienemigo, no fue capaz de disparar.

Algo se lo impidió.

Su voz resonó con la convicción de saber que hacía lo correcto:

–Andrei Demietrov, queda arrestado por tráfico de sustancias estupefacientes y como sospechoso del asesinato de Candice James –la oscuridad de su interior se fue disipando, dejando lugar a la parte de su personalidad que había quedado arrinconada cuando su vida había descarrilado–. Tiene derecho a guardar silencio…

A la vez que daba un paso adelante, el otro hombre empujó una pila de cajas que cayeron como un dominó, y Tyler tuvo que saltar hacia atrás para esquivarlas. Cuando recuperó el equilibrio, oyó una puerta cerrarse y corrió hacia ella. Fuera, llovía. Miró a izquierda y derecha antes de dar un paso adelante…

El impacto lo empujó hacia atrás antes de que sintiera un intenso dolor en el hombro. A un segundo disparo le siguió un calor abrasador en el brazo. Luego oyó una sucesión de disparos, seguida de un cuerpo que se desplomaba. Entonces Tyler se deslizó con la espalda pegada a la pared hasta el suelo, con la conciencia tranquila: los GEO habían disparado por él.

Un líquido caliente le empapó la camisa. Su compañero apareció a su lado y maldijo entre dientes.

–Este es el detective Ramírez, hay un agente herido –dijo a la radio–. Repito: agente herido. Necesitamos una ambulancia en…

Tyler se sintió invadido por una deliciosa sensación de paz. No había sido capaz de matar a un hombre a sangre fría. Quizá no estaba tan perdido como creía. Quizá Miranda lo había salvado. Intentó concentrarse, pero no tenía fuerzas. Pensar que había dejado a Miranda esposada le hizo reír.

–¿Quieres compartir la broma? –preguntó su compañero mientras inspeccionaba la herida.

–Por una vez que no uso el chaleco antibalas... –masculló Tyler. Gruñó cuando sintió una presión en el hombro. Se le nubló la vista–. Creo que me ha atravesado.

–Ojalá, así no tendrán que sacarla. ¿Y la del brazo?

–Esa sigue dentro.

–Es una suerte que seas diestro.

Tyler frunció el ceño. A unos pasos de distancia, donde los GEOS inspeccionaban el cuerpo que yacía en el suelo, vio una figura bajo la lluvia. Su rostro estaba limpio de sangre y le sonreía.

–Siento haberte fallado –era la primera vez que hablaba con ella.

–No tienes por qué disculparte –dijo su compañero, asumiendo que hablaba con él–. Puede pasarle a cualquiera.

Tyler parpadeó y la figura de Candice fue sustituida por la de Jo. ¿Por qué la veía a ella si no estaba muerta? Los párpados le pesaban.

–Aguanta, amigo –oyó a su compañero.

Una mujer con llamaradas rojizas en el cabello sustituyó a Jo. Al ver que lloraba, el corazón de Tyler se encogió. Él quería hacerla feliz, ya no había ningún obstáculo entre ellos.

«Quédate conmigo», le dijo ella. Y eso era lo que él quería.

–Ty, despierta –una mano le abofeteó suavemente–. Tienes que permanecer despierto.

¡Qué frío hacía! Debía haberse puesto una chaqueta…

–¿No hay un auxiliar médico entre vosotros? –gritó su compañero a los GEO–. ¡Llamadlo!

Ni que fuera la primera persona en el mundo en ser disparada…

–Llamaré a tu familia en cuanto te lleven al hospital.

–Ni lo sueñes.

–¿Quieres que llame a alguien?

–No –susurró Tyler–. No quiero preocuparla.

–Todos necesitamos a alguien.

–Te gustaría mucho –farfulló Tyler.

–No puede ser muy lista si le gustas… –su compañero dejó sitio a otra persona–. Tenemos que detener la hemorragia.

–Estoy en ello –oyó decir a una voz desconocida–. Aguanta, compañero.

Tyler esbozó una sonrisa. Miranda sentía algo por él. Solo tenía que encontrar la manera de convencerla. Haría lo que fuera para que no lo abandonara. Solo necesitaban un poco de tiempo…

–Ty, aguanta. ¿Dónde demonios está esa ambulancia?

Era la segunda vez en veinticuatro horas que tenía el trasero en el suelo. La primera vez, le había servido para darse cuenta de que Miranda era la mujer que llevaba esperando toda su vida. Hasta había reído al descubrirlo. Ella era la causa de que no le hubieran interesado otras mujeres, de que no le hubiera dicho a Jo lo que sentía. A veces lo sacaba de sus casillas, pero era lista, divertida y sexy. ¿Cómo no iba a querer tenerla a su lado?

–Díselo –masculló.

–¿El qué?

Que se había adueñado de él, que formaba parte de su ser.

No podía respirar.

–Ty, aguanta.

Nunca había sabido que el amor pudiera ser tan poderoso. Su peso lo aplastaba. Pero, si ella sentía lo mismo, cualquier peso resultaría liviano. Tenía que hablar con ella, aunque para recuperar fuerzas, antes tendría que dormir un rato. Solo una cabezadita.

Oyó sirenas y, con Miranda como último pensamiento, se desmayó.

Capítulo 24

MIRANDA se despertó con un gemido de dolor y al tirar del brazo recordó las esposas.

–Maldito Tyler –masculló.

La habitual llamada a la puerta resonó en su cabeza como si fuera un martillo.

–¿Grace?

Esta abrió una ranura.

–¿Puedo pasar?

–Sí –dijo Miranda, abochornada–. Dime que en ese sobre llevas una llave.

–Con una nota que dice que te traiga aspirinas y que probablemente necesites un litro de café.

–Te estarás preguntando qué ha pasado –comentó Miranda mientras la soltaba.

–No necesito explicaciones.

Miranda movió el brazo, ya libre.

–Sientes debilidad por él, ¿verdad? –preguntó.

–Es guapo, agradable… Y estas semanas has estado más feliz que nunca.

Miranda se frotó la muñeca.

–Tienes razón.

Grace la miró a los ojos.

–Yo no me daría por vencida. Un hombre no ata a una mujer a la cama, si no le importa de verdad –Grace dejó las esposas en la mesilla y sonrió con picardía–: Aunque quizá lo hiciera por otras razones…

–¡Grace! –exclamó Miranda.

–Haré que te suban el desayuno –dijo esta, riendo.

–Espera –Miranda se puso en pie y le dio un abrazo–. Aunque no lo demuestre, sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

–Y tú sabes que para mí eres la hija que no he tenido –Grace se echó hacia atrás y le guiñó un ojo–. Ahora haz que me sienta orgullosa de ti y castígalo por lo que te hizo anoche.

–Eso voy a hacer.

Para cuando se duchó y desayunó, Miranda se sentía mucho más

animada y había tomado una decisión. En lugar de sufrir, debía disfrutar del tiempo que les quedaba juntos.

Miró la hora y se sorprendió de que Grace llegara tarde a repasar la agenda. Tomó sus cosas y fue a buscarla a su despacho. Al oír pisadas a su espalda, se volvió, y le desconcertó ver a alguien a quien no esperaba.

–Lewis, no pensaba que fueras a venir hoy.

–Porque no me tocaba.

Miranda dirigió la mirada hacia Grace cuando esta apareció en la puerta. La tensión en su rostro la puso en guardia.

–¿Qué está pasando?

–Todavía no estamos seguros –dijo ella, bajando la voz–. Parece que el detective Brannigan estaba ayer en una redada antidroga y…

–¡No! –susurró Miranda, espantada.

Grace le apretó la mano.

–Está bien. Tu padre quiere que averigüe en qué hospital está para mandarle un regalo.

–¿Qué le ha pasado?

–Le han disparado.

Miranda sintió que la cabeza le daba vueltas y agradeció que Grace la sujetara. No podía soportar la idea de que Tyler hubiera estado desangrándose mientras ella dormía. Tenía que verlo. Hizo acopio de una fuerza que no sabía que tuviera y dijo: –Lewis, trae el coche y entérate de dónde está. Te será más fácil que a Grace –cuando Lewis se fue, se volvió hacia esta–: Necesito modificar la agenda de hoy. La mayor parte de la mañana son discursos, así que no me necesitan. Intenta posponer la cita con la asociación de veteranos. Si no, cámbiala de día. Di que estoy enferma.

–Muy bien. ¿Qué quieres que le diga a tu padre si me pregunta algo?

–La verdad. Ya hablaré con él más tarde.

–Te llamaré poniéndote al día.

Lewis puso la sirena en funcionamiento y llegaron al hospital en menos de media hora. Miranda fue a la cabina de enfermeras.

–Estoy buscando al detective Brannigan. Me han dicho que está en la quinta planta.

–¿Es usted un familiar?

–Es mi guardaespaldas –dijo Miranda, alzando la barbilla–. Soy Miranda Kravitz, la hija del alcalde.

–¿Cree que podrá conseguir que se quede en la cama? –preguntó la enfermera, expectante.

Miranda sintió un enorme alivio. Si Tyler estaba peleando para

levantarse, debía de encontrarse bien.

–Dígame dónde esta y haré lo que pueda.

–Tercera puerta a mano derecha. Suerte. Va a necesitarla.

Al llegar a la puerta indicada, Miranda tomó aire, entró y miró a su alrededor. Tyler estaba sentado al pie de la cama, intentando ponerse una camiseta con una sola mano. Llevaba vendajes en el hombro y en un brazo. Si la del hombro hubiera estado unos centímetros más abajo…. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le formó en la garganta.

–¿Qué crees que estás haciendo?

Tyler la miró y un brillo de sorpresa cruzó sus ojos antes de que mascullara:

–Escaparme. Tú deberías saberlo mejor que nadie. ¿Cómo has venido?

–Me ha traído Lewis –Miranda cruzó la habitación y dejó el bolso en una silla–. Y tú no vas a ninguna parte. ¿Qué ha dicho el médico?

–Que me han quitado la bala, me han hecho una transfusión y me han cosido.

–Y que debes descansar, ¿no?

–Si quieres hacer algo útil, ayúdame a salir de aquí antes de que venga mi familia.

–Deben de estar muy preocupados.

Tyler miró la camiseta con cara de frustración e hizo un nuevo intento.

–No se habrían enterado de no ser por uno de los colegas GEO de Danny.

–Me alegra saber que no soy la única a la que no te has molestado en avisar.

Tyler dejó caer la mano.

–Miranda…

–Si el médico dice que tienes que quedarte en la cama…

–Puedo descansar en casa –Tyler la miró a los ojos–. Si lo exijo, deben darme el alta. Solo tienen que poner una nota diciendo que lo ha pedido el paciente.

Miranda entornó los ojos.

–¿Por qué tengo la impresión de que no es la primera vez que estás en el hospital?

–Pierna rota a los nueve, primera conmoción cerebral a los doce… Sácame de aquí y te dejaré explorar todas las cicatrices.

–Promesas, promesas –Miranda sabía que no le haría cambiar de opinión, así que al menos intentaría que tomara el mayor número de precauciones posibles–. Espera que hable con el médico para que te

recete unos analgésicos.

–No los necesito –dijo él, poniéndose en pie.

Miranda se cruzó de brazos.

–Tengo un vehículo con conductor que puede llevarte a casa. ¿Quieres que te ayude a escapar o no?

Para su sorpresa, Tyler lo pensó. Luego levantó la mano y dijo:

–Puedes empezar por ayudarme con la camiseta. Llevo media hora peleándome con ella.

Miranda notó que evitaba mirarla y tuvo la intuición de que no se alegraba de verla. Pero aunque le dolió, decidió que no era el momento de pensar en sí misma.

–Siéntate –dijo, tomando la camiseta con determinación.

Vio que tenía el pantalón abierto en la cintura y, sin pensárselo, fue a abrochárselo. En cuanto sus dedos le rozaron la piel, Tyler contuvo el aliento y se tensó.

–Lo siento –susurró ella, mirándolo a los ojos.

–No tienes por qué –dijo él con una mirada en la que se mezclaban el dolor y el deseo.

–Siéntate –dijo entonces ella, levantando la camiseta–. Primero, el brazo herido…

En cuanto acabó de vestirlo, él le tomó de la muñeca para obligarla a mirarlo.

–Estoy bien –dijo con firmeza.

–De eso nada. Estás herido –comentó ella en el mismo tono.

–Pero sigo vivo, ¿no? –dijo él con unas sonrisa de sorna.

Las emociones que Miranda llevaba conteniendo estallaron súbitamente. Si hubiera muerto… Valía tanto más que ella… ¿Cómo iba a amarla un hombre como él? Tyler se merecía a alguien mucho mejor.

Le pasó una mano temblorosa por la cabeza y la nuca. Él cerró los ojos en respuesta. Miranda habría querido librarlo del dolor y de la tensión, quería cuidarlo, que le contara sus problemas, poner sus necesidades por delante de las de ella. Pondría toda su alma en facilitarle la vida. Aun cuando no hubiera pensado que quería hacer algo que valiera la pena, conocer a Tyler la habría inspirado. Incluso podrían haber formado un equipo. Uno de sus planes era una asociación de apoyo a víctimas…

–Sabrás que esto significa que ya no soy tu guardaespaldas –dijo Tyler. Miranda no lo había pensado. Él explicó–: Van a obligarme a estar de baja. Puede que me den trabajo de despacho. Pero no podré volver hasta después de las elecciones.

Miranda empezó a guardar las cosas de Tyler en una bolsa de

deportes que había sobre una silla para evitar pensar que ya no les quedaba tiempo juntos.

–Seguro que te recuperas pronto –dijo, esforzándose por sonar animada mientras se decía que dedicaría el resto de su vida a que Tyler se sintiera orgulloso de haberla conocido–. Además, los últimos días de campaña son una locura.

–Cuando acabe, estarás libre.

–Así es. Estoy haciendo ya muchos planes –Miranda carraspeó al tiempo que se incorporaba–. Voy ver al médico. Lewis subirá a por ti –dijo, y fue hacia la puerta.

–Miranda, espera –dijo él con voz ronca–. No huyas otra vez.

Obligándose a sonreír, ella contestó:

–Si fuera a huir, no dejaría mi bolso contigo.

–¿Sigues enfadada por lo de las esposas? –preguntó él, escrutando su rostro.

–Hiciste lo que debías –dijo ella, encogiéndose de hombros.

Tyler tomó aire y dijo:

–Tenemos que hablar.

–Creía que querías salir de aquí –dijo ella con firmeza.

–¿Cuánto tiempo tienes?

–Voy a una asociación de veteranos después de comer.

–¿Y esta noche?

Puesto que no pensaba que prolongar la agonía pudiera conducir a nada, Miranda decidió mentir:

–Estaré muy ocupada durante estos días. Podemos quedar a tomar un café tras las elecciones. Tienes mi teléfono.

–¿Sigues decidida a darme esquinazo?

–Ya no eres mi guardaespaldas.

–¿Y ya está? ¿No quieres decirme nada?

–Claro –dijo ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantenerse la farsa–. Me has cuidado mejor que nadie, has aguantado un montón de tonterías y no sé cómo podría compensarte por…

Tyler sacudió la cabeza.

–No debía haberle dejado la llave a Grace. Ve a buscar al médico. Pero, si crees que hemos acabado aquí, estás muy equivocada. Alégrate de que no tenga fuerzas para cargarte al hombro.

Miranda parpadeó.

–No entiendo por qué estás enfadado.

–Cuando lo averigües, avísame.

Tras decir eso, Tyler dio media vuelta y se peleó con la cremallera de la bolsa para cerrarla. Miranda se acercó.

–Tyler…

Él se puso la bolsa al hombro y pasó de largo.

–Voy a firmar esos malditos papeles.

El silencio durante el viaje a su apartamento fue sepulcral. Tyler se bajó con un áspero «gracias» y sin molestarse en mirarla. Fue espantoso. Miranda nunca se había sentido tan mal, tan vacía y sola ante la perspectiva de un futuro sin Tyler. Se había acabado. Lo había perdido.

Nunca sabría cómo había podido mantener una apariencia de normalidad el resto del día, pero al llegar la noche, no hizo el menor esfuerzo por contener el llanto. Se echó sobre la cama y lloró hasta que le dolieron los ojos. Sin dejar de llorar se dio una ducha y se metió en la cama. Mirando al techo en la oscuridad recordó la primera vez que Tyler le había tomado la mano, lo pesado que se había puesto para impedir que escapara, la brutal honestidad con la que la había tratado; cómo siendo un hombre peligroso le hacía sentir a salvo, segura. Luego pensó en la noche que se conocieron, en cómo, cuando la besaba, solo podía pensar en devolver el beso… al menos hasta que su corazón había entrado en juego.

Y de pronto, en medio de su recorrido sentimental, prendió una chispa de esperanza en su pecho que arrinconó la idea de que no era lo bastante buena para él.

«Quiero que me dejes en paz», había mentido ella.

«Sabes que eso no es verdad», fue la respuesta de Tyler.

El corazón se le aceleró. Tyler no decía nada que no sintiera. ¿Y si ella no había escuchado con suficiente atención?

«Se supone que debo mantener las distancias», había dicho. Pero había sido tan incapaz de cumplirlo como ella. Y eso tenía que significar algo.

Respecto a las preguntas que pudiera hacerle, había dicho: «Quizá deberías plantearte por qué te he besado como lo he hecho».

¿Y si lo que había sentido con aquel beso respondía a un sentimiento recíproco? Había estado perdida, pero él la había encontrado. Había albergado esperanzas, pero él estaba desesperanzado. Tyler había hablado de estar más allá de poder ser salvado. ¿Lo creería de verdad? ¿Y si creía que ella no podía amarlo tal y como era? Él le había dicho que, si por él fuera, las cosas serían de otra manera. «No lo olvides», había rematado.

¿Por qué lo habría olvidado?

Aun sumida en la duda y la inseguridad en sí misma, la llama de la esperanza se avivó. Porque la verdad era que estaba más asustada de perderlo que de lanzarse al vacío por el hombre en el que creía más que en sí misma. Había pensado que nunca podría amarla, pero ¿y si

en el futuro…?

«Cuando lo averigües, avísame».

Con el corazón desbocado, Miranda se levantó, se vistió y bajó las escaleras de dos en dos. Nada impediría que fuera a verlo. No soportaría pasar el resto de su vida preguntándose qué habría pasado si se hubiera arriesgado. Si la libertad con la que tanto había soñado tenía que ver con poder elegir, elegía a Tyler.

Solo necesitaba que él la eligiera ella.

Capítulo 25

TYLER se arrepentía de no haberle hecho reaccionar con un beso. Pero Miranda había mostrado tal indiferencia ante la idea de no volver a verlo que no había sabido reaccionar.

Tras pasar el día evitando a su familia, a su compañero y a un periodista que quería convertirlo en héroe, Tyler se paseaba arriba y abajo de su salón como un animal enjaulado. En veinticuatro horas pasaría de exguardaespaldas a acosador. Si tenía que raptarla para hacerle comprender, lo haría. El dolor físico que sufría resultaba nimio comparado con el de perderla.

Habiendo renacido como la mítica ave fénix, podía volver a planear un futuro, y quería compartirlo con ella.

Pero ¿se había molestado en decírselo? No.

Acababa de llegar a la conclusión de que era un cobarde cuando llamaron a la puerta. Era más tarde de las doce, y la última persona que esperaba ver era a Miranda, jadeante y mojada por la lluvia. Sin una gota de maquillaje y con las mejillas sonrosadas, estaba más guapa que nunca.

–¿Ya lo has entendido? –preguntó con aspereza. Al ver que Miranda titubeaba, añadió–: Tómate unos minutos.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa; los ojos le brillaban cargados de emoción.

–Estás a punto… –dijo él con una cálida sonrisa.

Miranda sonrió entonces abiertamente y Tyler pudo ver en su mirada que finalmente había comprendido.

–Te ha llevado mucho tiempo.

De los labios de Miranda escapó algo entre una carcajada y un sollozo. Él tiró de su mano para que entrara y cerró la puerta con el pie.

–Quítate el abrigo y siéntate en ese taburete –dijo, llevándola a la cocina.

Volvió con varias toallas y Miranda, por una vez en su vida, hizo lo que le ordenó sin protestar. Era un buen comienzo.

–¿Por qué no me has dicho nada? –preguntó ella.

–¿Cuando tú actuabas como si no te importara nada? Cierra los

ojos –Tyler le secó el rostro y el cabello.

–Pretendía dejarte ir –dijo ella con un hilo de voz.

–Lo siento, pero ya te dije que te acostumbraras a que formo parte de tu vida.

–¿Cuándo lo supiste? –preguntó ella, parpadeando sorprendida.

–Cuando me tiraste al suelo.

–¿De verdad? Yo, cuando me besaste en el ferry.

–Por eso te asustaste –dijo Tyler.

–Sí –Miranda frunció el ceño y le quitó la toalla–. Déjame a mí. Tú estás herido.

Tyler se la dio y vio que la dejaba a un lado.

–Por si no te has dado cuenta, no soy muy buen enfermo. Prefiero cuidar de los demás –dijo, sonriendo.

–No he podido contar con nadie como contigo.

–Y eso no va a ser siempre así –dijo Tyler. ¿Como iba a cambiar si sentía que había nacido para estar con ella? Le secó una lágrima–. ¿Por qué te asustaste?

–Porque era demasiado y no suficiente al mismo tiempo –intentó explicar Miranda–. No quería creer lo que veía en tus ojos porque pensaba que ibas a marcharte, pero si no es así…

–No voy a ninguna parte –dijo él con firmeza–. Pero tenemos que aclarar algunas cosas, empezando por tu padre.

Miranda lo miró inquisitiva.

–No voy a dejar que interfiera en mi carrera para hacerme más apropiado para ti –continuó Tyler–. Cuando recupere mi posición será por mí mismo. Pasé el curso de sargento hace seis años, pero, si oigo que se han movido algunos hilos para facilitarme las cosas, habrá problemas.

Miranda lo escuchaba atentamente, con los ojos anegados en lágrimas, pero Tyler necesitaba decirlo todo antes de secárselas.

–Estar enamorado de su hija no me convierte en alguien fácilmente manipulable. Y, si lo intenta contigo otra vez, tendré que hablar con él. Ya te has sacrificado bastante. De ahora en adelante, tus necesidades son lo primero. Si te conocieran como yo… ¿Por qué sonríes?

–¿Estás enamorado de mí?

–¿Eso es lo único que has entendido de todo lo que he dicho?

–Es lo único que importa.

De ser así, nunca tendrían problemas, pero…

–No es fácil ser mujer de un policía –dijo él.

Miranda abrió los ojos desmesuradamente.

–¿Es una proposición?

–Espero que cuando la haga, lo sepas –aproximándose a Miranda, Tyler posó las manos en sus caderas–. Lo que estoy diciendo es que tenemos tiempo, pero que debes saber que no puedo cambiar lo que hago, ni mantenerte al nivel al que estás acostumbrada.

Miranda sacudió la cabeza.

–Yo tengo dinero. Eso no es un problema. Heredé la fortuna de mi abuelo.

Tyler resopló.

–¿Es que no escuchas lo que te digo?

–Sí, pero me da lo mismo –Miranda parpadeó–. ¿De verdad me amas? Creía no merecerte. Me he portado fatal contigo. Y como has dicho más de una vez, soy muy difícil.

–¿Y yo no?

Tyler vio en los ojos de Miranda una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad, que combinada con el comentario de que temía no ser suficiente, le ayudó a encontrar la pieza que le faltaba.

El deseo de confortarla le hizo intentar abrazarla, pero un dolor agudo en el hombro se lo impidió. Conformándose con mantener las manos en sus caderas, dijo: –Yo no soy ningún ángel, y no querría casarme con una santa –se inclinó hacia ella–. Tú me has salvado del precipicio. Solo tú podías hacerlo. Anoche pensaba… matar a ese hombre.

Miranda tardó unos segundos en comprender.

–¿Era el hombre al que mandaste un mensaje? –cuando Tyler asintió con la cabeza, ella preguntó–: ¿Por qué ibas a matarlo?

Tyler bajó la mirada hacia el regazo de Miranda, que posó las manos sobre sus antebrazos.

–Por una cuestión personal –Tyler hizo una pausa antes de seguir–. Había una mujer, Candice, a la que detuve en varias ocasiones. Terminó haciéndose mi confidente. Gracias a ella, detuvimos a una red de narcotraficantes, lo que me llevó a narcóticos –tomó aire–. Un mes antes de que me asignaran a seguridad municipal, su proveedor cambió y ella fue testigo de algo que habría bastado para acabar con un gran traficante. Le dije que la protegería si seguía su rastro, pero antes de que volviera a verla, estaba muerta.

–¿Qué sucedió?

–La golpeó hasta matarla con un bate de béisbol –Tyler deslizó su mano ilesa bajo el jersey de Miranda, como si necesitara sentir el calor de su piel–. Yo la había reclutado sin medir el peligro que corría. Para él, era una cuestión de negocios. Para mí, un asunto personal.

Miranda alzó una mano hasta su mejilla y esperó a que la mirara antes de hablar.

–Te conozco lo bastante como para saber que, de haber pensado que le podía pasar algo, no la habrías dejado sola. Incluso habrías muerto por salvarle la vida.

–Debería haber medido el riesgo. Siempre hay que imaginarse el peor escenario posible.

Al darse cuenta de que eso era exactamente lo que había estado haciendo, Miranda sintió que se le encogía el corazón.

–¿Por eso veías amenazas a mi alrededor todo el tiempo?

–En parte sí –Tyler apretó los labios antes de añadir–: El tipo al que vi a la salida del cine era el mismo que estaba en el colegio –Tyler le acarició la mejilla–. He hablado con Lewis, pero necesito que tengas mucho cuidado mientras investigamos el resto de las cartas. Solo…

–Espera –Miranda le interrumpió–. ¿Te refieres a Paul?

–¿Quién demonios es Paul? –preguntó Tyler, frunciendo el ceño.

–Moreno, gafas, retiene demasiado la mano cuando la estrecha.

–¿Lo conoces?

–Sí. Es mi fan número uno y twittea todos mis tweetts. Es inofensivo. Su madre murió hace unos años y se siente solo.

–Vaya, así que amenacé a Bambi.

–Puedes disculparte la próxima vez que lo veas. Si nos casamos, estará esperando a la salida de la iglesia.

–¿Si nos casamos?

–Ahora volvemos a eso –Miranda entrelazó las piernas con las de él–. Cuéntame lo de anoche.

–No pude disparar.

–Porque no eres un asesino –dijo ella con firmeza.

–No estaba seguro. Pero gracias a conocerte… –Tyler sonrió–. Por eso no podía acostarme contigo. Te aseguro que ha sido una tortura. Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo.

–Pero estás herido… –dijo ella con una sonrisa de picardía.

–Buscaremos la manera. De hecho, llevo imaginándolo días –dijo él con mirada de depredador.

–Yo también tengo muchas ideas –dijo ella, sintiendo que el cuerpo le ardía–. Pero antes de que las pongamos en práctica, tienes que saber que, si nos casamos, no es fácil vivir con la hija de un político –dijo en un ronroneo a la vez que le recorría el cuello con las puntas de los dedos.

–¿Voy a tener que votar por tu padre? –dijo él, inclinándose y pasándole la lengua por los labios.

–Si no lo haces, no se lo diré a nadie. Recuerda que estoy en el equipo Tyler.

–No, estás en el equipo Nosotros –Tyler se irguió para mirarla a los

ojos–. O lo estaremos si me dices que me quieres.

–¿Todavía no te has enterado? –dijo ella, pestañeando con coquetería. Luego le tomó el rostro entre las manos y, mirándolo fijamente, dijo–: Por supuesto que te amo. Con toda mi alma.

Los ojos de Tyler adquirieron el color del mar en un día de tormenta. Su alivio era evidente.

–Yo soy el hombre que quiere estar contigo porque te ama, y no porque le pagan para ello.

La fuerza con la que expresó su sentimiento, emocionó a Miranda.

–Haces que desee aferrarme a ti y no soltarte jamás –susurró.

–Y tú puedes enfurecerme, pero prefiero pelear contigo que hacer el amor con otra mujer.

Miranda arqueó las cejas:

–Eso está muy bien. ¿Tienes más frases como esa? –al oír reír a Tyler, sintió que el corazón le flotaba–. Tienes una risa maravillosa. Deberías usarla más.

–Sabes que hoy no vas volver a casa, ¿verdad? –dijo él, insinuante.

–Ya estoy en casa. Pero antes de que me mude vas a tener que hacerme un hueco. ¡Cuántos libros tienes!

–Me encanta leer –dijo Tyler, besándola en la comisura–. De hecho, me los sé de memoria. Luego puedes comprobarlo.

–¿Tienes memoria fotográfica? –preguntó Miranda, sorprendida.

–Sí. Y en ella pienso almacenar lo guapa que estás caminando hacia el altar –la besó–, cuando sostengas en brazos a nuestro primer hijo –otro beso–, cuando te seques las lágrimas al asistir a su graduación… Y cuando las tenga todas, me moriré habiendo sido un hombre feliz.

Miranda apoyó la frente en la de él.

–Te amo tanto… –susurró.

–Y yo a ti. No lo olvides nunca. Sigo sin saber cómo puedo ser tan afortunado, pero me quedan al menos sesenta años para averiguarlo –dijo Tyler con una dulce sonrisa.

–Es lo que les pasa a los héroes que rescatan a princesas cautivas –dijo Miranda–: Que quedan atrapados para siempre.